
43
WALTER CARRIGAN
El KIPSEDON SUCUMBE
JOSÉ LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

RIVALES

TJarvo elevó su profunda voz por encima del silencio reinante. TJarvo era el *manhmah* de los tacomis, el casi dos veces centenario sacerdote que embarcara en el *Kipsedón*, miembro del Gran Consejo y amigo de los fallecidos jeddad de la gigantesca astronave: Jumwha y Vertex.

Su figura, encorvada, se destacaba contra el fondo gris del enorme peñasco que en forma de pirámide se levantaba junto a la entrada de Kalat, la ciudad de las cavernas. Su piel, retorcida y arrugada, mostraba el curso ineludible de los años, pero había algo en él, algo muy especial, que erraba el calificativo de momia viviente que le daban los terrestres. Eran sus ojos, ligeramente brillantes y todavía jóvenes, de profunda apreciación y serenos. Los cabellos blancos adornaban su marchito semblante como una argentada claridad celestial. Sus manos sarmentosas, que alzaba solemnemente en el aire, infundían un gran respeto, una admiración sin límites y la seguridad de que se estaba ante un anciano venerable y prestigioso.

Los tacomis, colocados en filas en torno a la pirámide, entonaban un cántico suave y rítmico, repitiendo ciertas palabras.

Unos músicos tañían viejos instrumentos, produciendo unos sonidos agradables.

La ceremonia llegaba a su punto culminante, al momento en que conducirían a los muertos a descansar junto al gran Jumwha. Los tacomis de las cavernas que sucumbieron en el asalto a Yer-Mun habían sido enterrados, pero los tripulantes del *Kipsedón* y de sus naves satélites que hallaron la muerte en la ciudad cúpula, debían ser incinerados y sus cenizas llevadas a la cámara mortuoria de la astronave, donde reposaban los restos de todos los tripulantes que fallecieron en el viaje de exploración.

Confundidos entre los espectadores, los terrícolas presenciaban el espectáculo en respetuoso silencio. La primera parte de la ceremonia estaba ya realizada. Las piras crematorias todavía ardían, despidiendo hacia lo alto sinuosas columnas de humo.

Jóvenes musculosos y fuertes se adelantaron a recoger las urnas de vidrio. A su alrededor los cantos vibraban con un ritmo exótico.

TJarvo moduló unas cuantas palabras guturales, que salieron de sus labios en un tono profundo pero poderoso, y los tacomis cargaron con los féretros transparentes. La multitud abrió paso hacia el *Kipsedón*, que aparecía al fondo de la enorme explanada. El Sol, que apenas conseguía atravesar las capas de nubes que rodeaban a Venus, arrancaba, no obstante, reflejos azulinos del *Gran Disco Azul*.

Kazan, el antiguo prisionero de Sibiriakof, miraba interesado todas aquellas ceremonias. Después del terrible combate contra la fortaleza de Yer-Mun, el jeddad Temoc, de acuerdo con el Consejo, había enviado algunas aeronaves a los mundos más cercanos donde los desterrados y fugitivos tacomis llevaban una vida mísera y plagada de dificultades por no poder desenvolverse en un medio ambiente adverso. Poseían aeronaves, máquinas, instrumentos, la mayor parte de los adelantos modernos, pero los astros que ocupaban, o estaban en periodo de formación, sin agua y sin atmósfera, o el hielo cubría permanentemente su superficie, en la que no podía germinar ninguna semilla. La radio lanzaba constantemente a los cuatro vientos la noticia de la victoria aplastante conseguida sobre los hombres antena. Había sido una victoria, pensaba Kazan, y no despreciable, pero también habían tenido grandes pérdidas.

Cinco destructores y setenta y cinco aerocohetes y astronaves tarkas, tripulados por los hombres amarillos, habían sido destruidos. Una tercera parte del ejército mecánico y doscientos tacomis sucumbieron en la lucha por la ciudad.

Dimitri Kazan había pasado por muchos trances apurados, había visto la muerte de cerca y sentido su helado contacto durante su estancia en Sibiriakof. No le impresionaban las escenas de destrucción y muerte. Sin embargo, le gustaba estudiar, investigar y bucear en las costumbres tacomis. Estaba convencido de que éstos creían en un Ser Superior, infinito y poderoso, en una palabra, en Dios. No había tenido tiempo de analizar ni estudiar su doctrina; mas ésta parecía concretarse alrededor de diez mandamientos. Sus ritos religiosos eran sencillos y primitivos.

Impulsado, pues por la curiosidad, abandonó a sus compañeros y siguió la comitiva fúnebre hasta interior del *Kipsedón*.

El aire le pareció muy cálido dentro de la astronave, y el humo de las antorchas de resina, que sostenían los que daban escolta a los portadores de las urnas le irritó la garganta. A sus oídos llegaban, exagerados, pequeños sonidos que juzgó debían ser las toses de los tacomis transmitidas por aparatos acústicos instalados en disimuladas concavidades. El pasillo era circular y de él arrancaban los distintos corredores que se perdían por el interior de la aeronave.

Una puerta arqueada daba acceso al mausoleo. Éste alcanzaba una extensión impresionante, que le recordó a Kazan la tumba de Lenin, que había visitado en Moscú, salvo en la ornamentación. Las antorchas apenas bastaban a iluminarla. No se encendieron luces eléctricas.

Kazan vio en su interior dos cosas. Era la primera un objeto muy grande, una especie de primitivo candil que tenía un asa colosal. Para alcanzarla se hubiera necesitado una docena de hombres. Una débil llamita azulada bailaba en su centro. La otra, situada detrás de la primera, era un objeto plano, oblongo, de unos cuatro pies de altura por diez de longitud.

Ambas eran de oro puro.

TJarvo se colocó junto a la pequeña ara, mientras los tacomis se desplegaban en semicírculo, depositando las urnas en unas concavidades abiertas en las paredes, en muchas de las cuales se veían otras urnas de las mismas características.

TJarvo se volvió y levantó la tapa del bloque. Todos contemplaron fijamente el dorado sepulcro.

Un olor singular, casi agradable, invadió la atmósfera. Vaga neblina comenzó a surgir del interior hueco del bloque de oro. Esta neblina era amarilla, y se espesó hasta convertirse en una nube densa. El fantástico aroma era cada vez más pronunciado. Uno a uno pasaron todos por delante de la tumba que contenía el cuerpo

embalsamado del gran Jumwha. Al acercarse Kazan y mirar en el interior, no pudo contener un respingo de sorpresa.

El cuerpo aparecía intacto. Las facciones del muerto, aunque arrugadas como las de una momia, conservaban una gran semejanza con las de Yandot. El padre del hombre rojo vestía unos extraños ropajes: traje de malla negra de kass, con unas altas botas de cuero trabajado con cierta sustancia para hacerlo inalterable al tiempo. En el pecho lucía un sol amarillo y un rayo; en las manos sostenía un cetro de platino incrustado de rubíes y esmeraldas, y de los hombros le colgaba una capa escarlata.

También los cuerpos de Laya, princesa de la casa reinante de Tacom y esposa de Jumwha, y de Vertex segundo jeddad del *Kipsedón*, habían sido embalsamados. Kazan les dirigió una mirada de curiosidad y salió de la tumba y de la astronave, encaminándose hacia la pirámide donde se habían celebrado las ceremonias.

El día, como era corriente en Venus, se presentaba gris y tristón. A pesar de ello, el calor era sofocante. Sólo en las proximidades del bosque, un ligero vientecillo mecía las ramas de los árboles, en las que una variedad de pájaros exóticos y primitivos graznaba estridentemente.

Kazan vio a Niva apoyada en el tronco de un helecho, mirando con la luz de sus ojos azules hacia el *Kipsedón*. Inmediatamente, el ruso pensó en Tania Gurevich.

Era curioso que hasta aquel momento no hubiese reparado en lo triste que estaba la muchacha, a pesar de no haberla visto nunca sonreír. Triste, hermosa y buena. Así era Tania. Cualquier hombre sentiría el deseo de protegerla y de hacer todo lo posible para que sonriese y se sintiera feliz. Y no había nada en el mundo que tanto deseara Kazan como hacerla feliz. Para él, hombre acostumbrado a una vida activa, llena de emociones y de luchas, la acción era la consecuencia del pensamiento. Consideraba su vida muy fría y poco interesante.

Se acercó al lugar donde encontraba Niva.

—¿Has visto a Tania? —le preguntó.

La viuda levantó sus ojos azules, fijándolos un momento en Dimitri. Luego indicó con la cabeza en dirección al río.

—Creo que se ha dirigido hacía allá —contestó.

Dando las gracias, el ruso se encaminó presuroso hacia las márgenes del río, que un centenar de millas más abajo desembocaba en el lago de Yer-Mun. Avanzó apartando las lianas que le estorbaban el paso.

De pronto percibió una risa femenina, cristalina y alegre. Se

detuvo asombrado. Aquella risa, tan dichosa, no le parecía propia de Tania, como tampoco de ninguna de las muchachas tacomis, pues éstas no acostumbraban a reír casi nunca. ¿Sería, tal vez, Olga o Lanca Hoppel?

Apartó unos matorrales y pudo ver a Tania y a Fred Wilson. Ambos permanecían sentados en una roca, junto al río, y hablaban tranquilamente; es decir, el teniente se esforzaba en hacerse comprender de la muchacha por medio de signos y gesticulaciones de gran comicidad, lo que probablemente había logrado arrancar aquella risa que oyera él.

Kazan sintió que una garra fría le estrujaba el corazón y esperó, conteniendo incluso el aliento.

—Me rindo, Tania —decía el americano—. No consigo que comprendas una sola palabra de lo que te estoy diciendo. ¿Cómo podría decirte que me gustas extraordinariamente? Posees un encanto arrebatador, capaz de hacer enloquecer a los hombres más cuerdos. Y esa sonrisa, no sé si burlona, en tus labios de rosa, me trastorna. Quisiera besarlos, pero... ¡demonios! ¡Cualquiera se atreve a hacerlo!

La expresión desconcertada de Wilson debió producir un gran regocijo a la muchacha, que volvió a estallar en otra risa diáfana y musical, que alegró el corazón del teniente tanto como destrozó el de Kazan.

Hubo una larga pausa. El Sol iba muriendo y el bosque se poblaba de sombras. La luz grisácea teñía las ramas y las hojas de los árboles.

Tania sonrió.

—Esto es hermoso. Venus tiene una belleza salvaje y embriagadora. ¡Cuánto me gustaría vivir en estas regiones!

Wilson la miró sorprendido. No entendió estas palabras, pronunciadas en tono acariciador y lleno de cadencia. Cogió a la muchacha por los hombros y la aproximó, intentando besarla; pero Tania, riendo, con una risa enloquecedora, lo rechazó suavemente y, poniéndose en pie, salió corriendo por la orilla del río.

El teniente, maldiciéndose por su estupidez, la siguió, llamándola por su nombre.

Kazan apretó los puños hasta hacerse daño. Sentía como si un monstruo de ojos verdes se hubiera clavado en su mente y escarbara en su corazón con sus afiladas garras. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener los feroces deseos de saltar sobre el americano y destrozarle por haberse atrevido a poner sus manos encima de Tania, pero comprendió que sería perjudicial. Pensaba

que había causado ya demasiado daño a la muchacha. Parecía que ésta aceptaba con buenos ojos al aviador. No tenía derecho a meterse en su vida privada. Se sorprendió pensando de esta manera. Tiempo atrás, hubiera luchado hasta la muerte por conseguir a Tania. Ahora había cambiado de intenciones; mas a pesar de todo, sentía un odio feroz contra Wilson, que había aparecido para enturbiar sus relaciones con la joven.

Se alejó de allí desesperado. Por un instante deseó ser una de aquellas máquinas tacomis que no cambiaban por nada.

Potentes focos alumbraban la enorme caverna que servía de salón comedor. Alrededor de una mesa de madera se sentaban los principales jefes tacomis y los terrestres. Los manjares no consistían en píldoras y comprimidos, sino en carne de diferentes animales perfectamente sazonada, pan de cereal y frutos exquisitos rociados con abundancia y variedad de bebidas, algunas de ellas alcohólicas.

Los terrícolas se desquitaban de los días pasados sin probar alimentos de aquella naturaleza. Kazan, sentado junto a Yandot, apenas probaba bocado. Miraba con disimulo a su alrededor observando los rostros de todos los comensales, particularmente los de Tania y Fred Wilson. Éste obsequiaba a la joven con los pedazos de carne más suculentos y los frutos más deliciosos, que Tania agradecía con suaves sonrisas. Olga y Müller hablaban animadamente, sonrientes y felices, y casi otro tanto podía decirse de Lanca y Derek Bedford. El profesor Hoppel trataba con los tacomis, mientras el sargento Garry, tragando por dos hombres juntos, se entretenía tomando parte en el asedio de Tania.

Estaban presentes casi todos los hermanos de Yandot: Temoc, el jeddad del *Kipsedón*; Zanu, el sut de la guerra; Rumbal, sut de las máquinas; Kanak, sut de la artillería. Faltaban Utor, que estaba al frente de la recién conquistada base de Yer-Mun, y Parno, nombrado jeddad de Kiyul la base tarka de la Luna. Se veía a Tug-Zi, el jeddad de Kalat y a sus principales suts escuchar atentamente las palabras de Temoc. Tres oficiales tumpis se sentaban asimismo a la mesa.

La mirada de Kazan se cruzó varias veces con la de Tania, y cuando esto ocurría, la joven bajaba la vista azorada, y sirviéndose de Olga y Müller, que hablaban inglés, procuraba entenderse con los dos aviadores norteamericanos.

Kazan, rabioso, apartó su atención de ella, prestando oído atento a lo que los jeddad y suts tacomis trataban.

—En cuanto recibamos refuerzos nos lanzaremos al asalto de Marte —decía Temoc—. Por los prisioneros capturados al enemigo

y las cintas fonográficas halladas en Yer-Mun sabemos que trescientos millones de marcianos, de los mil que primitivamente poblaban el planeta, gimen esclavos de Tarka. Los hombres antena han procurado reducir y debilitar la raza marciana como antes hicieron con la tumpis y la tacomis. Los marcianos no dudarán en aliarse con nuestras fuerzas tan pronto como les hagamos saber nuestra existencia y nuestras victorias. En Marte mantienen los hombres antena diez bases aproximadamente con los siguientes efectivos: Un millón de tarkas con doscientos mil combatientes y diez mil aeronaves. Han construido toda case de fábricas, fundiciones, centrales atómicas y termonucleares y presas para conducir el agua hasta las regiones estériles, terminando la obra iniciada por los marcianos. Éstos viven, por regla general, en ciudades descubiertas e indefensas, mientras los tarka habitan en palacios o en ciudades cúpula.

—Tendremos que luchar desesperadamente —indicó Tug-Zi—. La superioridad tarka, es manifiesta. Me sorprende que no hayan tomado represalias contra nosotros. Deben saber perfectamente que han perdido sus bases de Yer-Mun y Kiyul.

—Es seguro —dijo Temoc— que nuestra súbita aparición en este sistema planetario les ha sorprendido. Igual que conocen las pérdidas de sus bases conocen la existencia del *Kipsedón* y de su terrible armamento. Temen lanzarse a un combate decisivo antes de la llegada de la flota de Tarka. Por consiguiente, nos aprovecharemos de su pasividad para descargar nuestros golpes.

—Déjame unas cuantas naves y aplastaré a los hombres antena de Marte —exclamó impetuoso Zanu.

—En breve partirás hacia Marte —le contestó su hermano—. Puede que partamos juntos. Tu misión será poner en antecedentes a los marcianos de nuestros proyectos. Cuando lo juzgue oportuno caeremos sobre las bases de Tarka. No debemos olvidar que en Júpiter hay unos quinientos mil hombres antena con cinco mil aeronaves siderales capaces de destrozar nuestras ahora exiguas fuerzas.

—Los tarkas han pecado de confiados —intervino Yandot por primera vez—. Seguros de que nada se podía oponer a su expansión, han descuidado la constitución de sus tropas terrestres, que en definitiva son las que ocupan el terreno. Nos hemos visto agradablemente sorprendidos por la ausencia casi total de elementos bélicos, de autómatas, tanques y artillería en las bases de Yer-Mun y Kiyul. Ignoramos las que puedan mantener en Júpiter, pero ¿cuántos millares de robots y máquinas de combate poseen en

Marte? Según los datos e informes obtenidos, por cada diez habitantes tarka hay una máquina o un robot, cosa incomprensible tratándose de los hombres antena, tan amantes de la comodidad. A pesar de todo, su ejército mecánico es, pues, extremadamente considerable. Propongo dedicar nuestros esfuerzos inmediatos a reforzar, con las industrias en nuestro poder, el ejército autómata propio hasta convertirlo en lo suficientemente numeroso y potente para combatir con ciertas garantías de éxito contra el adversario. Después de las bajas sufridas en los asaltos a Yer-Mun, apenas contamos con quinientos robots y doscientas máquinas.

—Multiplicaremos ese número por diez en cuestión de una semana —replicó el jeddad—. Y antes que finalice el mes contaremos con diez mil robots, y transformando los cerebros electrónicos de los robots antena averiados, poseeremos una fuerza de quince mil robots y seis mil máquinas, que desembarcada en Marte llevará en jaque al ejército tarka durante el tiempo necesario para construir más artefactos y más aeronaves. Y para entonces es muy posible que empiecen a llegar los primeros tacomis desterrados.

El aullido quejumbroso de alarma retumbó en la enorme sala, paralizando todas las conversaciones y haciendo alzar los ojos expectantes. Un guerrero penetró corriendo en la estancia, deteniéndose ante el jeddad Tug-Zi.

—Los dos hombres antena que manteníamos prisioneros en la caverna de la cascada han conseguido escapar —comunicó.

—¿Cómo ha sido posible? —prorrumpió el jeddad—. ¿No había un centinela delante de su celda?

—Sí, jeddad. Ha sido asesinado. Los prisioneros han huido hacia la Gran Caverna.

—No llegarán muy lejos. Tampoco es necesario que los traigáis vivos.

El guerrero saludó y se retiró.

La fiesta continuó, pero Kazan arrugó el entrecejo, pensativo. Aquellos dos fugitivos eran Ta-Sal, el jeddad de Kiyul, y uno de sus oficiales, que lograron huir también de la base lunar en un aerocohete, llevándose consigo a las cuatro jóvenes terrestres. Por segunda vez repetían la hazaña de escapar de una celda vigilada y cerrada por puerta acorazada. Se volvió hacia Yandot.

—¿Cómo te explicas la fuga de Ta-Sal y el otro hombre antena? —inquirió.

Yandot hizo un gesto vago con la mano.

—Ta-Sal es un ser muy inteligente. Tal vez emplease una célula

fotoeléctrica o crease una fuerza magnética que hiciera correr los cerrojos.

—¿Crear una fuerza magnética sin tener los medios necesarios para ello? —murmuró el ruso atusándose las guías de su encrespado bigote. Esperaba la respuesta de Yandot, pero al dirigir a mirada hacia el asiento que ocupaba Tania lo vio abandonado. Tampoco Fred Wilson estaba en la sala.

Se levantó de un salto. La pareja sólo podía haber salido por una de las puertas del fondo. Se encaminó casi corriendo en aquella dirección, dejando al hombre rojo con la palabra en la boca.

Al pasar el umbral se vio en un corredor espacioso que desembocaba en una terraza artificial construida por los tacomis en el interior de las cavernas y que formaba un balcón, un mirador sobre el río subterráneo cuyo rumor llenaba el fondo. Unos focos iluminaban parcialmente la gran contextura de la caverna. Se veía reverberar el agua de la cascada, que caía entre hermosas y gigantescas estalactitas.

Apoyados en la balaustrada estaban Tania y el teniente. A diez pasos de distancia se detuvo Kazan indeciso. ¿Interrumpiría la escena de amor, preparada sin duda por el aviador? ¿Se retiraba dejando que Tania Gurevich cayera definitivamente en brazos de su rival? Al pensar en esto, algo en su interior se sublevó haciéndole hervir la sangre. Empezó a moverse, al tiempo que dejaba escapar un respingo de sorpresa.

Por encima del reborde de la enorme caverna divisó dos piernas fuertes y grotescas balanceándose en el vacío. El dueño de aquellas piernas intentaba saltar en la terraza. Sólo el hecho de intentar tamaña proeza decía bien a las claras el absoluto dominio de nervios que debía poseer dicho individuo.

Pero Kazan sabía que se trataba de Ta-Sal o del otro hombre antena. La forma y constitución de las piernas lo denotaban así. Los hombres antena estaban bien constituidos físicamente y desconocían el vértigo. Sus antenas les prestaban una utilidad equiparable a la de los ojos.

Las piernas se balancearon tomando impulso, y el cuerpo achaparrado, recio y cuadrado, del que sobresalía una cabeza aplanada provista de cuatro tentáculos, dos en el sitio donde correspondían los ojos y las otras dos arrancando de los oídos, atravesó el espacio en el vacío y aterrizó limpiamente en la terraza.

Tania y Wilson se volvieron sobresaltados al oír el ruido. La joven soltó una exclamación de terror, mientras Wilson se colocaba delante de ella para protegerla con su cuerpo.

Las antenas del tarka vibraron locamente, produciendo un chirrido que hería los tímpanos. En sus manos, cuyos dedos terminaban en pequeñas ventosas, sostenía una jabalina corta, con la que cargó contra el teniente.

Éste vio venir hacia él a muerte en forma de repugnante ser; mas un bólido humano, lanzado con terrible ímpetu, empujó al hombre antena hacia un lado desviando la punta de la jabalina y arrojándolo sobre la balaustrada.

Aprovechando su ventaja, Kazan descargó dos fuertes golpes sobre el rostro del tarka, mientras otro individuo, tan horripilante como el anterior, Ta-Sal, aterrizaba en la galería con menos fortuna que su compañero, puesto que cayó de rodillas, lo que aprovechó Wilson para salir de su inmovilidad y abalanzarse sobre el jeddad de Kiyul, arrebatándole la pistola eléctrica que empuñaba éste.

Kazan fue proyectado hacia atrás por las piernas de su enemigo. Consiguió, empero, mantener el equilibrio. Luego, rehaciéndose, se lanzó hacia adelante. El hombre antena recibió todo el peso del terrícola en el amplio tórax. Retrocedió, chocando violentamente contra el parapeto. Sus manos cayeron sobre el cuello de Kazan, que se inclinó doblando las rodillas. El ruso no desperdició su ocasión. Asió fuertemente por los tobillos a su adversario, apoyado por la cintura en el parapeto, se irguió con rapidez, alzándolo en vilo, y lo arrojó de cabeza a las profundidades de la magna caverna.

Se oyó un prolongado silbido y tres segundos después el choque apagado de un cuerpo sobre las rocas y aristas del fondo.

Fred Wilson se debatía débilmente entre los poderosos brazos de Ta-Sal, que lo tenía sujeto por la garganta. Las ventosas de sus dedos le oprimían de forma espantosa. Su rostro estaba congestionado y adquiría un ligero tono amoratado. Pronto dejaría de forcejear.

Dimitri, jadeante por el esfuerzo realizado, recogió del suelo la jabalina del hombre que había lanzado al abismo y, apartando de su camino a Tania, horrorizada por lo que se veía obligada a presenciar, atacó a Ta-Sal.

Las antenas del jeddad le detectaron al instante, pero demasiado tarde para evitar su acometida. La acerada punta de la lanza penetró en el costado del tarka. Los dedos ventosa aflojaron la presión sobre el cuello del aviador, que se hizo hacia atrás, tambaleándose y tosiendo roncamente, las manos sobre la castigada garganta.

Ta-Sal se bamboleó unos instantes. Luego se desplomó en la terraza y, al rodar sobre sí mismo, se clavó más profundamente la

jabalina, cuya punta le asomó por el otro lado del cuerpo. Soltando un estertor y un silbido de agonía, Ta-Sal se revolvió un momento y por fin quedó inmóvil, mientras la sangre empezaba a encharcar el suelo.

Un par de puntapiés dieron a Kazan la seguridad de que estaba muerto. Miró a Tania. La muchacha permanecía con los ojos sumamente abiertos mirando el cadáver del hombre antena. Unos hipidos convulsivos estremecían su turgente busto. Estaba al borde del desmayo o del histerismo.

Kazan la agarró por un brazo, sacudiéndola violentamente; mas en vista de que no reaccionaba y seguía con los ojos clavados en la figura inmóvil le dio un par de bofetones en las mejillas.

—Vamos. Despierta ya, Tania. Éste no te molestará ya más.

La joven miró con estupor a su alrededor y, después, soltando una exclamación ahogada, prorrumpió en sollozos ocultando su semblante nacarino en el pecho del ruso.

Kazan, rodeándole protectoramente los hombros con su brazo, la sacó de la terraza, en tanto que el americano se frotaba el cuello en donde las ventosas de Ta-Sal habían dejado varias señales sanguinolentas. Alcanzó a Dimitri, diciendo:

—Te debo la vida. Gracias.

El otro no se tomó siquiera la molestia de responder.

El rumor de la cascada y del río seguía resonando lúgubremente en los ámbitos de la colosal caverna.

CAPÍTULO II

EL PLANETA DE LA GUERRA

Transcurrieron diez días antes de que las aeronaves siderales de Tarka hicieran acto de presencia en las inmediaciones de Venus. La razón de esta tardanza era bien sencilla. Los hombres antena que escaparon de la destrucción de Yer-Mun habían detallado sucintamente las formidables defensas del *Kipsedón*. No se lanzaron, pues, al ataque hasta tener reunida la mayor parte de su poderosa Escuadra Sideral que mantenían en el sistema planetario solar. Sólo cuando el número les ofreció razonables garantías de éxito se decidieron a acometer. Y entonces, ciertamente, lo hicieron poseídos de una furia diabólica.

La alarma había sido dada en Venus por los aerocohetes tacomis que patrullaban en el espacio comprendido entre Marte y Venus. Con las naves capturadas en Yer-Mun, la primitiva potencia de la flota aliada se había restablecido. Agrupadas alrededor del *Kipsedón* podían verse cinco esferas volantes, de veinte metros de diámetro y armadas poderosamente con proyectores de rayos paralizadores, cósmicos, eléctricos y desintegradores, que Kanak había instalado a bordo durante las últimas semanas para ayudar de la mejor manera posible al *Kipsedón*, amén de una cantidad no despreciable de cañones atómicos. Asimismo, navegaban en primer escalón los destructores, dotados de tubos lanzatorpedos y cohetes robots, veinte astronaves, cuarenta bombarderos cohetes, considerados como cruceros de combate, y doscientos aerocohetes de procedencia tarka, tripulados por tacomis y tumpis deseosos de vengarse de sus anteriores dueños.

La batalla se adivinaba espantosamente desesperada. Doscientas ochenta y una astronaves constituían una agrupación mísera comparada con las seis mil que se acercaban a Venus. La superioridad tarka era aplastante. Sólo las armas del *Kipsedón* y de las esferas volantes podían contrarrestarla, siempre que se contuvieran los proyectiles enemigos fuera de las corazas de las aeronaves aliadas.

En la cámara de control de la gigantesca aeronave se encontraba el Consejo tacomis que auxiliaba a Zanu en la dirección de la batalla. Por medio de las pantallas de televisión y de los telescopios electrónicos podían distinguirse las formaciones enemigas situadas todavía a más de un millón de kilómetros de distancia.

Zanu, dirigiéndose a los miembros del Consejo y a los cuatro terrestres que le escuchaban, anunció:

—Los tarkas han comprendido la necesidad de deshacerse de nosotros. Nuestra astronave constituye una seria amenaza para sus planetas y ellos lo saben; se disponen ahora a atacarnos en masa para barrer a nuestra flota y tratar de destruir al *Kipsedón*.

—¿Crees que podremos rechazarles? —interrogó uno de los consejeros mirando lleno de inquietud hacia las pantallas.

—En ello confío —repuso el sut de la guerra—. Los hombres antena no pueden imaginar de dónde ha salido el *Kipsedón*, y mucho menos que hayamos agrupado a nuestro alrededor un número no despreciable de aeronaves de combate. Por eso he considerado necesario arriesgar en una batalla todo el éxito de nuestra empresa. No nos queda otro remedio que vencer… o morir matando.

Kazan y Müller se miraron en silencio. Wilson y el sargento Garry se movieron nerviosos.

—Los hombres antena acaban de lanzar sus torpedos robots — dijo la voz de Yandot.

—Transmite la orden de fuego a todas las tripulaciones —gruñó Zanu.

En un instante, después de gritar la orden ante un micrófono, millares de cohetes robots salieron al encuentro de los torpedos enemigos, mientras una oleada de torpedos partía detrás, dirigidos contra las naves adversarias. Los tacomis confiaban en la perfección de los cerebros electrónicos de sus torpedos que evitaban la lucha con los proyectiles enemigos y se lanzaban directamente sobre las aeronaves.

Ambas escuadras se aproximaron una a otra llevando por delante una barrera de torpedos y cohetes robots. Estos artefactos se encontraron aproximadamente a igual distancia entre las dos flotas y entablaron combate por su cuenta.

Los suts tacomis siguieron con tensión este combate, advirtiendo minutos después que los torpedos lanzados por el *Kipsedón* y los destructores, que eran los únicos dotados de los nuevos cerebros electrónicos, atravesaban la barrera y se lanzaban contra el grueso de la escuadra tarka. El espacio fue surcado por sus rastros de fuego, y segundos más tarde, grandes llamaradas indicaron en la lejanía o en las pantallas de televisión que los torpedos habían hecho blanco en los aerocohetes adversarios.

Los suts tacomis continuaron impasibles, pero los terrestres no pudieron contener sus gritos de triunfo.

Mas con esto no estaba ganado el combate, como pronto advirtieron. Las naves de uno y otro bando ponían constantemente en el espacio torpedos y más torpedos y cohetes robots, pero los que conseguían poner en línea la flota tarka superaban en número a los de los aliados, y pronto los primeros torpedos empezaron a llegar a las naves que comandaba Zanu. Los cerebros electrónicos detectaron oportunamente el peligro y dispararon los proyectores y los cañones atómicos, al tiempo que el *Kipsedón* creaba el correspondiente campo magnético a su alrededor, donde fueron a estrellarse grandes cantidades de torpedos enemigos.

Los torpedos tacomis continuaban atravesando la barrera donde los cohetes se daban caza como abejorros furiosos e implacables, pero los hombres antena, apercibidos, los derribaban en su mayor parte.

Tras veinte minutos de combate, los tarka habían perdido cerca de cuatrocientos aparatos, en tanto que la flota tacomis se mantenía incólume. Mas, como era de esperar, los aliados agotaron su provisión de torpedos, excepto el *Kipsedón*, que tenía grandes reservas, y entonces los artefactos enemigos se abatieron sobre ellos como copioso chaparrón.

Los hombres antena, percatándose del silencio enemigo, arreciaron al máximo su endiablado fuego. Las naves aliadas se defendieron desesperadamente con todas sus armas de a bordo.

A través de la cúpula transparente de kass se presenció la destrucción de los primeros aparatos aliados. Seis aerocohetes estallaron en fulgores anaranjados y carmesíes; dos astronaves se desintegraron en cien mil pedazos, describiendo sus fragmentos rutilantes parábolas en el cielo. Un destructor y cuatro bombarderos cohetes desaparecieron en medio de gigantescas explosiones silenciosas, pero no por eso menos espantosas y terribles.

—¡Avante a toda máquina! —rugió Zanu ante los micrófonos—. Es preciso entablar el cuerpo a cuerpo antes de que nos aniquilen con sus torpedos.

Por fortuna, la distancia entre las dos flotas había quedado reducida al mínimo, al tiempo que el número de torpedos y cohetes disminuía en intensidad.

El espacio cósmico quedó ahora atravesado con las ráfagas azules y moradas de los aparatos, los rastros verdeazulados de los rayos eléctricos y las estelas luminosas de los rayos cósmicos. Funcionaron los proyectores de rayos desintegradores y paralizadores.

En un santiamén, diez aeronaves tarkas sufrieron el choque de

los rayos desintegradores y faltas de alguna parte esencial de su estructura se perdieron, siguiendo el impulso de inercia, en el profundo y negro espacio interastral. Los proyectores del *Kipsedón* abrieron una brecha espantosa entre las espesas formaciones tarkas, y a través de aquellos huecos cruzó la escuadra aliada siguiendo la ruta de Marte, mientras la de los hombres antena describía un anchuroso circulo para volver a la carga. Nuevamente los torpedos cruzaron el abismo sideral hacia las naves del jeddad Temoc, que se alejaban vertiginosamente.

La distancia entre las dos flotas aumentó a razón de 30 kilómetros por segundo; cuando ambas torcieron sus respectivos rumbos y se dirigieron una contra otra a la máxima potencia de sus motores atómicos, la distancia no era inferior a los cien mil kilómetros. Más torpedos en dirección a las naves que conducía en la batalla Zanu, torpedos que fueron destruidos en su mayor parte, pero que, no obstante, lograron abatir una docena de astronaves. Durante veinte minutos, mientras se aproximaban los dos potentes adversarios, el aluvión de torpedos siguió llegando, hasta que bruscamente cesó. Los tarkas habían agotado sus reservas. Entonces Zanu bramó una orden ante los micrófonos.

Las naves tumpis y tacomis disminuyeron su velocidad de impulsión, poniendo en funcionamiento los motores que la contrarrestaban, de modo que sin llegar a detenerse, el avance del *Kipsedón* y de todas sus naves satélites llegó a ser casi nulo. La flota tarka llegó lanzada a más de treinta mil kilómetros por hora, cayendo de lleno en el campo de acción de todos los proyectores y cañones defensivos aliados.

Por un segundo reinó una indescriptible confusión. Cuando las aeronaves tarkas se hundieron hacia la órbita de Marte, el espacio quedó cubierto de cometas fulmíneos que eran otros tantos aparatos aniquilados.

—Hemos destruido trescientos aerocohetes en esta pasada —exclamó Yandot, sentado ante un maremágnum abrumador de indicadores.

Zanu siguió por los telescopios la trayectoria de la escuadra enemiga. Todos aguardaron ansiosos sus palabras. Al fin, el gigantesco sut de la guerra levantó su mirada de águila y dijo en voz gutural:

—Los hombres antena se retiran a sus bases.

Aunque no había habido vencedores ni vencidos, los tacomis habían quedado dueños del espacio e impedido que sus enemigos atacasen Venus y la Luna. El balance de la batalla hablaba de por sí:

los tarkas habían perdido 800 aeronaves por 85 los aliados. Casi una proporción de diez a uno.

—Las esferas y los destructores se replegarán al *Kipsedón* —ordenó Zanu a sus auxiliares—. Los destructores llenarán sus depósitos de torpedos y cohetes robots en previsión de cualquier contingencia. Los aerocohetes y demás aeronaves se retirarán a Venus hasta nuevas órdenes.

Mientras se efectuaban las operaciones de recogida de las naves satélites del *Kipsedón* y los ascensores llevaban grandes cantidades de municiones a los hangares, Kazan y Müller contemplaban los manejos de Yandot ante un cuadro de mandos. Tenía colocados sobre los oídos una especie de auriculares.

—Hemos dado una buena lección a los hombres antena —manifestó el alemán—. ¡Y mil diablos! ¡Menudas cantidades de proyectiles y aerocohetes se nos venían encima! Nunca he visto tantos aparatos reunidos.

—Pues ten la completa seguridad de que en días sucesivos verás muchos más. Los tarkas no han sido batidos. Han calibrado única y exclusivamente nuestras posibilidades. Pronto se lanzarán con mayores medios a nuestro encuentro antes de que los tacomis de otros planetas se reúnan con las fuerzas de Temoc.

—¿Cuáles serán los proyectos inmediatos del jeddad? —interrogó Müller, mirando hacia el grupo que formaban Temoc, Zanu, Rumbal, Kanak, Tug-Zi y cuatro consejeros más. Garry y Wilson, aparte, comentaban las incidencias de la batalla sostenida.

Yandot dejó los auriculares y se agregó al grupo. Los dos terrestres se acercaron, escuchando con atención lo que hablaban. El alemán, aunque empezaba a comprender el idioma de los tacomis, tenía que recurrir muchas veces a Kazan para que le tradujese las palabras de los suts.

—¿Qué están diciendo ahora?

Kazan se frotó la barbilla antes de responder:

—Nos dirigimos hacia Marte. Temoc propone iniciar una campaña encaminada a sublevar a todos los marcianos y a los esclavos de los tarkas. Es posible que desembarque un grupo de asalto con instrucciones particulares. Por de pronto, nos vemos obligados a alterar todos nuestros planes.

—¿Por qué? —protestó Müller—. Nuestra posición es sólida. El *Kipsedón* constituye de por sí una fortaleza inexpugnable que podemos llevar de un lado a otro, según nos convenga, o retirar del campo de batalla en el momento en que ésta se nos presente desfavorable.

—No —negó Kazan, moviendo lentamente la cabeza—. No podemos permanecer indefinidamente a la defensiva. Hay que tener en cuenta que cada día que transcurre aumenta el peligro de que la flota tarka aparezca en este sistema planetario. Debemos apoderarnos de las bases que mantienen en Marte y Júpiter o, en todo caso, destruirlas. Sólo así podremos luchar con ciertas garantías de éxito.

—¡Ah! —exclamó Müller lúgubremente—. Eso es otra cosa. Ciertamente, puede obligarnos a alterar todos nuestros planes.

—Parece ser que se va a reunir el Consejo en sesión privada. Discutirá los detalles del plan a seguir.

En efecto, el Consejo de los tacomis se reunió, acordándose tras varias horas de deliberaciones que Rumbal regresaría inmediatamente a Venus con Tug-Zi y el sut de los hombres amarillos, para hacerse cargo de los planes de reconstrucción y para recibir a las aeronaves siderales de los tacomis llamados a Venus. Se reformarían los cerebros electrónicos de los torpedos y se estimularía la producción de naves interplanetarias y de máquinas y robots para el ejército mecánico. Yandot, al frente de un grupo de expertos, desembarcaría en Marte para entrar en contacto con los marcianos. Zanu establecería el contacto entre este grupo y el *Kipsedón*, y con tres esferas y catorce destructores atacaría las bases de Tarka y las líneas de navegación enemigas. El *Kipsedón*, por último, se mantenía a una distancia prudencial del planeta, fuera del alcance de las baterías de los hombres antena.

La esfera volante de Rumbal partió hacia Venus y la escuadra de Zanu despegó de los hangares rumbo a Marte. El *Kipsedón*, rodeado de un silencio espantoso, se adentró en el negro y misterioso abismo sideral, en cuyas tenebrosas profundidades titilaban las estrellas.

Dentro de la enorme sala de control y dirección de la astronave, cuyas paredes se habían convertido en una gigantesca y cóncava pantalla de televisión que reproducía las imágenes en colores y relieve, Kazan contemplaba pensativo los contornos del planeta Marte, que a través de los telescopios aparecía sanguinoso, rutilante, encendido en sus rojizos fulgores… La primera impresión que, visto de lejos, causaba, era la de un disco terminado en los extremos de su diámetro por un segmento blanco y resplandeciente, y señalado todo lo restante con manchas oscuras de un gris ligeramente azulado, y de regiones claras y amarillentas, algo rojizas o anaranjadas.

Kazan sentía una profunda emoción de interés y curiosidad. Durante su forzada estancia en el campo de concentración de

Sibiriakof tuvo acceso a la biblioteca de Nerensky, el director de la isla, y guiado por el deseo de instruirse había leído y releído todos los tomos que aquélla contenía. De ahí que supiera todo lo relativo a Marte que sabían los terrestres.

Recordaba que muchos sabios de la Tierra, particularmente Lowell, habían llegado, tras detenidos estudios, a la conclusión de la habitabilidad de Marte y de la existencia de seres inteligentes en él.

Gira Marte, el planeta de la guerra, en una órbita exterior a la de la Tierra. Su órbita elíptica hace que su distancia al Sol varíe según la posición del astro en su recorrido que dura en una revolución completa algo menos de dos años. Su diámetro, aproximadamente, la mitad que el de la Tierra y su peso algo menor que la décima parte. Su velocidad de escape es de algo más de cinco kilómetros por segundo. Tiene atmósfera, aunque más tenue que la terrestre.

Cuando su proximidad a la Tierra es máxima, aparece ante el telescopio como una hermosa esferilla de un fuerte color anaranjado en la cual pueden verse manchas brumosas y observarse los casquetes polares que varían de tamaño con las estaciones y que se destacan como dos brillantes capas blancas.

Las manchas oscuras del planeta se muestran más o menos permanentes. El desplazamiento de ellas es debido movimiento de rotación en el que invierte 24 horas y 37 minutos, aproximadamente.

Fue Schiaparelli quien descubrió que había trazos oscuros surcando las áreas continentales y poniendo en comunicación los mares. A estos trazos les dio el nombre de *canali*, que se traduce, en general, por el de canales.

Según este célebre astrónomo, los mares no tienen un color uniforme; su color, generalmente marrón con mezcla de gris, no es siempre de igual intensidad en todos los puntos, ni siempre igual en el mismo sitio. Estableció un paralelismo entre estos cambios y las diferencias de color de los mares terrestres, señalando el hecho de que algunos de ellos dependían de las estaciones.

La superficie continental está surcada, según esta interpretación, por una amplia red de bandas más o menos oscuras, de aspecto y longitud variables que terminan en un mar, en un lago o en otro canal.

Schiaparelli supone que se trata de surcos o depresiones de la superficie del planeta destinadas a conducir agua, de formación, probablemente, geológica y no debida a la intervención de seres inteligentes.

Lowell sostiene que las áreas oscuras consideradas como mares

no son sino zonas cubiertas de vegetación, parte de cuyas variaciones de color observadas también por él, coincidían con las estaciones. Representarían éstas las regiones fértiles del planeta en contraposición a las áridas y desérticas que se identificaban como continentes. Las mutaciones estacionales pueden interpretarse como obra de riego de las regiones fértiles, por el agua procedente del deshielo de los casquetes polares al llegar el verano.

Tanto Schiaparelli como Lowell observaron el desdoblamiento de los canales, pero no concuerdan las dos interpretaciones del fenómeno, como tampoco concuerdan las explicaciones del cambio de fisonomía que ofrecen las diversas regiones con el cambio de las estaciones.

Indiscutiblemente, Marte posee atmósfera. Esta atmósfera, aunque de considerable espesor, es decir, de gran altura sobre el suelo, es más tenue que la terrestre y su presión mucho más pequeña que la de la Tierra, siendo la fuerza de gravedad planetaria las dos quintas partes de la gravedad terrestre.

La existencia de nubes contribuye a reafirmar la anterior aseveración. Se ha supuesto que las nubes blancas sean condensación de la humedad, y probables nubes de polvo levantado por el viento sobre las extensas áreas desérticas, las de color amarillo.

Los casquetes polares parecen estar constituidos por depósitos de nieve (sin embargo, se sugiere la posibilidad de que se trate de condensaciones de anhídrido carbónico, no siendo esto probable habida cuenta de las temperaturas y presiones dominantes en el planeta). La cantidad de oxígeno que existe en Marte es muy pequeña, según estas apreciaciones.

La temperatura en los trópicos puede llegar a unos 10 grados sobre cero al mediodía. En los polos y en invierno puede alcanzar los 70 grados centígrados bajo cero, siendo en verano poco mayor que la de la fusión del hielo, es decir, el cero relativo.

La caída de la temperatura al atardecer es rápida por efecto de la tenuidad de su atmósfera, pobre en vapor de agua, que impide el escape de las radiaciones caloríficas acumuladas durante el día por el planeta. La mínima temperatura durante la noche se calcula en unos 85 grados centígrados bajo cero.

Las condiciones atmosféricas y térmicas de Marte parecen excluir la existencia de vida en la superficie, pero otras observaciones innegables, como la posible presencia de oxígeno, cuando menos en el pasado, hace verosímil la suposición de que haya existido vegetación, sin negar la posibilidad de que formas de

vida vegetal puedan darse todavía. En resumen: los sabios terrestres habían llegado en aquel tiempo, si no a afirmar que Marte era habitado, sí habitable.

Esto había estudiado Kazan en los libros. En aquellos momentos veía por sus propios ojos cuán cerca y cuán lejos al mismo tiempo se encontraban los astrónomos terrestres. Hallándose cada vez más cerca del planeta podía contemplar a su sabor toda la superficie que captaban los telescopios. Vio mares oscuros, grandes extensiones de terreno rojizo, planos brillantes que constituían las ciudades de los marcianos, y las ciudades cúpula de los hombres antena diseminadas por las regiones más fértiles de Marte.

Evidentemente, los marcianos habían constituido un pueblo inteligente, pero pacífico. Los que habían afirmado la existencia de vida en Marte basándose en los famosos canales, tenían razón. Las dificultades que presenta la explicación del transporte del agua de uno a otro hemisferio por medio de los canales, las superaba Kazan considerándola como la suprema manifestación desesperada de unos seres que, impelidos por el instinto de conservación, concentraron todos sus esfuerzos en conseguir el agua que les faltaba por la progresiva desecación del planeta.

Kazan admiraba las grandiosas obras de ingeniería de esta raza siempre en lucha con la naturaleza y las necesidades. Llevar el agua del polo a las regiones desérticas representaba una hazaña digna de titanes. ¿Cómo era posible, pues, que pueblo tan adelantado hubiera caído bajo la zarpa de Tarka?

Sólo cabía una explicación. Los marcianos, entregados a una lucha constante por la propia supervivencia, descuidaron la producción de armamentos y naves siderales que podían haber opuesto a los hombres antena. Nunca debieron imaginar que fuesen atacados por enemigos procedentes de otra galaxia. Los habitantes de la Tierra vivían muy atrasados respecto a ellos y no constituían ningún peligro. Así pudo Tarka pasearse de un extremo a otro de Marte sin hallar la menor resistencia.

Y, sin embargo, quinientos millones de marcianos habían perecido en la gigantesca hoguera atómica que envolvió sus ciudades y otros doscientos hablan sido deportados a Júpiter y a los planetas de Tarka. Trescientos millones maldecían a sus amos en Marte.

Las horas fueron pasando lentamente. Al aproximarse a Marte, el *Kipsedón* disminuyó su marcha y, una vez entró dentro del campo de atracción del planeta, se detuvo en una órbita concéntrica. Desde aquel momento, el *Kipsedón* quedaba convertido en el satélite

número tres de Marte, ya que este planeta tenía dos naturales: Phobos y Deimos.

Los viejos tacomis, encorvados por los años, reliquias del pasado, de rostros marchitos hasta lo inverosímil, se movían entre un número espantoso de cajas negras, y de tantos cuadrantes, pantallas, interruptores, zumbadores, luces de señales, resortes y palancas, que a veces parecía que les faltaran ojos y oídos para no perderse en aquella maraña de mecanismos.

Dos horas más tarde, Kazan y sus compañeros veían embarcar a Yandot en una esfera volante, con tres tacomis viejos y tres jóvenes. Las compuertas del *Kipsedón* se abrieron y silenciosamente la esfera salió por la abertura, alejándose de la astronave. La aventura empezaba para el Hombre Rojo.

Dimitri hubiese querido tomar parte en ella para no tener que pensar más en Tania. Después de lo ocurrido en la terraza de las cavernas y al recobrarse Tania de su terror, ésta se soltó de su brazo y huyó a refugiarse bajo la protección de Niva. No volvió a dirigirle la palabra, ni siquiera cuando embarcó en el *Kipsedón*.

Una cosa le alegraba y era que Wilson tampoco podía gozar de la compañía de la muchacha.

La vida a bordo de la astronave transcurrió monótona. Los terrestres no sabían nada de Yandot ni de las actividades de la escuadra de Zanu. Los tacomis se movían por el del *Kipsedón* como almas en pena, silenciosos, hieráticos e inescrutables.

En los días siguientes recibieron la visita de algunas formaciones de aerocohetes, que fueron ahuyentados con relativa facilidad puesto que su número nunca fue muy crecido. Pero a la semana de estar dando vueltas en torno al planeta, los telescopios del *Kipsedón* advirtieron la presencia, por medio de los cerebros electrónicos de que estaban dotados, de doscientas aeronaves que salían al encuentro de la astronave.

Temoc no quiso presentar batalla y ordenó arrancar hacia los espacios, dejando atrás a la flota enemiga, que se reintegró a sus bases. *Kipsedón* volvió a su primitiva posición.

Después de esta intentona, los tarkas no dieron más señales de vida. Kazan y sus compañeros se entretenían mirando por las pantallas la superficie de Marte, que parecían tener al alcance de la mano.

—Esto se pone aburrido —manifestó Müller, bostezando—. Llevamos diez días terrestres girando como una peonza alrededor de Marte y Temoc ha rehuido el combate con los hombres antena. ¿Qué espera?

—Y ¿qué se ha hecho de nuestra flota? —preguntó Garry, uniendo sus lamentaciones a las del alemán.

—Amigos —intervino Fred Wilson—, mucho me temo que pronto veamos aparecer de nuevo a los hombres antena. Este silencio es presagio de tormentas.

—Pues si no ocurre algo pronto estallaré —rezongó Müller.

—¿Preferirías verte en una situación semejante a la que pasamos en Kiyul? —dijo irónico Kazan.

—¡Rayos! Pues sí. Después de haber pasado diez años en la isla de Sibiriakof, necesitaba alguna emoción. Ahora estoy empezando a divertirme y no quiero que los tacomis me defrauden. ¡Como se alargue mucho la cosa... me vuelvo a Venus!

—Naturalmente —rió el sargento—. Allí tiene a Olga Fedorova esperando impaciente su regreso.

Kazan impuso silencio con un gesto.

—Mirad —dijo—. Acaba de aparecer un eco en la pantalla del radar.

Levantándose, manipuló en los instrumentos estableciendo automáticamente la conexión con el telescopio que tenía enfocada a la esfera que se aproximaba dejando tras sí una estela azulada.

—Esa esfera no es la de Yandot —señaló Kazan—. Proviene de Venus. Tal vez traiga noticias interesantes. Vayamos a los hangares.

Tomaron uno de los grandes ascensores que les dejó en el quinto piso del *Kipsedón*. No fue necesario que se colocaran las escafandras al abrir las compuertas de la astronave, ya que el oxígeno indispensable para respirar era mantenido en los hangares mediante un sencillo procedimiento de presiones.

La esfera siguió al *Kipsedón* en su vuelo sideral, acercándosele por momentos. Luego pareció que una fuerza magnética atrajera a la esfera, que entró en el hangar, posándose con una suavidad asombrosa. La rampa de kass se tendió hacia el suelo, surgiendo la figura de un tacomis embutido en un traje azul, que dejaba al descubierto un rostro arrugado por los años y unas manos descarnadas. Detrás, contrastando con el anciano de faz apergaminada, apareció, radiante en toda su hermosura, la exquisita silueta de Niva, la mujer del cabello de oro. Saludó con la mano a los terrestres que estaban agradablemente sorprendidos.

Salieron al encuentro de la rusa, pero tanto Kazan como Wilson se detuvieron, dejando escapar una exclamación ahogada de verdadera sorpresa. Siguiendo a Niva, bajaba la rampa Tania Gurevich.

—Bienvenidas al *Kipsedón* —dijo Müller haciendo una zalema—.

¿Puede saberse a qué debemos el honor insigne de vuestra visita?

Niva correspondió con una sonrisa al saludo del alemán. Contestó:

—Dejamos algunas cosas de uso personal en el camarote que ocupábamos en el *Kipsedón*.

¿Era aquello cierto? ¿No motivaba el viaje el deseo de Niva de envolver en sus redes a Yandot?

—¿Cómo van las cosas por Venus? —preguntó el sargento Garry mientras se dirigían a los ascensores.

—Perfectamente —dijo Niva—. La ciudad de Yer-Mun se está reconstruyendo a marchas aceleradas. Han llegado las primeras aeronaves interplanetarias tacomis, mas creo que pasará mucho tiempo antes de que podamos tener reunida toda la flota.

—¿Por qué no ha venido Oiga? —inquirió, de pronto, Müller.

Niva sonrió.

—Porque espera que tú vayas. Si de verdad la quieres y deseas casarte con ella, aprovecha la oportunidad. Un platillo volante procedente de Kiyul ha traído a unos cuantos terrestres de las plantas atómicas de Oak Ridge. Entre ellos hay un padre católico.

Un viejo tacomis salió al encuentro del grupo en aquellos instantes. Se acercó a Kazan y le murmuró unas palabras al oído.

—Dispensadme —dijo el ruso—. Enseguida estoy con vosotros.

Kazan echó a andar en pos del tacomis. Le preocupaba menos la llamada de Temoc que el comportamiento frío de Tania. Ésta seguía mostrándose reservada e indiferente con él. Con Wilson, al contrario, se comportaba de modo distinto.

Temoc le recibió de pie en su cámara. Dimitri aguardó a que el primogénito del gran Jumwha expusiese el motivo de su llamada. Por fin el jeddad, taladrándole con sus oscuros y perspicaces ojos, dijo:

—Yandot necesita ayuda. No puedo desprenderme de un solo tripulante más. ¿Quieres ocupar el puesto de enviado?

—Con mucho gusto, jeddad —exclamó Dimitri—. ¿Me acompañará alguien?

—¿Lo harán tus camaradas si se lo pides?

—Creo que sí. Ayudaremos a Yandot. ¿Cuál va a ser nuestro cometido?

—Yandot os dará órdenes e instrucciones. Partiréis inmediatamente en la esfera que ha traído a las mujeres. Éstas irán con vosotros hasta el momento en que desembarquéis, para después proseguir el viaje de regreso a Venus.

—¿No es peligroso arriesgar la vida de las mujeres en esta

empresa? —interrogó Kazan.

—No queda otro remedio. El *Kipsedón* ya no estaría aguardando en órbita.

—¿Acaso...?

—Efectivamente. Hemos decidido emprender el ataque general, en vista de que los hombres antena parecen ignorarnos.

* * *

La noche era oscura y fría. En el cielo brillaban intermitentemente las estrellas, apreciándose la Tierra en un contorno azulado de precioso colorido.

La esfera volante descendía sobre la superficie de Marte. Se divisaba una planicie amarillenta y desértica. El viento arrancaba aullidos quejumbrosos de las rocas que salpicaban la región de piedras oxidadas. La vegetación era casi nula; plantas raquíticas que se adherían desesperadamente al terreno ansiando vivir. Nada más. Todo era seco allí: viento, tierra, plantas y atmósfera.

La esfera describió una curva y, volando apenas a un centenar de pies sobre la superficie, se deslizó a gran velocidad, sin producir el más leve rumor y sin dejar ningún rastro visible de su paso. Salvó un par de colinas, un desierto largo y extenso, una llanura azotada por el huracán y, finalmente, sobre un océano de aguas oscuras y agitadas.

Las olas, enormes, lamían la parte inferior de la esfera. A través de las paredes transparentes de la esfera, los terrestres podían contemplar toda la extensión marítima con una claridad bastante aceptable. Los dos satélites de Marte y la tenuidad de la atmósfera hacían que la luz reflejada del Sol convirtiera en un crepúsculo la noche marciana.

Kazan dirigía frecuentes miradas al aparato de radar. De un momento a otro podían ser descubiertos por los aerocohetes tarkas de vigilancia, cosa que impediría tal vez su reunión con Yandot.

Bruscamente, una ráfaga azulada hendió el espacio en dirección a la esfera. Aquella ráfaga salió de las profundidades marítimas y dio de lleno sobre la aeronave tacomis. Se oyó un chirrido metálico, y un fuerte resplandor cegó momentáneamente a los tripulantes de la nave. Al mismo tiempo, las agujas indicadoras y los instrumentos de a bordo parecieron danzar al compás de las sacudidas que daba el vehículo aéreo. En medio del intenso resplandor se apreció el surco rojizo de los torpedos sobre las aguas.

Un tacomis gruñó guturalmente. Saltó hacia una palanca. Los proyectores de rayos desintegradores entraron en juego. Una

imponente explosión levantó una gran columna de agua y humo delante del aparato, que se incrustó bamboleándose en ella.

—¿Qué ocurre? —gritó Wilson, palideciendo.

—Los hombres antena nos han descubierto —contestó uno de los viejos—. Sus rayos paralizadores nos han cogido de lleno antes de que tuviésemos tiempo de poner en funcionamiento el campo magnético anulador. Los tarkas han disparado dos torpedos.

—¡Los motores se están parando! —exclamó Müller—. ¡Vamos a estrellarnos!

Nuevos surcos fulmíneos, saliendo de las aguas, se dirigieron al encuentro de la esfera.

—Disparan desde un submarino —advirtió un tacomis—. Colocaos las escafandras.

Los terrícolas obedecieron prestamente. Los proyectores desintegradores, los únicos aparatos que funcionaban a bordo, contuvieron el avance de los torpedos haciéndolos estallar no lejos de la esfera que, sin mandos que la guiasen, descendía rápidamente hacia el mar. Un segundo después, chocó contra la superficie y rebotó como si fuera una pelota de goma. Una tremenda explosión la levantó en vilo hacia el espacio. Luego cayó con mayor violencia, si cabe. Todos los tripulantes fueron derribados en confuso montón. Un aluvión de agua penetró por la brecha abierta en las paredes. Si el torpedo hubiese estallado sobre cualquier otra aeronave la habría pulverizado completamente. Pero la esfera estaba construida a prueba de torpedos atómicos. Mas, pese a todo, otra explosión, mayor que la anterior, desgajó las paredes.

—¡Nos hundimos! —gritó Kazan.

Empujado por la cascada de agua que penetraba a través de las brechas, rodó entre el amasijo de aparatos e instrumentos. Se dio perfecta cuenta de que de un momento a otro podían hacer explosión los motores atómicos. Luchó furiosamente contra el agua que lo zarandeaba por el interior de la aeronave.

De repente, una corriente lo arrastró por una de las brechas. Aturdido, flotando entre dos aguas como un deforme muñeco, vio hundirse a la esfera, lentamente, en aquel ignorado y tenebroso mar oscuro, dejando tras sí un rastro de burbujas ruidosas e inquietantes…

CAPÍTULO III

LOS POZOS DE LA MUERTE

Pasaron varios segundos antes de que Kazan comprendiese con claridad lo ocurrido. Luego, inclinándose hacia el fondo, gimió:

—¡Tania!

Buceó desesperadamente. Podía hacerlo, puesto que la escafandra y el traje de kass le protegían de la presión de las aguas. Todo estaba envuelto en la más profunda oscuridad. Nada veía en aquellos abismos abisales y, por consiguiente, nada vio tampoco de la esfera.

Nadó hacia la superficie, sobrecogido y espantado. ¿Sería posible que sólo él se hubiese salvado de la catástrofe? Habían seguido el rayo de onda emitido por Yandot hasta que sobrevino el repentino ataque. Los tarkas, desde el fondo del océano, habían lanzado sus rayos paralizadores y cogido de sorpresa a los tripulantes de la esfera. Luego, tranquilamente, la destruyeron.

El traje neumático le ayudaba a flotar. Al subir a la superficie miró ansiosamente en derredor. La luz de las dos lunas de Marte se reflejaba sobre las oscuras aguas, pero no dejaba ver más allá de varios centenares de metros, el corto tiempo en que Phobos cruzaba aquella zona. Se preguntó si el submarino de Tarka subiría a la superficie para comprobar si había alguien superviviente de la esfera.

Miró a las estrellas para orientarse. Habían seguido el rumbo Oeste. En aquella dirección se encontraba Yandot, mas ¿a qué distancia? ¿Diez, cien, mil kilómetros? Trató de recordar… inútilmente. Después, con los ojos de la imaginación, vio una masa negra al Norte. Aquella masa era tierra marciana. La había estado observando con los telescopios de a bordo y recordaba haber visto signos de vida.

Como no le quedaba otro recurso que el de nadar, empezó a mover brazos y piernas, alejándose del lugar del naufragio de la esfera. Llevaría adelantados cien metros cuando se detuvo, enarcando las cejas. Delante de él había aparecido un objeto negro, un objeto que flotaba sobre las aguas, ominoso y espectral.

La extraña aparición se le echó encima. La luz arrancaba reflejos de su oscura superficie. Kazan sintió que se le erizaban los pelos del cogote y, antes de que pudiera sobreponerse, oyó un grito, una voz ronca, que exclamaba:

—Algo flota ahí delante.

Un haz luminoso asaetó la oscuridad.

—Es Kazan —volvió a exclamar la voz de Fred Wilson—. Icémosle.

Unas manos nervudas y otras delicadas y de poco vigor, le asieron tirando de él. Kazan se ayudó con las manos, dejándose caer en el interior de la pequeña navecilla.

Eso era en realidad, una ligera embarcación en forma de urna, con dos pequeños asientos, un volante de dirección y un motor en la popa.

Los ojos del ruso brillaron alegres.

—Tania... ¿pero cómo es posible...?

Wilson no entendió las palabras de Kazan, pero adivinó su significado. Se apresuró a contestar en inglés:

—No podemos alabar suficientemente la previsión de los tacomis. Todas las esferas disponen de estas urnas para casos de necesidad como el presente. Al caer hacia el fondo y al equilibrarse la presión, los tacomis accionaron un resorte, descorriéndose en las paredes varios lienzos que dejaron al descubierto tres o cuatro embarcaciones de este género empotradas en la pared. Lo demás fue fácil. Müller y Niva se metieron en una. Garry y un tacomis en una segunda y Tania y yo en ésta. Los tripulantes maniobraron con algunas palancas y nos expulsaron hacia la superficie. Supongo que el resto de la tripulación subiría a nado a la superficie, aunque la profundidad es grandísima y no sabemos si los trajes especiales habrán resistido la terrible presión.

—Creo que sí —dijo Kazan, sin apartar la mirada del rostro de Tania, que había bajado los ojos emocionada—. La gravedad es menor en Marte que en Tacom; la atmósfera es más tenue y por tanto la presión es menor. ¿Sabes manejar este cacharro?

—Es sencillo —respondió el aviador—. Los tacomis nos dieron unas cuantas y rápidas instrucciones.

—¿Cómo nos pondremos en contacto con las demás embarcaciones? ¿Por medio de la radio?

—Los tacomis insistieron en que no debíamos hacer funcionar la radio bajo ningún concepto. Como tampoco debemos lanzar ninguna señal luminosa.

—No adivino el porqué —dijo Kazan—. Los hombres antena son ciegos y no distinguen la luz con sus antenas.

—Pero poseen aparatos suprasensibles que detectan los rayos ultravioletas. Quizá puedan detectar el lugar de dónde ha sido lanzada, pongo por caso, la bengala.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperamos?

—No. Pronto se presentarán los hombres antena a echar una ojeada por estas cercanías y debemos poner la mayor distancia posible entre ellos y nosotros. Seguiremos el rayo de onda emitido por Yandot.

El teniente puso el motor en marcha y, empuñando el volante, arrancó bruscamente arrojando a Tania en brazos de Kazan. La muchacha se apresuró a soltarse sin que el ruso se lo impidiera. Dimitri la miró contrito. ¡Cuánto le gustaba aquella silenciosa y sencilla muchacha!

Las olas jugaban con la embarcación, amenazando hacerla naufragar, pero Wilson corrió el techo cerrando herméticamente la navecilla.

—Este mar debe estar infestado de submarinos tarkas —manifestó Kazan—. Será una suerte si no nos detectan.

Wilson seguía el rayo de onda y la embarcación saltaba sobre las olas como asustada gaviota. De pronto, Kazan soltó una exclamación ahogada.

—¿Ocurre algo? —inquirió Tania, algo alarmada.

—Aquí hay algo raro, Tania —le dijo Kazan—. Estamos metidos en una marejada. Eso indica que andamos cerca de tierra o, por lo menos, de grandes escollos. Pero eso es completamente imposible.

La muchacha se acercó al americano.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente, Wilson? —preguntó.

El teniente estaba sentado frente al aparato amplificador de radio. Sus nervudas manos se apartaron del volante de dirección y señalaron hacia el amplificador.

—Los sonidos que sirven para guiarnos parecen haberse vuelto locos —dijo.

Kazan se reunió con ellos y escuchó las pulsaciones que emitía el altavoz. Dijo:

—La frecuencia de la pulsación suena tal como debería sonar. No cabe la menor duda de que no nos hemos apartado de la ruta que nos señalan las emisiones de la emisora de Yandot.

—Estamos en el paso del rayo conductor, desde luego —gruñó Wilson—. La onda A está mezclada con las ondas N, de forma que no se oyen puntos… nada más que una serie de rayas confusas. No podemos estar fuera de la ruta; pero hemos de estarlo a la fuerza.

—¡Imposible! —exclamó Kazan, con brusquedad—. Este aparato es demasiado perfecto para que quepa el más leve error. La emisora de Yandot sigue mandándonos la onda. Eres tú quien ha sufrido un grave error. Te has dirigido hacia el Norte en vez de tomar el rumbo Oeste.

Este intercambio de palabras dio por resultado que Wilson se enfureciera, al parecer violentamente.

—¿A mí me dices eso, ruso del demonio? —gruñó.

—A mí no me chilles, aviador de siete suelas —respondió Kazan —, si no quieres que alimente contigo a los tiburones.

Wilson se apartó del aparato de radio y se puso en guardia, amenazador.

—¿Quién dice que estoy equivocado? —exclamó en voz dura.

Tania intervino, con sequedad:

—Siempre estáis discutiendo. Por favor, ¿no podéis olvidar vuestras rencillas particulares en un momento como éste?

Los dos hombres depusieron su actitud hostil. Tania suspiró aliviada y Wilson se sentó de nuevo ante el volante. De pronto, el teniente se volvió, muy pálido.

—Algo pasa con la dirección… —murmuró.

—¿Qué va a pasar? —gruñó desconfiado Kazan.

—Me han quitado los mandos de las manos —dijo Wilson.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo gobernar la lancha. Algo se ha apoderado del volante y nos dirige rectos hacia el Norte. Fíjate.

Señalaba hacia el volante. Éste giraba leve de un lado a otro como si algo invisible tirará de él. Kazan se abalanzó sobre el volante tratando de torcer el rumbo, pero por más esfuerzos que hizo no logró apoderarse del control de la embarcación.

—¡Para el motor! —ordenó.

—Es inútil —gimió el teniente—. Hemos caído dentro de la acción de un campo magnético. Me daría por satisfecho de salir con bien de ésta

—Pues antes de caer en poder de los hombres antena —masculló Dimitri—, me arrojo de cabeza al agua.

—¡Ya es tarde! —gritó Tania—. ¡Mirad! ¡Allí delante, un poco a babor!

Moles negras se movían sobre las aguas, sombras alargadas que se balanceaban al compás de las olas. Se veían dos franjas de luces, verdes unas, rojas las otras. La mar estaba muy agitada. Soplaba el viento huracanado.

La lancha se metió entre las dos bandas de luces guiada por la misteriosa fuerza magnética. Una fuerte corriente marítima la arrastró como si fuera una cáscara de nuez. El viento aumentó en intensidad. Ya no era gemido de hombres moribundos: aullaba.

De pronto, brotó un brillo oscilante, como un relámpago, tiñendo las nubes de luz.

Wilson cometió un error. Creyó al principio que se trataba de un relámpago corriente. Luego vio que aquellas llamaradas tenían algo distinto. Eran raras, siniestras. Teñían las nubes bajas de un color rojo sangriento.

El teniente oyó a sus espaldas una respiración áspera y se volvió con sobresalto. Era Kazan.

—Relámpagos rojos —dijo éste—. Qué aspecto más raro tienen, ¿verdad?

De nuevo surgió la coloreada luz. Duró más tiempo esta vez, fue más brillante y permitió ver muchas cosas. A un lado se veía la costa; pero ésta no les causó la menor sensación. Tania les señaló algo que les sobrecogió, sin embargo.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad! Todo a nuestro alrededor.

La fantástica luz roja se apagó.

—¿Visteis? —exclamó Wilson, en el silencio que siguió—. Debe haber un par de docenas de aeronaves submarinas en torno a nosotros. Hemos caído en el centro de una base tarka.

—¡El diablo sabe dónde estamos! —contestó Kazan—. Y no hay manera de evitar ser arrastrados por esa maldita fuerza misteriosa.

Una ola alzó la proa de la ligera embarcación y la dejó caer de golpe. La nave se estremeció dando una sacudida que lanzó al agua a Tania, ya que habían descorrido la capota que cerraba herméticamente la embarcación. Kazan se arrojó inmediatamente detrás.

Fred Wilson vaciló. Luego se arrojó al mar, no queriendo perder de vista a Tania. Fueron arrastrados por la corriente.

Bajo el resplandor rojizo, en los rompientes se estrellaba todo a su alrededor contra arrecifes, escollos y bajíos, llenando de espuma el agua. Pero Tania y Kazan atravesaron por entre los escollos y llegaron, jadeantes, a una playa salpicada de vegetación escuálida. Wilson llegó a tierra detrás de ellos.

Volvió a verse el resplandor rojizo. Osciló, aumentó y volvió a desaparecer. A la otra parte de los arrecifes distinguieron negras siluetas de los aerocohetes tarkas, balanceándose al vaivén de las olas que rompían contra los murallones levantados en aquel sector por los hombres antena.

—¿Qué será ese resplandor rojizo? —preguntó Tania, estremeciéndose.

—No es nada sobrenatural —explicó Wilson—. ¿Observasteis que el color que se refleja en las nubes no viene de arriba, sino de abajo?

—Hay una fundición gigantesca por estas cercanías —dijo Kazan

—. No se trata de ningún volcán, como a simple vista parece. He visitado a la fuerza algunas fundiciones rusas y he presenciado el mismo fenómeno.

Tania se movió intranquila.

—¿Creéis que los hombres antena se habrán percatado de nuestro desembarco en este lugar?

—Tienes razón —afirmó Kazan—. Pongamos tierra por en medio.

—Ojalá estuviese Yandot aquí —murmuró Wilson.

Un instante después lo estaba deseando con mayor vehemencia aún. Empezaron a salir unas sombras de la espesura. Se abalanzaron hacia los náufragos esgrimiendo mazas y aullando en idioma desconocido.

Los atacantes, veinte o más en número, salieron de la espesura en sólida oleada. Los dos terrestres metieron a Tania detrás de ellos e hicieron frente al ataque. Kazan con sus puños; Wilson con su pistola eléctrica.

De la pistola partieron dos chispazos agudos. Dos atacantes se derrumbaron con las carnes quemadas por la descarga. Inesperadamente se oyó un golpe sonoro y Wilson se tambaleó, aturdido. Vio alzarse nuevamente una maza. Pero no cayó. Sonó el golpe de unos nudillos contra una mandíbula al alargar Kazan el brazo y derribar al que amenazaba al americano.

Éste recobró el equilibrio y volvió a disparar la pistola.

—¡Carguemos contra ellos! —aulló Kazan.

—De acuerdo —asintió el teniente—. Procuraremos abrirnos paso hasta la espesura.

Avanzaron uno al lado del otro. Los puños de Kazan parecían los cilindros de un motor. La pistola de Wilson abría brecha entre los atacantes. Tania, que avanzaba detrás de ellos, iba recogiendo pedazos de roca del suelo y tirándolos contra los asaltantes.

Este ataque fue demasiado para los desconocidos. La pistola de Wilson les infundía un terror loco y acabaron por huir dando alaridos terribles.

Bajo la luz que proyectaban las estrellas, que se hacían visibles a través de las nubes, Wilson examinó a las víctimas de su puntería.

Eran de distintas razas y colores, y todos llevaban taparrabos. Rodeaban sus cuellos collares con ribetes de cobre, fabricados al parecer de acero. Había seres de piel oscura, sumamente delgados y no muy altos, tumpis, es decir, hombres amarillos de Tumpa, y sobre todo individuos de coloración muy roja, de escasa estatura, de brazos y piernas delgados y cabezas desarrolladas. Tenían los ojos

saltones, la nariz grande y la boca de labios muy finos.

—Éstos deben ser marcianos —barruntó Wilson—. ¿Vivirán los negros también en Marte?

Se escuchó un ruido estrepitoso: era Kazan que se reía.

—¿Qué ocurre, mujic? —inquirió el aviador con desconfianza.

—Estaba tratando de imaginarme el aspecto que tendrías vestido con el traje típico de este planeta: taparrabos y collar de perro.

—¡Mogol indecente...! —empezó a decir Wilson.

Tania le impuso silencio con las siguientes palabras:

—Si tenéis más ganas de pelear ahorrad vuestras fuerzas. Esos hombres vuelven.

Sonó un golpe en la arena seca a los pies del teniente. Un segundo después el aire estaba poblado de proyectiles.

—¡Están tirando piedras! —gritó Wilson.

—Que tiren todas las que quieran —se burló Kazan—. No nos pueden hacer daño. No obstante, ahuequemos el ala.

Se metió una de las mazas debajo del brazo y corrió hacia la espesura seguido de cerca por sus compañeros.

Una vez atravesada la faja de vegetación, espinosa y pobre, llegaron a un terreno elevado de aspecto singular a más no poder. Roca volcánica, lava negra y cortante como cristal roto, formaban fantásticas colinas y gargantas. La mayor parte del cristal formaba hojas delgadas, inclinadas, que resbalaban a veces y se rompían bajo el peso de una pisada. Cactos gigantescos crecían en las hendeduras y sus espinosas hojas parecían cabezas de serpientes dispuestas a atacar.

Se apagó todo sonido de persecución. Se despejó el firmamento y avanzaron bajo la pálida luz de las estrellas.

—Dios quiera que lleguemos pronto a alguna parte —musitó Tania.

—Esto parece el fin del mundo —observó Wilson.

—Pues no te equivocas mucho —manifestó Kazan—. No sé cómo vamos a salir de aquí y encontrar a Yandot en medio de este montón de desperdicios volcánicos.

—¿Se dio cuenta alguno de vosotros —inquirió la joven— de que nuestros atacantes parecían tener buen cuidado en no matarnos?

—Sí —reconoció Kazan—; ni siquiera emplearon armas de fuego.

—Seguramente querrían cogernos vivos —asintió Wilson en tacomis, único idioma con el que se podía comunicar con Tania.

—Eso creo también yo. Pero... ¿por qué?

—Sin duda para entregarnos a los hombres antena. El pelotón que nos atacó estaba compuesto exclusivamente de esclavos. Por eso no iban armados. No tardarán los propios hombres antena en dar señales de vida.

Al ascender por la vítrea ladera pasaron una zona de cráteres apagados en los que, siglos antes, debían de haber burbujones de lava.

Llegaron a una extensa meseta en la que nada crecía, ni siquiera cactos, y donde los cráteres eran más pequeños, llenos de tierra y tan juntos unos a otros que era necesario orillar aquella faja de terreno.

Kazan se detuvo de pronto.

—Todos estos cráteres se encuentran en orden geométrico. No son cráteres volcánicos como los que vimos abajo. Son obra del hombre, es decir, la mano de los tarka. Ya sabéis que son aficionados a las figuras y dibujos geométricos.

Wilson miró. En lugar de vítrea roca, había allí una especie de barro rojizo, o ceniza volcánica prensada.

—Tienes razón —dijo—. Los agujeros estos se están hundiendo ya y están medio llenos de tierra. Es difícil asegurarlo; pero cuando se hicieron debían estar colocados igual que las células de un panal de miel.

A medida que fueron avanzando se hizo más patente la forma de panal. Encontraron agujeros en mejor estado.

—Éstos se hicieron más tarde —observó Wilson.

—Sí —asintió el ruso—. Cuanto más lejos vamos, más recientes parecen los agujeros.

—Pero... ¿para qué serán? —exclamó Tania—. Esto se hace más y más raro. ¿Qué significará?

Wilson levantó el brazo.

—Escuchad —dijo.

En alas de la brisa y a través de los amplificadores de que estaban provistas las escafandras, llegaron hasta ellos unos ruidos agudos que parecían chasquidos salidos del mismo aire.

—¿Qué es? —inquirió Tania, con inquietud.

—Ningún animal hace un ruido semejante —dijo Kazan.

De pronto, por encima de los chasquidos, sonó un gemido prolongado que expresaba una angustia tan horrible que los tres sintieron como si les hubieran echado un jarro de agua helada por la espina dorsal.

Tania exclamó:

—Jamás he oído un grito semejante. ¡Es terrible!

—Debe tratarse de un animal moribundo —dijo Wilson.

—¡De un hombre moribundo, querrás decir! —observó Dimitri.

—Vamos —rezongó Wilson, asiendo con fuerza su pistola eléctrica.

Al proseguir su camino fueron observando más agujeros, bien marcados, como las células de un panal gigantesco. Tenían muchos tres metros de diámetro y otro tanto de profundidad. Éstos no habían vuelto a llenarse de tierra suelta. Los misteriosos chasquidos empezaron a oírse con más claridad.

—¡Ahí delante! —murmuró Wilson—. ¡Mirad!

—¡Sombras! —dijo Tania, con la voz levemente temblorosa—. ¡Como hombres en movimiento!

Se acercaron más, manteniéndose ocultos detrás de la maleza, escasa pero suficiente para ocultarles. Espinas de punta blanca les punzaban los trajes impenetrables, sujetándoles; pero consiguieron llegar hasta un punto situado frente al lugar en que se movían las sombras. Allí la planicie continuaba; pero se acababa la línea de agujeros.

Se agazaparon, vigilando. De pronto, por encima de una colina cercana brilló un resplandor rojizo que tiñó el firmamento con su color. Bañados en la luz de fuegos extraños, unos hombres de fuerte musculatura se movían sin cesar a lo largo de la línea de agujeros. Iban vestidos como los otros que vieron: con taparrabo y collar. Llevaban largos látigos que alzaban por encima de la cabeza y hacían restallar dentro de los agujeros.

Gemidos horribles salían del fondo de los pozos. Los del látigo, brillando el sudor que les cubría el cuerpo bajo el rojizo resplandor, parecían apariciones satánicas venidas a Marte.

—Los chasquidos que oímos eran los que hacían los látigos —musitó Tania.

—Algunos de los que golpean parecen tacomis —dijo Kazan.

—¿Tacomis? No puede ser —negó el teniente norteamericano.

Kazan estaba avanzando ya, arrastrándose por el suelo.

—No os mováis —susurró—. Investigaré.

Al colocarse de forma que le fuera posible mirar el interior de los agujeros, Dimitri ahogó una exclamación de sorpresa. Dentro de cada uno de los que pudo ver había clavada una barra de hierro, a la que estaba amarrado un hombre por medio de una cadena.

Los hombres que había dentro de cada agujero trabajaban con una pala y un pico, y sólo llevaban taparrabos, por lo que Kazan supuso que el collar de cobre era un emblema de autoridad.

Cada uno de los prisioneros estaba cavando un hoyo de la

circunferencia que le permitía el largo de la cadena. Los pozos, que se extendían por la planicie en línea recta, medían unos tres metros de diámetro todos ellos.

Bajo la tralla de los látigos, iluminados por rojizo resplandor que escapaba de los hornos y de las altas chimeneas de la cercana fundición, aquellos hombres iban cavando el camino de su muerte.

Oyó de pronto, detrás de él, el arrastrar de pies, y antes de que tuviera tiempo de incorporarse algo se aplastó sobre su cuerpo. Dando un respingo feroz, Kazan extendió bruscamente los brazos al tiempo que hacía trabajar sus piernas. El individuo que le había atacado salió despedido yendo a caer de cabeza en uno de los agujeros. Exhaló un grito penetrante.

Los capataces armados de látigo hablaron agudamente entre sí y acudieron a investigar.

El terrícola se alzó esgrimiendo la maza y corrió hacia el hombre más cercano. Pero antes de que pudiera llegar a su lado, sonó un chasquido. Aún se hallaba a seis pies de su enemigo, pero sintió que le agarraban por las rodillas, como si unas manos de hierro tirasen de él, haciéndole caer al suelo con una fuerza que le dejó aturdido.

Sabía lo que le había tirado y bajó la mano para arrancar la tralla del látigo que se le había arrollado a las piernas. Antes de que pudiera levantarse, su enemigo se hallaba junto a él, con el pesado mazo levantado, para descargarle un golpe en la escafandra.

En ese instante centelleó un chispazo que derribó al capataz, salvando así a Kazan del golpe. Mas otro látigo se enroscó a las piernas de Wilson y le tiró al suelo por encima de Kazan.

Una nube de enemigos le aplastó literalmente contra el terreno y la misma suerte corrió el ruso blanco. Unas manos delgadas pero fuertes les quitaron las escafandras. Los dos terrestres sintieron que se ahogaban. Era como si, de repente, hubiesen sido trasladados a una montaña de gran altitud donde la diferencia de presión les ahogara, impidiéndoles respirar.

La brusca sensación de ahogo les inmovilizó el tiempo suficiente para quedar a merced de sus captores. Cuando sus pulmones se acostumbraron a aquella atmósfera enrarecida, que contenía menos oxígeno que la terrestre y que ellos habían creído irrespirable hasta aquel momento, se encontraron atados y tumbados en el suelo a la orilla de la línea de agujeros.

Kazan miró al prisionero más cercano. El hombre había cavado ya hasta una profundidad de metro y medio de forma que su rostro estaba casi al nivel del suelo. Era un rostro contraído por el dolor y estaba al alcance de la mano del terrestre. Éste sufrió un ligero

sobresalto. Al resplandor de las llamas de la cercana fundición reconoció en aquel sujeto, sin la menor duda, a un hombre rojo de Tacom.

—¡Eh, tacomis! —susurró Kazan, en el idioma del nativo.

El hombre se estremeció y sus extraviados ojos se clavaron en el ruso, sin al parecer asombrarse de la blancura del semblante del terrícola. Nada dijo y siguió cavando.

Dimitri echó una rápida mirada a su alrededor. El capataz más próximo estaba interrogando a Tania Gurevich. Se arrastró hasta la orilla del agujero, de modo que sus labios se hallaron muy cerca del oído del prisionero.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿En qué parte de Marte estamos? ¿Desde cuándo estás metido en esa fosa? ¿Qué hacen aquí los tarkas?

—Los hombres antena son fuertes —contestó el tacomis, en una especie de sollozo—. Los tacomis golpean y son golpeados. Estamos condenados. Somos esclavos. ¡Van a matarnos a todos!

La voz del desdichado se tornó nerviosa.

—No hables tan alto —le dijo Kazan, con ferocidad—. ¿Qué probabilidades de escapar hay de aquí? ¡Dime lo que sepas... pronto mientras haya ocasión!

—No puedo decírtelo; pero puedo...

Alzó la voz en penetrante grito perdiendo ya todo dominio sobre sí. Era el grito de un loco.

Evidentemente el prolongado suplicio había sido superior a sus fuerzas. Fuera lo que fuese lo que pensaba decir, ya no lo diría jamás. El capataz acudió mascullando maldiciones. Alzó y bajó el brazo. El mango relleno de plomo del látigo cayó con fuerza sobre la cabeza del loco. Era un golpe lo bastante fuerte para haber matado a cualquier ser viviente. Era un loco furioso y no se daba cuenta del dolor. Le giraron las órbitas; una espuma rojiza burbujeó en sus labios.

El mango del látigo volvió a descender. Esta vez el hombre cayó al fondo de la fosa. Estaba muerto antes de haber tocado el suelo.

El capataz, que era un tipo negroide no-identificable, empezó a bramar en idioma desconocido. Se adelantaron dos guardianes. Uno de ellos era gigantesco y de piel cobriza -un tacomis; el otro un marciano pequeño de ojos sanguinolentos y saltones. Este último se dejó caer dentro del agujero, quitó el grillete que sujetaba el cadáver al poste y se lo endosó a Kazan en el tobillo.

Le libró a continuación de las ligaduras, cogió la pala y se la metió a Kazan las manos. Después ayudó a sacar el cadáver de la

fosa. Cuando se alejaron en la noche, el capataz hizo sonar el látigo, que resonó fuertemente en el silencio impresionante que se había adueñado del panal. Apareció una señal encarnada en el rostro de Kazan. Se puso a cavar, soltando maldiciones.

Unos capataces condujeron a Wilson a otro agujero, más abajo de línea y le metieron a trabajar también, en medio de continuos trallazos…

CAPÍTULO IV

¡MUERTE PARA LOS HOMBRES ANTENA!

N

iva tropezó en la oscuridad y se tambaleó. Afortunadamente recobró el perdido equilibrio merced a la intervención de Müller, y continuó avanzando entre las dos filas de hombres antena. Por tercera vez en poco tiempo se hallaba indefensa en sus manos. ¿Sería su destino perecer víctima de la crueldad de los tarkas?

Cuando la esfera fue destruida y cayó hacia el fondo del océano, se pusieron a salvo en unas ligeras embarcaciones herméticamente cerradas, con las que subieron a la superficie. Pero apenas acababan de orientarse, surgió de las aguas la negra silueta de un submarino tarka. Fueron capturados, como minutos después lo eran también el sargento Garry y los tacomis decrépitos, y metidos en una cámara del submarino volador en el que fueron conducidos hasta una caleta donde desembarcaron. Nada sabían de Tania ni de Wilson. Los dos podían haber escapado. En cambio Kazan...

La voz de John Garry interrumpió sus poco agradables pensamientos.

—¡Infiernos! ¡Mirad eso!

Bañado por un lado por el agua pulverizada de las olas al estrellarse contra las rocas, y por el otro lado por el resplandor rojizo de unos altos hornos de fundición, se alzaba una construcción, un palacio, cuyos altos torreones de mármol negro se elevaban por encima de los terrenos circundantes.

—Es un edificio marciano —dijo Müller—. Fijaos en la perfección de sus líneas. Tal vez los hombres antena hayan aprendido a conocer lo que es la fastuosidad y la comodidad.

—Puede ser —asintió el sargento Garry—. El palacio es marciano, pero no me negaréis que las otras construcciones son tarkas.

—Estropean el conjunto del paisaje —declaró Niva.

—No debes olvidar —manifestó el alemán— que los hombres antena carecen de todo sentimiento artístico y desconocen lo que es verdaderamente bello. Son seres prácticos, nada más.

La fundición, si es que realmente se trataba de una construcción de este género, era una gigantesca mole de cemento y hierro, con altísimas chimeneas y enormes calderas cuyos fuegos levantaban un resplandor rojizo cada vez que abrían las compuertas de los hornos, que debía divisarse a muchas millas de distancia.

Entraron en el palacio por un puente tendido sobre un foso lleno de agua, a estilo de los castillos medioevales terrestres. En el patio y en las murallas montaban guardia varios hombres antena, fusil eléctrico al brazo, que les acogieron con un suave chirriar de sus repugnantes antenas.

Los tripulantes tacomis de la esfera fueron separados del grupo y conducidos hacia la fundición.

Niva, protegiéndose tras los cuerpos de Müller y Garry, avanzó por una sala donde se movían docenas de hombres medio desnudos y de distintas razas y colores. Vio, incluso, varios tacomis que no les prestaron la más mínima atención. Llegaron a un cuarto enorme, de techumbre muy alta, un salón impresionante de columnas de mármol blanco y en cuya construcción no se adivinaba el empleo de otro material. Unas llamas azules, demoníacas, ardían dentro de una chimenea lo bastante grande para que hubiera podido asarse en ella un buey. Las sombras del fuego bailaban contra las largas cortinas de un color rubí oscuro, que colgaban en aros de plata. Samovares de oro y platino brillaban en umbríos nichos. De las paredes colgaban imágenes fantásticas y antiguas. Lo único moderno que había allí dentro era la instalación eléctrica, los aparatos de radio y televisión y una mesa de vidrio repleta de conmutadores y resortes, aparatos todos ellos evidentemente instalados por los hombres antena. Exceptuando, quizás, la instalación eléctrica.

Les indicaron unas sillas doradas y tapizadas de rojo en las que tomaron asiento, mientras los cuatro guardianes que les habían conducido hasta allí retrocedían unos pasos y se colocaban junto a la puerta.

Por una de las puertas interiores hizo su entrada en el salón un hombre antena, casi tan alto como Müller y, desde luego, mucho más corpulento que Garry, vestido con un traje de malla negra y envuelto en una capa azul oscura, el cual tomó asiento detrás de la mesa de vidrio.

Sus dedos, largos y provistos de ventosas, tabalearon sobre la bruñida superficie, mientras sus antenas, las correspondientes a los ojos, se tendían hacia adelante como contemplando a los terrícolas, los cuales se movieron nerviosos en sus asientos.

Las llamas del hogar bailaban una danza lenta y extraña y, cosa rara, daban muy poca luz y casi ningún calor.

—Vosotros no sois tacomis —dijo el ser situado tras la mesa, empleando el idioma de Tacom. Su acento era silbante y estridente, mas se entendían perfectamente sus palabras—. Sin embargo, os

parecéis bastante a ellos. ¿Qué hacíais en su compañía? ¿De qué planeta sois oriundos? ¿Qué relaciones os atan a los hombres rojos? Responded.

Müller cogió la ocasión por los pelos. ¿Por qué no decir la verdad al tarka, una verdad enmascarada con propósitos más ocultos?

—Nosotros —respondió— procedemos de la Tierra, ese planeta que se ve brillar con mayor intensidad que Venus. Los tacomis nos hicieron prisioneros y nos obligaron a secundar sus proyectos. Odiamos a los tacomis tanto como los podáis odiar vosotros, oh, poderoso ser de Tarka.

—Tu lengua está partida como la de una serpiente, terrestre —replicó con su extraño acento silbante el jeddad—. Si es cierto que odiáis a los tacomis, contesta: ¿Cuáles son los planes de Tacom? ¿Adónde ibais con la esfera volante que abatimos?

—Los tacomis quieren expulsaros de este sistema planetario. Ignoro el destino que perseguía esa esfera volante.

—¡Mientes! ¿De dónde procede la aeronave gigantesca que dispara rayos desintegradores?

—Digo la verdad, oh gran jeddad. El *Kipsedón*, que así se llama el *Gran Disco Azul*, ha permanecido vagando por el espacio durante muchos millares de años. Está gobernado por los hijos el gran Jumwha.

El ser de la mesa agitó las antenas. Parecía estar furioso.

—Jumwha murió —dijo—. ¿Saben los tacomis algo de la flota que viene de Tarka?

—¿Una flota? —El asombro de Müller fue perfecto—. Nada saben los tacomis de esa flota, pero si los prisioneros que tienen en su poder hablan...

El tarka se levantó de un salto.

—Un prisionero antena jamás habla. Seguidme. No somos despreciables como los hombres rojos.

Los terrestres siguieron al ser vestido de negro por unos amplios y resplandecientes corredores hasta salir al patio, que comunicaba con la parte trasera de la fundición.

Un grupo de hombres antena rodeaba a los prisioneros tacomis, uno de los cuales aparecía colgado por los pies de una grúa. A una seña del jeddad, el armatoste funcionó, retirando cable, y el cuerpo del tacomis fue levantado en el aire y colocado sobre uno de los hornos donde se templaba el hierro y el acero. Los gritos de la víctima, arrancados de esta manera tan salvaje, erizaron los cabellos de Niva y aun hizo correr ríos de sudor por los semblantes de los

terrícolas.

El anciano tacomis fue lentamente bajado hasta desaparecer entre los vapores del horno. Luego, los gritos cesaron repentinamente y un repelente olor a carnes quemadas saturó el ambiente.

—Tenemos muchos procedimientos para hacer hablar a nuestros enemigos. Si los primeros resisten este suplicio emplearemos el de la droga o el suero de la verdad.

—Y ¿por qué no lo usáis ahora y evitáis así la muerte de esos hombres? —inquirió Müller estremeciéndose

—Porque antes de caer prisioneros, los tacomis han ingerido drogas que contrarrestan los efectos del suero de la verdad. Sólo el terror abrirá las puertas del silencio. Y tampoco podemos perder tiempo esperando a que pasen los efectos de aquellas drogas.

Un segundo tacomis, imperturbable, de rostro hermético, fue enganchado por el cable y elevado por encima de las calderas

Los terrestres miraron como fascinados, igual que un pájaro ante una serpiente, la terrible escena. De pronto, Niva emitió un grito ahogado, giró sobre sus talones y se tapó los ojos con las manos.

—A los hijos del gran Jumwha —prosiguió el tarka— les tenemos reservado un final semejante. ¡Todos caerán en nuestro poder! Todos los tacomis quedarán reducidos a la condición de esclavos. ¡Los tarkas dominaremos el Universo entero!

* * *

Tania corrió una suerte distinta a la de compañeros. La metieron en uno de los pozos; pero aunque la encadenaron a la estaca no le dieron con el látigo ni la obligaron a trabajar.

Experimentó un gran alivio ante aquella concesión hecha a su sexo hasta que, por entre los gemidos, los trallazos y los gritos guturales, oyó la voz de los guardianes que hablaban en tacomis.

—Hazla cavar.

—No. Los hombres antena me han convertido en un ser despreciable, pero jamás lograrán de mí que maltrate a una mujer, aunque ésta sea de otra raza. No quiero estropearla con mi látigo.

—Pero podría soportar muy bien unos cuantos latigazos…

—No —protestó el otro—. Somos esclavos. Antes éramos hombres libres. ¿Vamos a permitir que los aborrecibles hombres antena destrocen también nuestra dignidad, hombre negro?

—Tal vez tengas razón —murmuró el capataz hopas—. Sólo pretendía alcanzar méritos aun a costa del sacrificio de una mujer de piel pálida y hermosa. Tienes razón; el terror nos ha hecho

despreciables…

Y echó a andar línea abajo.

El otro guardián se asomó a la fosa. Tania, instintivamente, retrocedió. Le latió de pronto el corazón con violencia y apareció en su rostro una expresión de esperanza. El guardián era un tacomis, todavía joven, de rostro enjuto y mirada sombría.

—¿Hablas tacomis? —preguntó el hombre rojo.

Tania afirmó con la cabeza.

—¿Es verdad que mis hermanos de raza se han rebelado contra el poder de Tarka y presentan batalla en todos los frentes?

—Así es —asintió la muchacha—. El *Kipsedón*, la aeronave del jeddad Jumwha que partió de Tacom hace muchos años, ha aparecido de improviso en esta galaxia y ha levantado en armas a todos los tacomis dispersos por los mundos siderales. Los tacomis se han apoderado de las bases que los hombres antena tenían en la Luna y en Venus. Dentro de poco invadirán Marte y juntarán en apretado haz a todos los esclavos que ahora gimen bajo el yugo de Tarka.

El capataz gruñó guturalmente. Su semblante reflejó los pensamientos agradables que debían bullir en su mente.

—¿De dónde eres tú?

—De la Tierra, un planeta de este sistema solar. Soy amiga de los tacomis y de los hombres que están en las otras fosas. Éstos iban a reunirse con Yandot, uno de los hijos del gran Jumwha, para combatir a los tarkas, cuando caímos todos prisioneros al ser destruida la esfera en que viajábamos.

El capataz soltó dos gruñidos. Tania, impulsada por su curiosidad femenina, interrogó:

—¿Qué haces aquí tú, un tacomis, con tu látigo?

—Tengo que dar latigazos para impedir que me los den a mí —gruñó él con rabia—. Hoy soy capataz; mañana, a lo mejor, me arrancarán el collar del cuello y me echarán a un agujero. Soy tan prisionero como esos pobres diablos que están cavando.

—Pero… ¿qué significa esto?

—Sacamos mineral para la fundición. Como he nacido esclavo, ignoro para qué sirve. Sólo sé que los hombres cavan y mueren.

—¡Cavan y mueren! ¿Y no os rebeláis?

—El terror más loco nos oprime. Ahora las cosas pueden cambiar si es cierto que los tacomis se preparan para invadir el planeta. Millones de marcianos, tacomis, tumpis y hopas se sublevarán a un solo grito de mando. Yo me encargaré de propagar las gratas nuevas.

—¿Qué harán con nosotros?

—Tus compañeros tal vez continúen trabajando en las fosas. Tú, probablemente, serás conducida al palacio y nombrada esclava de alguna mujer antena. Ten valor. Nosotros, los tacomis que trabajamos en este penal madito, te protegeremos. La vida no vale gran cosa aquí.

Ocurrió algo entonces que sirvió para demostrar nuevamente lo despiadados que eran los hombres de Tarka.

Se oyó el ruido de un motor y un enorme tractor apareció por la línea extrema de los pozos. El vehículo parecía una sombra negra a la pálida luz de las estrellas y se veía ocupado por las siluetas espantables de tres hombres antena armados de látigos, que hacían restallar sobre sus cabezas golpeando a diestra y siniestra. Tenían las trallas de cuero, reforzadas con alambre y endurecidas con ayuda de resina. Los azotes propinados con aquel instrumento mordían hondo y arrancaban alaridos de angustia.

Uno de los guardianes se rebeló. Esquivó el golpe de uno de los látigos, se aproximó al tractor e intentó encaramarse a él de un salto. Los tarkas soltaron una serie estridente de silbidos, empuñaron sus fusiles eléctricos y dispararon contra el infeliz, un negro alto y escuálido. Éste se convirtió en una cosa azul y cayó al suelo retorcido de una manera grotesca.

Después de aquello nadie opuso resistencia ya.

Uno de los hombres antena bramó una orden. Unos guardianes corrieron a la fosa en que se hallaba Tania. Abrieron los grilletes e hicieron una seña a la muchacha, que estaba aterrorizada, para que saliera del agujero.

Mientras era conducida a presencia de los tarkas, oyó una voz gutural que susurraba a su lado:

—Confía en Gomal. Yo te libraré de esos perros antenas.

Era el capataz tacomis que conversara con ella.

Tania fue subida al tractor, que arrancó con estrépito desapareciendo en breve en la noche...

Kazan y Wilson se percataron de lo ocurrido y gritaron con todas sus fuerzas, maldiciendo a los hombres antena. Recibieron en contestación varios latigazos, que les hicieron doblegar las espaldas y continuar rabiosos su trabajo.

Pasaron una noche de pesadilla. Al amanecer, un amanecer tan frío como la misma noche que les entumeció los músculos, se les concedió un descanso de dos horas, aunque no les dieron el menor alimento. Cuando reanudaron el trabajo apareció un vehículo oruga que dejó en el panal a dos viejos arrugados y encorvados, que

fueron amarrados a unas estacas. Luego, armados de un pico, iniciaron la tarea de abrir dos nuevos fosos.

Los hombres antena se alejaron a toda velocidad entre una nube de polvo volcánico, mientras los dos terrestres contemplaban a los esclavos recién llegados.

—Son dos de los tacomis que tripulaban nuestra esfera —dijo Kazan.

Wilson, desde la fosa vecina, dijo:

—Su presencia indica que tal vez Niva, Müller y Garry se hallen prisioneros no muy lejos de aquí. Por lo menos Garry subió a la superficie con uno de éstos.

Kazan no replicó. Pensaba en Tania. ¡Ay de los hombres antena como hubieran causado algún daño a la muchacha! Por encima de todo tenía que escapar y salvarla, ¿pero cómo?

A mediodía, cuando el sol apenas lograba calentar la piel, se les dio un poco de comida, con la advertencia de que serían los únicos alimentos del día. Después prosiguieron su interminable labor, a fuerza de golpes que dejaban cruentas señales en sus cuerpos. Llegó la noche...

Fue una ráfaga azulada que cruzó el espacio lo que hizo levantar las cabezas de todos los condenados a las fosas. Un rastro luminoso que apareció por poniente y despareció en la vertical por encima mismo de ellos. Se percibió una conmoción en la caleta donde se hallaban los aerocohetes tarkas y cinco de éstos ascendieron hacia lo alto, dejando tras sí amplios surcos rojizos que se confundieron con el resplandor que emanaba de la fundición.

—Era una esfera —comunicó Kazan—. Reconocería su rastro entre mil.

—Me tiene sin cuidado —masculló el teniente—. ¡Si por lo menos supiese Yandot que nos encontramos en un apuro...!

—Es muy posible que sepa eso y mucho más. ¿No recuerdas que el hombre rojo parece adivinar telepáticamente el pensamiento de una persona que se halle a distancia y piense en él?

—Eso no me lo trago —manifestó Wilson—. Reconozco que Yandot es un ser superdotado; pero de ahí a leer, como has dicho, el pensamiento por telepatía hay un abismo.

—Pues sea cierto o no, yo no aguanto más esta situación. He estado trabajando con mi cadena y pronto estaré libre de movimientos. Luego... sea lo que el destino quiera...

—Más vale que encomiendes tu alma a Dios, ruso. No lograremos salir vivos de este infierno.

—Haz lo que te parezca, yanqui del demonio. Yo acostumbro a

jugármelo todo a una carta.

—Perderás... Es posible que consigas salir del agujero. ¿Y después? Tendrás que atravesar las fosas entre un número abrumador de guardianes. Y si pasaras, ¿qué ocurrirá cuando te encuentres con hombres antena? Es fácil la respuesta, ¿verdad?

El restallido seco de un látigo cortó bruscamente la conversación. Wilson maldijo sonoramente, pero no volvió a insistir. El ruido de su pico anunció a Kazan que el aviador golpeaba de vez en cuando contra su cadena y que, pese a sus funestos augurios, proyectaba seguirle en la empresa.

* * *

Yandot tocó suavemente en la orilla cubierta de lava. Apretó un botón de su cuadro de mandos que llevaba sobre el cinto y el tenue zumbido que se percibía en la especie de joroba que llevaba a sus espaldas cesó por completo. Había descendido de la esfera valiéndose del aparato que tenía adosado a la espalda, que al anular la fuerza de gravedad prestaba a su cuerpo una sensación extraña de flotabilidad y le permitía moverse en todas direcciones impulsado por unos reactores diminutos, pero de gran potencia.

Orientándose rápidamente, Yandot cruzó una faja de algas, de la que los marcianos primero, y los hombres antena después, habían sacado y continuaban extrayendo un pan de excelente calidad, y se internó por la vegetación próxima al agua, vegetación compuesta de árboles retorcidos por el viento, descoloridos por las salpicaduras del agua salada, y cactus marcianos, cuyas púas tenían el aspecto de cabezas de cobra.

Llegó al fin a un sendero abierto a través de la espesura. Reconoció en él uno de los caminos abiertos por las tortugas marinas. Las chimeneas de la fundición proyectaban espesas columnas de humo, cuando Yandot llegó a la alta meseta llena de los misteriosos pozos excavados por las manos del hombre. Siguió adelante, manteniéndose por el borde del bosque hasta que llegó cerca de las fosas en construcción.

Observó desde detrás de un macizo de cactus, mientras los capataces paseaban de arriba a abajo a lo largo de la línea de agujeros dando algún latigazo a los esclavos que cavaban hasta morir de fatiga en el extraño conjunto de agujeros que parecía un panal.

El hombre rojo aguardó una ocasión para acercarse y examinar los agujeros. Pero desde la llegada de los terrestres, la guardia había sido doblada. No se le presentó ocasión alguna de aproximarse y

asomarse.

Delante de la hilera de agujeros, unos cincuenta metros más allá, sobre el elevado suelo de la meseta, se alzaba una pequeña empalizada de cemento donde se almacenaban las herramientas sobrantes. Las custodiaban cuatro hombres negros de fuertes músculos, cuyos cuerpos semidesnudos brillaban cada vez que aparecía el resplandor de la fundición.

Hablaban entre sí un idioma profundo.

Uno de ellos dijo de pronto:

—Esa roca plana que hay allí… ¿de dónde ha salido?

El resplandor de la fundición se apagó antes de que sus compañeros pudieran mirar.

—No recuerdo yo que hubiese ninguna roca por ese lado —dijo otro de ellos.

—Pues mira cuando vuelva el resplandor.

Volvió a iluminarse el cielo.

—¡Mira! —dijo el de la vista aguda.

—¿Dónde? —preguntó el otro.

—Ya estoy mirando —intervino un tercero— y no veo nada.

—¿Intentas burlarte acaso? —inquirió el cuarto—. No hay nada allí.

—Pero había una roca antes —gruñó el primer guardián con testarudez—. Estoy seguro…

En la oscuridad, la voz del hombre se ahogó de pronto con un gorgoteo.

—¿Qué te pasa? —preguntó uno de sus compañeros—. ¿Te has tragado algún escarabajo…?

Se oyó otro gorgoteo ahogado y el segundo dejó de hablar tan bruscamente como el primero.

Los dos restantes empezaron a preguntarse alarmados…

—¿Qué ocurre…?

Nunca lo supieron. Sonaron dos nuevos gorgoteos simultáneamente. Y después, silencio.

El resplandor de la fundición volvió a iluminar los pozos de la elevada meseta. A la luz se vio a los cuatro guardianes sentados, con la espalda apoyada en la empalizada, mientras que dentro de ésta un gigantesco hombre rojo se movía escogiendo una herramienta, un afilado pico.

La luz se apagó y volvió a aparecer, revelando algo que bien podía pasar por una roca de color rojo a mitad camino entre la empalizada y el bosque raquítico. Pero cuando volvió a aparecer el resplandor, la roca había desaparecido, y Yandot, escondido entre

los espinosos matorrales avanzaba hacia la línea de pozos con el pico en la mano.

Había estrangulado con sus poderosas manos a los cuatro guardianes. Había sido para él un juego de niños.

Yandot pasó junto a la línea delantera de pozos en que cavaban los esclavos encadenados y, aprovechando una ocasión propicia, se dejó caer dentro de uno de los agujeros abandonados, inmediatamente detrás de la primera hilera.

Se puso a hacer rápidamente un agujero en las paredes circulares. La pared que separaba una fosa de otra era delgada. En pocos momentos había practicado una abertura lo bastante grande para poder pasar.

Había sido su intención ponerse en contacto con un esclavo tras otro de aquella manera, hasta tropezar con alguno que pudiera informarle acerca de la suerte de sus amigos, los terrestres. Al mirar por el agujero que había practicado, dejó escapar un gruñido gutural.

El esclavo encadenado lo oyó y se puso visiblemente rígido. Era éste un individuo de anchas espaldas y poderoso torso. El rojizo resplandor de los hornos iluminó brevemente sus facciones revelando una nariz recta, un bigote puntiagudo y unos ojos grises que despedían llamitas de astucia. Interrumpió su trabajo para mirar a Yandot. Se acercó, brillantes de sudor los músculos, a él, arrancando la cadena.

—¡Rayos, Yandot! ¿Cómo has llegado tú?

—Cuéntame lo ocurrido, Kazan —dijo el hombre rojo en voz baja sin responder a la pregunta del ruso.

—Todos estamos vivos... pero no lo estaremos por mucho tiempo más. Nos atraparon al ser destruida la esfera por los torpedos de un submarino tarka. ¿Has venido solo? Hace menos de hora vimos el rastro de una esfera.

—¿Dónde están los demás?

—Wilson está encadenado en el pozo contiguo al mío, y dos tripulantes de la esfera están en los de más allá. A Tania se la llevaron esta mañana al palacio.

—¿Y Niva?

—No lo sé. Ignoro si sigue viva o si está prisionera en el palacio. Tampoco sabemos nada de Garry y Müller, aunque hace unos minutos se me ha acercado un capataz tacomis diciéndome que todos estaban bien, por eso te he dicho antes que todos estamos vivos.

Pasó un capataz, miró hacía abajo y soltó un trallazo. En el

hombro de Kazan apareció una roncha encarnada.

—Déjate de hablar solo —ordenó el capataz— y cava más aprisa.

Cuando hubo seguido adelante el hombre, Dimitri dijo entre dientes:

—¿Te das cuenta de lo que ocurre? La mayor parte de los que cavan mueren pronto.

—Voy a librarte de la cadena. Colócate de forma que tu espalda me tape todo lo posible.

—He estado trabajando con el grillete. Está medio suelto.

Yandot manipuló unos instantes en el cerrojo de la cadena y haciendo presión con sus poderosas manos hizo saltar la cerradura con un fuerte chasquido.

Escucharon un momento por si algún capataz se había apercibido de la operación, pero al no presentarse ninguno el hombre rojo gruñó en la oscuridad:

—Toma el fusil eléctrico y protégeme las espaldas.

Luego, cogiendo el pico, abrió rápidamente paso al pozo de Wilson.

—¡Cielos! —exclamó ahogadamente el aviador—. ¿Eres un fantasma?

Yandot le libró en unos segundos de la cadena y le entregó una pistola eléctrica.

—Sígueme, americano.

Entraron en el pozo de Kazan.

—Oigo pasos —avisó el ruso—. Arrimaos a la pared.

Un capataz se acercó a la fosa. El látigo restalló en dirección a Dimitri. Yandot alzó las manos, asió la tralla y le dio un tirón.

Tan inesperada sacudida hizo que el capataz perdiera el equilibrio antes de haber tenido tiempo de plantar bien los pies para soportarla o de soltar el látigo. Yandot le dio un puñetazo cuando aún estaba en el aire. Cuando tocó el fondo del pozo había perdido ya el conocimiento.

El hombre rojo se inclinó sobre él, le dio la vuelta y le examinó unos instantes.

—Es un negro hopas —dijo Kazan—. Los hopas proceden de un planeta llamado Balamber, sojuzgado también por Tarka. Me he enterado de muchas cosas mientras cavaba. Hay un gran numero de tacomis prisioneros en Marte. Algunos son capataces y otros trabajan en las fosas o en la fundición. Creo que todos tienen un pánico atroz a los hombres antena. Pero…

Yandot le impuso silencio con un gesto.

—Vienen algunos hombres corriendo —gruñó—. Habrán advertido la desaparición de este capataz. Voy a ayudaros a salir de aquí.

Kazan tomó carrerilla y saltó sobre las manos entrelazadas de Yandot, que le echó hacia arriba. Wilson fue proyectado hacia el exterior de la misma manera.

Luego el propio Yandot dio un salto, se agarró al borde del pozo, salió y se unió a los dos terrestres, que apuntaban con sus armas al grupo de capataces que se había inmovilizado en silencio a pocos metros de ellos. Al surgir Yandot, los capataces retrocedieron impresionados, no tanto por el imponente aspecto como por la extraña joroba que llevaba adosada a sus espaldas. El hombre rojo alzó el brazo.

—Escuchad la voz de Yandot. —Su voz poderosa llegó hasta los confines del panal—. Escuchad todos, capataces y esclavos.

Los gemidos y los trallazos habían cesado. El silencio era majestuoso.

—El poder de Tarka está llegando a su fin —siguió Yandot—. Pronto millones de esclavos de todo el planeta se sublevarán a los gritos de: ¡Libertad! y ¡Muerte para los hombres antena! Nuestras flotas de combate invadirán Marte y destruirán todas las bases tarkas. Uníos al movimiento de rebelión.

Gomal, el mismo joven tacomis que había hablado con Tania, se destacó del grupo.

—Nosotros, los tacomis prisioneros, estamos contigo. La mujer de tez pálida no mintió. Manda y obedeceremos.

—¿De qué mujer hablas? ¿Dónde se encuentran los prisioneros terrestres?

—En el palacio situado junto a la fundición. Yo os conduciré hasta allí. Prometí a la mujer blanca que la libertaría.

—Desencadenad a todos los esclavos que cavan en las fosas.

Los capataces tacomis y marcianos se lanzaron a cumplimentar la orden. Los tumpis y los hopas se mantuvieron inmóviles, pero no se opusieron a la libertad de los esclavos.

—¿Con quién estáis vosotros? —les preguntó Yandot.

Un ser amarillento y delgado de cuerpo se adelantó.

—Somos esclavos de los hombres antena —dijo—. ¿Seremos hombres libres si los tacomis triunfáis en esta guerra? ¿No cambiaremos tan sólo de dueño y nuestra situación seguirá siendo la misma?

—Yo, el hijo menor del gran Jumwha, os prometo que bajo la confederación de pueblos enemigos de Tarka seréis hombres libres e

independientes. Se os concederán tierras para que podáis vivir sin temor a la esclavitud, que será abolida. Los hombres amarillos de Venus y la Luna son nuestros aliados.

—Entonces cuenta también con nosotros. ¿Qué hacemos?

—Es preciso asaltar el palacio. Una vez esté en nuestro poder, las aeronaves tacomis atacarán la fundición y la base aerosubmarina de la caleta. Si conseguimos penetrar en el palacio sin que se dé la voz de alarma, el triunfo será indiscutiblemente nuestro. Cogeremos las armas de los hombres antena que vayan sucumbiendo en la lucha.

Todos los esclavos que trabajaban en las fosas, en numero de más de un millar, se agruparon alrededor de Yandot.

—¡Adelante! —gritó éste—. ¡Y guardad el más profundo silencio!

Gomal, el joven tacomis, abrió la marcha seguido de Yandot, los dos terrestres, los dos tripulantes supervivientes de la esfera destruida y toda la cohorte de capataces y esclavos armados de látigos, palos, picos y piedras.

Atravesaron una faja de vegetación espinosa, siguieron por una senda, entre rocas negras y volcánicas y se abrieron paso entre las enredaderas y una oscuridad rasgada de vez en cuando por el resplandor de la fundición.

Era ya cerca del amanecer cuando por los intersticios de la vegetación se vieron los sombríos muros del palacio marciano. Por el lado que daba al mar, los muros negros brillaban de humedad. Por el lado de la selva, las torres y los torrentes estaban bañados en una bruma rojiza.

—Es un sitio que hace creer en brujas, ¿verdad? —murmuró Wilson.

—Su aspecto es singularmente amenazador, en efecto —asintió Kazan, mostrándose por primera vez de acuerdo con Wilson.

—Esperad todos aquí —gruñó Yandot.

—¿Dónde vas? —le preguntó el ruso blanco.

—Voy a escalar la muralla y el torreón y entrar en el palacio por arriba. Abriré la puerta desde dentro y tenderé el puente levadizo. Cuando tal veáis, acudid prontamente.

—¿No se te ha ocurrido la posibilidad de que los hombres antena estén enterados de nuestra fuga y finjan no saberlo para prepararnos una trampa? —inquirió Wilson.

—Sí que cabe esa posibilidad —asintió Yandot—. Los tarkas tienen un ingenio diabólico. Espero descubrir algún peligro, si lo hay.

Se oyó un suave zumbido en la oscuridad. Todos los que se hallaban cerca de Yandot abrieron la boca de puro asombro. Vieron cómo el hombre rojo se levantaba del suelo y desaparecía en las sombras por encima de la muralla. Y cuando volvió el resplandor de los hornos de la fundición, vieron una especie de murciélago gigante volando en torno al torreón. Luego se apagó el resplandor, y cuando volvió a verse, Yandot había desaparecido.

CAPÍTULO V

POR LA CONQUISTA DE MARTE

Yandot encontró fácil entrar en el palacio por una de las ventanas del alto torreón, porque no tenía cierre. En la oscuridad, bajó a tientas por la escalera de caracol sin pasamanos. En una habitación de la misma torre y que tenía una alargada ventana que daba al patio, se detuvo y miró por ella.

Abajo, en el patio que parecía un pozo, vio a la pálida luz de las estrellas la ronda de vigilancia de los hombres antena. Éstos, confiados hasta el extremo, sólo mantenían centinelas junto al puente levadizo, ya que descartaban cualquier ataque procedente de tierra. Sin embargo, en la fundición y en la base vecina, los servicios de vigilancia y seguridad debían ser máximos.

Fuera de los muros del palacio esperaban los esclavos dispuestos a lanzarse a la venganza y al saqueo. Antes de que esto ocurriera, Yandot pretendía dar con el paradero de Niva, Tania, y los dos terrestres.

No le había costado averiguar su paradero. Los aparatos e instrumentos de su esfera volante le dieron la posición exacta donde se hundió la aeronave que conducía a los terrestres. Luego se percató de que los hombres antena habían interferido su rayo de onda y emitían señales desde el Norte. Siguiendo aquel mismo rayo, Yandot había descubierto el palacio, la fundición y la base submarina. La escuadra de Zanu estaba dispuesta para intervenir en la destrucción de la base enemiga, cosa que podrían haber realizado ya si Yandot no hubiese decidido rescatar a sus compañeros. Niva estaba en aquel palacio. Pronto daría con ella.

Inconscientemente alargó un dedo, lo pasó por cristal de la ventana y luego tabaleó, con suavidad, sobre él.

Como si el tabaleo sobre el cristal hubiera sido una señal, se oyó un ruido en la oscuridad detrás de Yandot, algo así como si a alguien se le hubiera escapado la respiración que hubiese estado conteniendo. Yandot se encogió, se apartó de la ventana y escuchó.

En la oscuridad percibió una respiración espasmódica. Era evidente que había alguien en el cuarto que intentaba contener la respiración.

Moviéndose tan silenciosamente como una fiera en la selva, Yandot se dirigió hacia el lugar de donde salían los sonidos. Iba echado hacia adelante, con los brazos extendidos, dispuesto a asir y

estrangular.

Se detuvo bruscamente, olfateando. Un olor muy sutil, un perfume débil, pero que no le era desconocido, llegó hasta él. Se relajaron sus músculos y se irguió, buscando a tientas.

—Niva —susurró.

En la oscuridad sonó una exclamación ahogada y unas manos femeninas le agarraron.

—¡Oh, Yandot! —murmuró la rusa.

Estaba temblando, pero la presencia del hombre rojo pareció devolverle las fuerzas. Dejó de temblar, suspiró y alzó la mirada, intentando ver el rostro del tacomis.

—Si hubieras tardado una hora más hubieses llegado tarde. Garry y Müller van a ser echados a horno de la fundición en cuanto amanezca. Los tarkas están rabiosos. Se han enterado de que en una de las regiones de Marte ha habido una sublevación de esclavos capitaneados por los tacomis. Éstos arrasaron una base y se apoderaron de un importante centro atómico. La escuadra de Zanu les causa a toda hora terribles perjuicios y desastres. Dicen que Garry y Müller mintieron. Han estado sometiendo a tormento a los tripulantes de la esfera. Nos lo hicieron presenciar. Ha sido horrible. Los quemaban vivos en los hornos. Los hombres antena no tienen corazón. ¿Son verídicos todos los rumores que han llegado hasta mí?

—Lo son —afirmó el hombre rojo—. Estuve en esa región que tú dices. Entré en contacto con los marcianos. Todos se alzaron contra el opresor. Con la ayuda de Zanu y de los marcianos ataqué una base tarka, destruyéndola. Luego me enteré de que la esfera había sido abatida sobre el océano y… vine a buscaros.

—¡Oh, Yandot! Sácame de aquí. He estado al servicio de las mujeres del jeddad. No son humanas. Maltratan a sus esclavas con los latiguillos que siempre llevan consigo. Las mujeres marcianas y las tacomis reciben la mayor parte de los golpes. Hay un abismo aterrador entre ellas. Se odian a muerte.

—¿Y Tania, Müller y el sargento?

—Tania está al servicio de la primera mujer del jeddad, que habita el cuerpo principal del palacio. Me encerraron aquí porque me opuse al castigo de una esclava.

—Sígueme.

Niva se cogió de la mano de Yandot y éste la condujo a través del cuarto a la escalera de caracol. Subieron al torreón. Continuaba siendo la noche apacible y límpida, aunque fría. El tacomis lanzó una mirada al patio. Había dos hombres antena paseándose por la

muralla, sin prestar demasiada atención a su labor de vigilancia. Otros dos se mantenían junto a la puerta de aquel sector, a la que se hallaba adosado el puente levadizo. En el patio se levantaba un pabellón donde descansaba la guardia, y en todos los torreones se veía un emplazamiento de cañones atómicos. Ningún sirviente de las piezas estaba en su sitio. La guardia del palacio era, pues, mínima.

—Viven confiados —gruñó Yandot—. Lo pagarán caro.

Puso en funcionamiento su aparato antigravitatorio y de impulsión, y cogiendo en brazos a Niva se lanzó hacia los dos hombres antena que se paseaban por la muralla. Éstos, a pesar de encontrarse distraídos, lo detectaron, requiriendo el auxilio de sus armas.

Yandot cayó sobre ellos con las piernas por delante, derribándolos. Mientras los tarkas se revolvían tratando de incorporarse, el hombre rojo depositó a Niva en la muralla y disparó su pistola eléctrica, que llevaba empuñada.

Alcanzados de lleno, los dos adversarios se encogieron en medio de una brillante chispa azulada y se desplomaron sin vida. Luego, sin perder un segundo, apuntó hacia los dos hombres antena de la puerta y apretó el gatillo ininterrumpidamente hasta ver retorcidos y requemados en el suelo a los aborrecibles enemigos.

—Coge esos fusiles y sígueme —le dijo a Niva, señalando las armas de los muertos de la muralla.

Yandot se lanzó volando hacia el puente levadizo. Tiró de la palanca que hacía funcionar el mecanismo que bajaba el puente. Emitió un silbido.

De las plantas espinosas brotaron, como por ensalmo, mil quinientos seres sedientos de venganza que se apretujaron junto al puente en un ansia loca de entrar los primeros en el palacio amurallado.

Kazan y Wilson llegaron delante de todos. Eran los únicos que iban armados.

—Disparad contra todo el que salga de aquel pabellón —les ordenó el hombre rojo—. Es el retén de guardia.

Cogió los fusiles de los muertos y los que llevaba Niva y los entregó a Gomal y a los viejos tripulantes de la esfera.

—Entrad en el palacio y apoderaos de los torreones —gritó Yandot.

Los esclavos se desperdigaron en todas direcciones dirigiéndose muchos de ellos hacia el pabellón que albergaba a los hombres antena.

Yandot recogió a Niva y se elevó con ella hasta el torreón desde el que se dominaba todo el patio. Se oyó un estampido, seguido casi al instante de inmenso griterío. La alarma estaba dada. Se escucharon más explosiones y grandes columnas de humo llenaron el patio. Los tarkas disparaban desde el pabellón contra los asaltantes, que caían en verdaderos racimos. Al fuego mortífero de los defensores, sólo replicaban los terrestres y los tacomis provistos de armas.

Yandot se sentó detrás del cañón atómico del torreón, y entregando su pistola a Niva le indicó:

—Vigila la escalera.

Apretó el gatillo de la poderosa arma. Un volcán en erupción brotó en medio del patio al desaparecer el pabellón, desintegrado bajo las explosiones de los proyectiles atómicos.

Las sirenas de alarma tarka llenaban con sus agudos silbidos el aire del amanecer. Yandot disparó hasta agotar la provisión de proyectiles del cañón sobre los altos hornos de la fundición, que a su vez, estallaban esparciendo la destrucción y la muerte.

El griterío era ahora ensordecedor. El ruido de las explosiones y de los estampidos aturdía. La confusión era espantosa. De la caleta llegaba el ruido que hacían los aerocohetes al elevarse hacia el espacio, y de la base salían los primeros tanques antenas en ayuda del palacio.

Pero según lo tenía previsto el hombre rojo, del cielo surgieron estelas y más estelas que se convirtieron en breve en la escuadra corsaria de Zanu. Las esferas y los destructores se abatieron sobre la base aeronaval, los tanques y las tropas de infantería y los aerocohetes que ascendían raudos a su encuentro.

Yandot dejó su inútil cañón, y puesto que el ascensor que subía las cargas no funcionaba, y bajó por las escaleras con rapidez, llevando pegada a sus talones a Niva.

Pasado el primer momento de alegría del hombre rojo por haber encontrado indemne a la criatura por la que suspiraba día y noche, volvió a caer en hermetismo profundo, porque ¡cuán cerca y al mismo tiempo cuán lejos estaba de ella!

El estrépito y la algarabía en el interior del palacio eran infernales. Los esclavos recorrían las habitaciones matando en sus lechos a los hombres antena, tirándolos por las escaleras y satisfaciendo en ellos todo el odio acumulado durante años de suplicios y esclavitud.

En algunos lugares, tarkas de buen temple se defendían encarnizadamente, dando muestras de un valor sobrehumano. Los

montones de esclavos se apilaban delante de las puertas de sus habitaciones, víctimas de los rayos eléctricos.

Pero conforme pasaba el tiempo, los esclavos aparecían mejor armados y la lucha proseguía encarnizada y tenaz.

En un corredor, después de haber tenido que forzar un par de puertas, Niva y Yandot se tropezaron con el sargento John Garry y el alemán.

—Ya sabía yo que esto no podía ser obra de esos pobres diablos —exclamó alborozado Müller—. Te saludo, Yandot.

—¿Habéis visto a Tania? —les preguntó Niva.

—No. Cuando nos separaron de ti, el jeddad no se fió de nosotros y nos encerró en un calabozo del que hemos sido libertados hace un minuto por un grupo de ardorosos marcianos. ¿Y Kazan y el teniente?

—Buscando desesperadamente a Tania.

—Nosotros iremos por esta parte —dijo Müller—. Separándonos tendremos más probabilidades de encontrarla.

El alemán y Garry se alejaron por un pasillo en pos de un grupo de negros hopas que saqueaba todo lo que encontraba. En el salón marciano de recepciones vieron a Kazan y a Wilson que desaparecían por una puerta camino de las habitaciones privadas de los jefes tarka.

El ruso no daba abasto a su fusil eléctrico disparando contra todo lo que llevase antenas en la cabeza.

—Es difícil saber si son hombres o mujeres —se excusó cuando el americano le dijo que no había necesidad de matar a las mujeres antena—. Además, una mujer puede ser tan peligrosa como un hombre. Hay algunas que se defienden como fieras.

—Es inútil que te excuses —replicó con mordacidad el teniente —. Sé la clase de tipo que eres.

—¿Sí? ¿Y puede saberse qué soy yo?

—Un salvaje.

Kazan soltó un bufido y, rápidamente, levantó el fusil. Disparó. Detrás de Wilson se derrumbó carbonizada una mujer antena que empuñaba una pistola.

—Hay qué ver cómo te aprecian las bellezas de Tarka —dijo burlón el ruso.

Fred Wilson miró el cadáver de la tarka con aprensión pero no dijo nada.

Registraron un buen número de habitaciones. Preguntaron a las esclavas tacomis que salían al encuentro de los suyos. Se abrieron paso a viva fuerza, enfrentándose con la muerte en cada aposento.

Por fin, perdidos entre un dédalo de habitaciones, se detuvieron indecisos.

—Nada —murmuró Wilson descorazonado.

Unos gritos penetrantes de mujer llegaron de pronto a sus oídos

—Por aquí —dijo Wilson echando a correr

—No es Tania la que grita —dijo Kazan siguiendo a su compañero.

Cruzaron el umbral de una puerta y se encontraron ante un cuadro espeluznante.

Tres hombres antena, cubiertos sus hombros con capas oscuras, armados de largos cuchillos, degollaban a otras tantas mujeres de su misma raza, mientras un soldado tarka impedía a un grupo de esclavas que abandonase la habitación, encañonándolas con su fusil. En medio de este grupo de mujeres, los dos amigos vieron a Tania, pálida, cubriéndose los ojos con las manos de puro horror.

El mármol del piso resplandecía con la sangre de las víctimas. La luz de las bombillas eléctricas arrancaba reflejos acerados de los cuchillos que blandían los hombres antena.

Kazan disparó contra el individuo que vigilaba a las esclavas. Una luz verde lo envolvió. Cayó a suelo convertido en una cosa negra de la que salían volátiles columnillas de humo. Wilson hizo lo mismo con uno de los hombres antena que se cubría con una capa oscura.

Los otros dos se revolvieron, blandiendo sus cuchillos y saltando sobre los terrestres. Wilson desvió la hoja con la culata de su fusil y tendió una hábil zancadilla, con la que derribó al suelo a su enemigo. Luego, furiosamente, le machacó el cráneo hasta pulverizárselo.

Kazan resistió la embestida, sin tener tiempo para disparar. El cuchillo le hizo un profundo rasguño en el brazo desnudo. Apretando con fuerza los dientes descargó la culata de su arma sobre la pelada cabeza de su enemigo, el cual esquivó el golpe, al tiempo que le propinaba un puñetazo en el brazo armado. El fusil cayó al suelo con estrépito y Kazan se halló desarmado e indefenso ante las acometidas del hombre antena.

Cuando éste se arrojaba hacia adelante para consumar su obra, un chispazo verde le dio de lleno en el semblante. Dando una trágica voltereta se desplomó encima de los cadáveres de sus víctimas.

Las esclavas, saliendo de su impasibilidad, huyeron por las puertas dando gritos, todas excepto Tania, que se desplomó sollozando en brazos de Dimitri Kazan.

Wilson palideció ligeramente, engarfando los dedos sobre el fusil que empuñaba. Por un momento se maldijo por haber intervenido oportunamente para salvar la vida del ruso. Luego recordó que en otra ocasión similar había sido Kazan quien le salvara de la muerte.

—Salgamos de aquí —dijo roncamente

Dimitri recuperó su arma y, llevando cogida del brazo a Tania, echó detrás del norteamericano. La muchacha se fue tranquilizando a medida que se alejaban de aquella habitación.

—¿Por qué mataron los hombres antena a esas mujeres? —le preguntó Kazan.

—Eran sus esposas. No querían que sobrevivieran a su derrota. Uno de ellos, el que te hirió a ti con su cuchillo, era el jeddad de esta base. Después iban a matarnos a nosotras, las esclavas, y salir al encuentro de los invasores para morir matando. Sabían que no tenían salvación. He pasado unos momentos angustiosos y terribles.

—Esperemos que no tengas que sufrir ninguna calamidad más de este género —la tranquilizó Kazan.

Por el palacio corrían los esclavos lanzando gritos de victoria. Habían comprobado que sus opresores no eran tan fuertes como creían y esto les enardecía sabiendo que en breve les expulsarían de Marte con la ayuda de los tacomis.

El lugar donde había estado emplazada la fundición era ahora una inmensa hoguera que apagaba el resplandor del astro rey, que asomaba tímidamente entre los primeros albores de la mañana como un presagio feliz del resurgimiento de una raza, que hasta la presencia del *Kipsedón* en la Tierra estuvo abocada a la desesperación y a la ruina. Junto con los tacomis celebraban el triunfo los antiguos esclavos tumpis, hopas y marcianos.

* * *

La semilla de la rebelión estaba sembrada. Durante días enteros Yandot había trabajado enviando emisarios a las distintas ciudades marcianas, aniquilando por sorpresa una base tarka y apoderándose de una fábrica atómica. Su hermano Zanu, al mando de la escuadra satélite del *Kipsedón*, había seguido inflingiendo graves pérdidas a los hombres antena.

Surgiendo siempre inesperadamente de los profundos espacios siderales caía sobre las bases tarka y sobre los aerocohetes que patrullaban entre Marte y Júpiter, y después de causarles grandes daños se retiraba tan misteriosamente como había aparecido.

El Consejo tacomis, al que asistían los jefes aliados, exponía sus razonamientos a Temoc. Era aún pronto para lanzarse a una guerra

decisiva contra el poderío de Tarka. Todavía no se hallaban preparados suficientemente. Las industrias de Venus y la Luna trabajaban sin descanso en la fabricación de aeronaves y máquinas robots, pero aun así el número de artefactos producidos era mínimo comparado con los que disponía Tarka.

Procedentes de otros mundos arribaban todos los días aeronaves y más aeronaves tacomis; Temoc había decidido, en contra del Consejo, lanzarse a la guerra.

—No podemos esperar —dijo—. Antes de que transcurra un mes, habrá aparecido la flota tarka y entonces nuestras probabilidades de victoria serán nulas. Es preciso privar a esa flota de bases en este sistema planetario. Éste es el motivo por el que haya decidido atacar Marte, aun a pesar de saber que la fruta de la rebelión no está todavía bien sazonada.

Decidida la invasión de Marte, la flota aliada se preparó intensamente. Dejando desprovistas de protección aérea a las bases de Kiyul y Yer-Mun, salieron al encuentro del *Kipsedón* todas las aeronaves aliadas. La escuadra de Zanu recogió a Yandot, a los terrestres y los esclavos de la fundición y los trasladó a la astronave para evitar las represalias que no tardarían en sobrevenir.

Efectivamente, los hombres antena no tardaron en salir de su pasividad. Atacaron la fábrica atómica y la base en poder de los marcianos y las destruyeron. Se notaba mucho movimiento en todas las ciudades tarkas, e incontables cruceros y aerocohetes se lanzaban al espacio en busca de la flota aliada.

En el lugar señalado para la reunión, Temoc congregó a todas sus fuerzas. Estaban compuestas éstas por los siguientes efectivos: El *Kipsedón*, cuatro esferas, nueve platillos volantes y catorce destructores, aeronaves todas ellas tripuladas por los legendarios tacomis compañeros del gran Jumwha; treinta astronaves, cincuenta bombarderos cohetes y ciento veinte aerocohetes de procedencia tarka, gobernados por los hombres amarillos de Tumpa, y cien astronaves, doscientos cruceros y quinientos platillos volantes tacomis, recién llegados de otros mundos, lo que hacía un total de mil veintiocho aeronaves.

En cincuenta enormes discos volantes fue embarcado el ejército mecánico, integrado por 30.000 robots y 10.000 máquinas, y el ejército de desembarco, compuesto por 500 tacomis de Tug-Zi, 1.500 antiguos esclavos de los tarkas al mando de Gomal, 10.000 hombres amarillos y 80.000 tacomis llegados de otros planetas, provistos todos de escafandras y trajes especiales de kass y amianto. Una vez puestas las plantas en Marte, el mando aliado calculaba

que se les unirían, de primera intención, un millón de marcianos, 60.000 tumpis y 50.000 hopas a los que se les facilitarían armas, pero no protección contra los efectos atómicos.

Tarka tenía, por fin, que abrir los ojos ante la evidencia del peligro y la potencia ofensiva de sus despreciados enemigos. Los hombres antena, encastillados en su superioridad, habían hecho caso omiso de la reagrupación tacomis y de los adelantos efectuados por éstos en los campos de la Electrónica y Cibernética.

La flota aliada se movía en dirección a Marte. En el puesto de mando del *Kipsedón* se hallaban los siete hermanos Jumwha, los suts de los distintos cuerpos de desembarco y los terrestres. De nuevo se habían reunido todos: Kazan, Müller, el húngaro, repuesto ya de sus heridas y llegado de Kiyul, el capitán Derek Bedford, que había estado descansando en Venus, el teniente Wilson, John Garry y el profesor Hoppel. Las mujeres habían sido trasladadas a Yer-Mun fuera del peligro que representaba el combate que se avecinaba.

Por la gigantesca pantalla de televisión veían acercarse la flota tarka compuesta por más de 9.000 aeronaves y situada todavía a más de tres millones de kilómetros de distancia. Los cerebros electrónicos tacomis daban a cada instante su velocidad, rumbo y movimientos.

El tiempo pasó demasiado lentamente para el gusto de los terrícolas. Cuando las dos flotas enemigas se encontraban a una distancia de un millón de kilómetros, soltaron sus cohetes interceptores y, tras ellos, las espesas oleadas de torpedos atómicos y de cobalto.

Los tableros de mando del *Kipsedón* se plagaron de lucecitas. Cada torpedo era seguido en su ruta por los cerebros electrónicos. Pero esta vez, una parte considerable de los torpedos aliados habían sido dotados de los nuevos cerebros, creación del gran Jumwha, que evitando la lucha con los torpedos enemigos, se lanzaban raudos sobre los aparatos adversarios.

Súbitos apagones en las pantallas del radar tacomis indicaron a los reunidos en la sala de Control que los cohetes interceptores habían entrado combate con los artefactos enemigos.

Zanu, auxiliado por sus hermanos, seguía con ojos atentos el resultado de la batalla preliminar y la trayectoria de los nuevos torpedos. Éstos, como se esperaba, pasaron la barrera enemiga y se lanzaron sobre el grueso de la flota tarka, que los recibió con un terrible fuego de barrera formado por las explosiones de los proyectiles atómicos y los rayos paralizadores, eléctricos y

cósmicos.

La pantalla de televisión se llenó de innumerables ráfagas coloradas, verdes y azules. Apagadas explosiones colmaron el espacio sideral, que parecía estar plagado de fuegos fatuos y de palmeras multicolores.

La superioridad numérica tarka se hizo notar en el envío de mayor número de torpedos, que cruzaron la barrera aliada para abatirse sobre las naves que comandaba Zanu. Entraron en juego las defensas de las naves interplanetarias aliadas. El *Kipsedón* creó el correspondiente campo magnético y disparó sus proyectores de rayos desintegradores. Los torpedos estallaron a millares y los rastros dejados en su destrucción por las naves siderales colmaron el espacio oscuro.

La batalla prosiguió encarnizada y cruenta. Las dos flotas evolucionaron para alcanzar nuevas posiciones. Zanu se lanzó a la carga, intentando disminuir las distancias, cosa que los tarkas trataban de evitar por todos los medios, porque ya habían sufrido una vez los efectos de los rayos desintegradores tacomis.

La mayor velocidad del *Kipsedón* y de sus naves satélites hizo posible que, separándose del grueso aliado, cortasen la ruta de la flota tarka, que no tuvo más remedio que aceptar el combate a corta distancia.

Los rayos desintegradores cogieron de lleno a los aerocohetes antenas, destruyéndolos a docenas. Los torpedos seguían volando en todas direcciones y lo mismo podía decirse de los cohetes y de las propias aeronaves, en una lucha sin cuartel en la que el odio y la muerte eran los únicos vencedores del momento.

Los segundos golpeaban sistemáticamente sobre el reloj del tiempo. Los segundos se convertían en minutos y éstos en horas. La batalla continuaba tenaz y desesperada. Los rayos desintegradores y los torpedos tacomis se imponían lentamente al número abrumador de aeronaves antenas. Las pérdidas, empero, eran cuantiosas por ambas partes. Mas a la larga, tenía que triunfar la superioridad táctica y técnica de los tacomis.

La flota tarka empezaba a desfallecer. Sus provisiones de torpedos iban menguando, sin que los aliados cesaran un solo instante de disparar torpedos y más torpedos, almacenados previsoramente para una ocasión semejante a la vista de lo sucedido en la batalla anterior, que abatían y destruían todo cuanto se les ponía por delante. Los cerebros electrónicos perseguían a las naves tarkas para destruir o ser destruidos sin remisión.

El *Kipsedón* y sus abejorros enfurecidos atravesaron la línea tarka

por su centro, partiéndola en dos. La suerte de los aerocohetes despegados de Marte estaba echada. Los rayos desintegradores hacían desaparecer de su frente a incalculable número de aparatos. Por fin, los aerocohetes tarkas evolucionaron y pusieron proa hacia Marte dando por perdida la batalla.

—No hay que darles respiro —gruñó Zanu ante los micrófonos —. Perseguidlos. ¡Listo el ejército de invasión! ¡Que avancen ahora las astronaves transportes!

Los terrestres presenciaron entusiasmados la aparición de los enormes discos volantes, más grandes que el propio *Kipsedón* aunque sin su protección y defensas.

Mientras el grueso de la escuadra aliada perseguía a los derrotados aerocohetes adversarios, el *Kipsedón* arrumbó hacia Marte.

La superficie del planeta subió a su encuentro. Atravesaron la atmósfera y se dejaron caer sobre la contextura superficial de Marte. Los discos volantes se esparcieron en todas direcciones. Diez eran las bases fuertes que tenían los hombres antena, alrededor de cada una de las cuales se posaron cinco discos que vomitaron su carga mecánica y su hormiguero humano.

Desde el aire, los aparatos siderales iniciaron el bombardeo de las ciudades cúpulas para evitar que las defensas dieran al traste con el avance de las máquinas y de los hombres enfundados en sus escafandras. Según fue siendo menor la resistencia los aerocohetes tarkas en el espacio, aumentó el número de aeronaves aliadas que acudían en socorro del ejército desembarcado.

Los cien mil tacomis y tumpis se lanzaron detrás de las máquinas destructoras e infernales. No iba a ser fácil la lucha. Los hombres antena contaban con cien mil máquinas y un millón de hombres para defender sus bases. Alrededor de cada una de éstas, las explosiones atómicas levantaban inmensas columnas radioactivas en las que se sumergían impertérritas las máquinas y atravesaban después los hombres protegidos por sus trajes especiales.

Los cañones zumbaban formando un trueno continuo y aterrador. Las bombas de hidrógeno y de cobalto caían sobre la faz de Marte, destruyendo las obras hidráulicas y desgajando las corazas de kass y los edificios de hierro y cemento.

En las ciudades marcianas cundió la rebelión iniciada por Yandot y azuzada por los quintacolumnistas. Empuñando toda clase de armas se arrojaron sobre los hombres antena degollándolos a millares, sin importarles la terrible carnicería que en ellos hacían

las armas tarkas. Las bombas volantes se abatieron sobre muchas ciudades marcianas como represalia, destruyéndolas.

El planeta ardía en una ingente hoguera atómica. Las aguas de los diques saltaban sobre los paredones derruidos y las grandes presas reventaban inundando las llanuras, las planicies y los campos cultivados, esparciendo la ruina, la desolación y la muerte por todas partes.

La primera ciudad cúpula cayó en poder del ejército invasor a las cinco horas de iniciada la invasión. Se debió al asalto incontenible de las máquinas y a la penetración de las fuerzas de comandos de Tug-Zi, que dirigió personalmente la acción.

Dos horas después caía la segunda base tarka por efecto del sistemático bombardeo aéreo, el avance arrollador de las máquinas y el asalto de los vengativos hombres amarillos. La tercera fue obra de los marcianos y de los negros hopas que se sublevaron en el mismo interior de la ciudad y facilitaron la entrada a los tacomis.

Cuando una base caía en poder aliado, las aeronaves que habían estado apoyando el ataque se lanzaban inmediatamente en auxilio de otros cuerpos de asalto.

A las doce horas de terribles combates podía decirse que los trescientos millones de marcianos luchaban junto a los aliados, así como todos los esclavos hopas, tacomis y tumpis. En las ciudades cúpula la carnicería de esclavos era espantosa. Los robots antena exterminaban a los grupos de rebeldes sin concederles cuartel.

Una tras otra fueron cayendo las bases tarka de Marte. A los tres días escasos, la situación había quedado definida: nueve de las diez ciudades cúpula estaban en manos aliadas. Los invasores habían triunfado en todas ellas. Solamente la capital de Marte, la ciudad cúpula de Kum-Tu, había logrado rechazar y aniquilar al ejército asaltante. En ella se habían refugiado las aeronaves tarkas que no habían puesto rumbo a Júpiter.

Zanu calculó la posibilidad de lanzar un nuevo asalto contra la capital. Ésta ocupaba el subsuelo de una colina rocosa que la hacía invulnerable al ataque aéreo. Por tierra era difícil llegar por la gran cantidad de canales que la rodeaban. Sólo quedaba un recurso para tomarla, ya que la sublevación de esclavos que trabajaban en su interior había sido reprimida con mano cruel. Y era entrar bajo tierra.

El Ejército Mecánico en pleno y parte del terrestre avanzaron hacia la capital, protegidos desde el aire por el grueso de la escuadra.

Las máquinas excavadoras empezaron a abrir túneles bajo la

superficie. Era una labor larga y dura. Muchos de aquellos túneles tenían que ser abiertos a grandes profundidades para salvar de este modo la filtración del agua de los canales. Mientras las máquinas trabajaban, los bombardeos aéreos y artilleros se sucedieron de día y de noche privando de cualquier respiro a los hombres antena.

Cuando el *Kipsedón* apareció sobre el cielo de Kum-Tu, la colina bajo la cual estaba asentada la ciudad cúpula era una grandiosa nube roja, amarilla y negra en la que estallaban bombas, proyectiles y torpedos. El espectáculo, a la luz del sol, era impresionante. El agua de los canales hervía a causa del calor que quemaba la tierra marciana. Esta misma despedía irradiaciones mortíferas y toda la vegetación y todos los edificios y construcciones ardían o reventaban como carcasas.

Los rayos desintegradores del *Kipsedón* abrieron surco en la impenetrable coraza de kass, por la que lanzaron una finta los tacomis con resultado adverso. En la inmensa llanura que rodeaba a Kum-Tu, se alineaba todo el Ejército Mecánico reducido a quince mil robots y seis mil máquinas. Detrás, bajo la protección de la artillería y de las aeronaves, se preparaban para el asalto cincuenta mil hombres provistos de escafandras y armados con fusiles atómicos o eléctricos.

La guarnición de Kum-Tu se la suponía bastante elevada: aproximadamente unos cien mil hombres antena, veinte mil máquinas y robots y medio millar de aerocohetes.

Como flechas lanzadas hacia la colina, así avanzaron las columnas atacantes entre un restallar continuo de explosiones y un terrible retumbar de cañones. La mortandad era horrible.

Desde el *Kipsedón*, los terrestres contemplaban la impresionante destrucción de las máquinas tarka, al tiempo que el medio millar de aerocohetes ascendía al encuentro de la flota aliada para impedir que ésta apoyase con su fuego a su Ejército Mecánico.

Las máquinas entablaron una contienda por su parte.

—¡Fijaos! —exclamó Müller—. ¡Los robots antena armados de fusiles atómicos se han lanzado sobre las excavadoras!

—Pero observa cómo los tanques esféricos tacomis salen al encuentro de los robots —señaló el húngaro con su único brazo.

—Esto es una guerra de aniquilamiento —indicó Derek Bedford —. ¿Creéis que dentro de unas horas quedará algo con movimiento ahí abajo?

—Lo dudo. En realidad se autodestruirán las máquinas y luego no habrá manera de penetrar en Kum-Tu.

—Parece que caemos —dijo alarmado el sargento Garry.

—No —manifestó Wilson—. El *Kipsedón* desciende para apoyar en la lucha a nuestro Ejército Mecánico. Ahora veremos de cerca la batalla.

La vieron, efectivamente, y muy de cerca. A través de las paredes transparentes distinguieron el avance arrollador de un grupo de veinte tanques esféricos tacomis disparando sus cañones atómicos contra los tractores tarka que hacían fuego con el cañón de gran potencia instalado en una torreta giratoria. Los bólidos se lanzaron a gran velocidad sobre las formaciones de robots antena, disgregándose; camiones orugas, máquinas obreras, grúas y excavadoras se batían entre un maremagnum de explosiones y estallidos ensordecedores.

Se vio a un robot antena hacer frente a un bólido disparando su fusil atómico que no detuvo la marcha del vehículo, el cual llegó lanzado a gran velocidad. En el último instante, el robot antena saltó fantásticamente a un lado y el bólido cayó en uno de los canales desapareciendo debajo del agua. El robot antena cayó casi enseguida víctima del disparo de un robot tacomis.

La artillería tacomis, que al principio de la batalla, cuando aún estaban distanciados los dos ejércitos, había cooperado eficazmente en la destrucción de artefactos enemigos, tuvo que silenciar sus piezas ante la confusión reinante y el vaivén que en sus movimientos imprimían las máquinas contendientes.

Las aeronaves aliadas no tuvieron dificultades con los quinientos aerocohetes tarka. Los destruyeron en su mayoría, escapando el resto hacia Júpiter. Mientras, la batalla en la superficie de Marte proseguía al mismo ritmo incansable. Cayó la noche, mas no por eso se detuvo la destrucción y el fragor de la batalla. Los fogonazos y los resplandores prestaban una visión de aquelarre a la noche. Las máquinas, insensibles al cansancio, seguían destruyéndose y persiguiéndose. Muchos robots, agotadas sus municiones, se arrojaban dando grandes saltos unos sobre otros, golpeándose fieramente con los fusiles o con los tentáculos metálicos.

Al amanecer el campo de batalla ofrecía un aspecto impresionante. Toda la llanura estaba cubierta por los restos humeantes de las máquinas. De la fortaleza seguían lanzando torpedos sobre las aeronaves aliadas, mientras las excavadoras proseguían su labor bajo tierra, abriendo túneles y pasadizos por los que las unidades de asalto se disponían a entrar en la metrópoli.

Durante todo el día las humaredas y los resplandores de los incendios y de los fogonazos iluminaron aquella superficie requemada y pustulosa. Aeronaves tacomis cargaban sus depósitos

con bombas y torpedos cogidos intactos en las otras bases, motivo por el cual no se detuvo el bombardeo un solo momento, sin que al parecer se hiciera mella en la coraza de kass.

Los rayos desintegradores abrían brechas en la cúpula, pero eran impotentes para desintegrar las rocas y la tierra.

Por fin, al tercer día de sitio, sexto de la invasión, Yandot, que mandaba el Ejército de superficie, dio la tan esperada orden de asalto.

Las unidades especializadas se lanzaron hacia adelante por los subterráneos y los túneles abiertos por las excavadoras. Encontraron fuerte oposición, pero los robots abrieron camino y el ejército se adentró en la ciudad.

Yandot dirigió personalmente el ataque. Los terrestres tomaron parte activa en la batalla, impulsados por su espíritu aventurero. Presenciaron las mismas escenas de destrucción y de horror que antes vieron en Kiyul y Yer-Mun. Los edificios, que adquirían formas impresionantes y geométricas, desde la pirámide al poliedro pasando por el cilindro, se derrumbaban sobre las calzadas aplastando a sus defensores. Los hombres antena combatían desesperadamente sin dar ni pedir cuartel. Eran luchadores natos y la seguridad de su derrota no les arrebataba la moral de lucha. Caían uno tras otro velando por sus mujeres, muchas de las cuales preferían morir con sus esposos antes de entregarse a la misericordia del vencedor. Los jeddad las mataban y después morían matando. Había mujeres que se arrojaban como fieras sobre los invasores, sus antenas chirriando locamente, los cabellos hirsutos de su cabeza pelada tendidos al viento de las explosiones. Otras, en fin, corrían despavoridas, protegiendo con sus cuerpos a sus hijos, huyendo del acoso inhumano de las máquinas, gimiendo aterrorizadas ante el terrible aplastamiento.

—Esto pone escalofríos en el alma —murmuró Derek Bedford.

—No es que me divierta —dijo— pero tampoco me disgusta que ocurra lo que está ocurriendo. Los tarkas hicieron antes lo mismo con los tacomis y muchas otras razas. Éste hubiera podido ser el final de la Humanidad si el *Kipsedón* no hubiese aparecido para emprender esta guerra contra la poderosa Tarka.

El silencio de sus compañeros fue por demás expresivo. Más tarde Wilson advirtió:

—Yandot se está convirtiendo en el ídolo de todos. ¿Os fijáis cómo le aclaman?

—El Hombre Rojo no ha perdido la serenidad un solo momento —contestó Derek—. Él concibió el plan de abrir los túneles y él ha

conducido las máquinas en la batalla. Sin su dirección es muy posible que el sitio de Kum-Tu hubiese durado semanas enteras.

Los tacomis y sus aliados corrían por la urbe subterránea rematando a los últimos defensores. Sus gritos de victoria atronaban el ambiente enrarecido y radioactivo.

—La destrucción de los focos de resistencia llevará todavía algún tiempo, pero se puede decir que Marte es totalmente nuestro —les dijo Yandot a los terrestres.

—Nos congratulamos de la victoria tacomis —manifestó Kazan —. Ha sido un triunfo soberbio y parece ser que has alcanzado mucha popularidad no sólo entre tus hombres sino también entre los tumpis, marcianos y hopas.

—Todos ellos han cooperado a la victoria. Solos, los tacomis no hubiésemos podido vencer a los tarkas. Pero no creáis que todo está acabado. No hemos hecho nada más que empezar la guerra. De un momento a otro puede aparecer la flota de invasión procedente de Tarka y todos nuestros esfuerzos habrán resultado vanos si no nos preparamos adecuadamente para recibirla. ¡Necesitamos tanto unas semanas de tiempo!

Kazan asintió. En verdad, el peligro no había sido conjurado todavía. Quedaba la flota tarka que podía surgir de las profundidades del espacio en el instante menos esperado y dar al traste con los planes tacomis.

¡La flota tarka! ¿Cuántas aeronaves y cuántos millones de seres compondrían aquel inmenso ejército de invasión?

En cierta ocasión había oído hablar a Temoc de millones de aeronaves. Si la flota de los hombres antena se componía sólo de una parte mínima de ese numero aterrador cabrían probabilidades de victoria, de lo contrario…

Los tacomis y sus aliados iniciaron una carrera contra el tiempo, una carrera de armamentos y de planes guerreros. El tiempo era árbitro supremo en la designación del vencedor absoluto de aquella en encarnizada contienda.

CAPÍTULO VI

EL *KIPSEDÓN* SUCUMBE

Tras la conquista de Marte, el Consejo tacomis se reunió a bordo del *Kipsedón* con los representantes marcianos, hopas y tumpis para deliberar sobre la conducta a seguir en los próximos días.

Temoc expuso, en escuetas palabras, la situación real en que se hallaban.

—El precio que hemos pagado por la victoria de Marte ha sido terrible. Hemos perdido más del cuarenta por ciento de nuestros efectivos aéreos, el setenta y cinco del ejército mecánico y el veinticinco de las tropas de superficie. Afortunadamente, los trescientos millones de esclavos libertados suplirán con creces las bajas.

»No estamos, pues —siguió diciendo el jeddad—, en condiciones de arriesgar más aeronaves intentando la conquista de Júpiter. Precisamos mantener íntegra nuestra potencia ofensiva. Con los aerocohetes cogidos intactos al enemigo, las astronaves que continuamente llegan a Yer-Mun, y las que las industrias en nuestro poder producen, aumentaremos considerablemente nuestras posibilidades de victoria. Mis órdenes son éstas: trabajar, fabricar, construir a contrarreloj el mayor número de aeronaves, armas y municiones. Que los técnicos instalen una mayor cantidad de proyectores de rayos desintegradores en las principales astronaves. Que se reconstruya lo destruido; que se excaven ciudades para proteger a la población marciana del peligro atómico. Regresaré a Venus con la casi totalidad de la flota. No creo que los hombres antena de Júpiter se atrevan a lanzar ningún ataque contra Marte. Cierto número de aeronaves bastará para defender el planeta de las incursiones enemigas. Otras marcharán hacia las órbitas de Plutón, Urano y Saturno para avisar con tiempo la aparición de la flota de invasión tarka.

El *Kipsedón* partió, pues, hacia Venus, llevando en su seno a los terrestres. El sanguinoso Marte quedó atrás, envuelto en un hálito de zozobra y esperanza, diluido en una neblina cargada de partículas radioactivas. Los tacomis habían purificado la atmósfera, apartando de las regiones fértiles y pobladas las nubes mortíferas y evitando, de este modo, que los marcianos pereciesen a millares. En breve podría dotarse a todos ellos de escafandras y trajes de malla que a ritmo acelerado fabricaban las industrias de Kiyul y Yer-Mun.

Venus se ofreció a la vista de los terrestres tal como lo contemplaron la primera vez: envuelto en una capa densa de nubes que hacía imposible la observación de su superficie. El *Kipsedón* sobrevoló el Valle de la Muerte donde el tiempo, como en otras regiones del inexplorado y virgen planeta, se había detenido, hallándose la vida animal y vegetal en sus períodos prehistóricos.

Una vez más, el *Kipsedón* se posó en el lago junto a la isla donde se levantaba la cúpula verde oscuro que era la ciudad de Yer-Mun.

Una gran multitud se apiñaba en las orillas para dar la bienvenida a los vencedores de los tarkas de Marte. Hombres, mujeres y niños gritaban hasta enronquecer, abandonando, acaso por primera vez desde hacía siglos, su cotidiana compostura. Su impasibilidad, su hermetismo y su aparente indiferencia por cuanto ocurría a su alrededor se trocaba en una alegría sin limites al recibir clamorosamente a los compañeros legendarios y descendientes de Jumwha.

Todos por igual, tacomis, tumpis, hopas, festejaban a los héroes del momento. Cuando se creían perdidos para siempre, he aquí que, surgiendo de las inmensidades cósmicas, el *Kipsedón*, nave que se daba por perdida hacía varios miles de años, había aparecido en aquel sistema planetario solar congregando a su alrededor a los restos de la civilización tacomis, dispersa por los hostiles mundos siderales.

En el lago, en las explanadas todavía incultas y arrasadas por el bombardeo a que fueron sometidas durante la conquista de Yer-Mun en las plataformas de despegue, se veían centenares de aeronaves de todos los tamaños. Por el espacio continuaban apareciendo gigantescas astronaves acudiendo a la llamada imperiosa de Temoc, el primogénito de Jumwha, dispuestas a dar la batalla decisiva a los odiados hombres antena. Viviendo una vida mísera, sometidos a la inclemencia cruel de los astros, sucumbiendo lentamente de inanición, los tacomis no vacilaban en abandonar sus lares por entregarse a la aventura de una guerra final, total y decisiva contra Tarka. Si resultaban vencidos, la civilización tacomis perecería definitivamente.

El Consejo había hecho un balance de los tacomis que todavía vivían libremente. Aquel balance se refería a los mundos más cercanos. Más lejos nadie sabía lo que podía haber ocurrido. Hacia Venus, era lo único que contaban, se trasladaban más de cincuenta millones de seres decididos a vencer o a morir.

El jeddad y los suts del *Kipsedón* desembarcaron entre grandes vítores y cariñosas manifestaciones de júbilo. Detrás, más

lentamente, lo hicieron los terrestres.

Lanca, la hija del profesor, corrió al encuentro de su marido. Derek la estrechó amoroso entre sus brazos sintiéndose plenamente feliz.

Más allá, Olga y Tania dieron la bienvenida a los terrestres. Sin importarle la presencia de los demás Olga Fedorova, aquella ucraniana tan delicada, reservada y fría, estampó un beso en los labios de Müller ante la turbación de éste y el regocijo sus compañeros.

—Estás de enhorabuena, granuja —exclamó riendo el húngaro—. Daría el brazo que me queda por un beso semejante.

Olga miró a su novio. Éste comprendió y asintió con la cabeza. Entonces, sonriendo, Olga echó los brazos al cuello del húngaro y le besó.

Kazan soltó una carcajada, coreada al instante por Wilson y Garry al advertir éstos el asombro de Foldvar.

—¡Húngaro! —exclamó burlón Dimitri—. ¿Qué te pasa? Si no te conociera diría que tienes las mejillas encendidas por candoroso rubor.

Müller cogió del brazo a Olga y se la llevó del grupo. Los demás se quedaron hablando con Tania, hasta que, comprendiendo que allí estaban de sobra, Garry y Foldvar se alejaron juntos hacia el interior de la ciudad. Wilson y el ruso blanco seguían manteniendo la misma pugna. Los dos pretendían a la muchacha, pero ninguno se le había declarado precisamente porque no daban a su rival ocasión ni momento para hacerlo. Se estudiaban, se vigilaban, sin que sus rostros abandonasen la sonrisa complaciente; pero a la menor oportunidad se atacaban abiertamente.

Al poner pie en tierra de Venus, Yandot, el hombre rojo, vio a las mujeres terrícolas que esperaban a los suyos. Mas entre ellas no distinguió a Niva, la mujer de los cabellos de oro, de la que estaba profundamente enamorado. Sabía que su amor era del todo imposible. Sin embargo, le hubiera gustado ver su hermosa figura entre las personas que le aplaudían y le aclamaban.

Se encaminó a la comandancia desde la cual se dirigía la navegación de todos los aparatos que volaban por las cercanías de Venus y se ordenaba la vida entera de la metrópoli. Hacía días que no dormía. Sólo su fuerte naturaleza era capaz de resistirlo. Pero se encontraba cansado y ansiaba dormir. Antes, sin embargo, deseaba examinar el grado de producción alcanzado por las fábricas de Yer-Mun.

Cuidadosamente estudió los datos recogidos por los cerebros

electrónicos y las cintas fonográficas tarka. En la comandancia trabajaban docenas de tacomis estableciendo comunicaciones, dando órdenes, transmitiéndolas, recibiendo mensajes y partes de los aparatos que patrullaban por el espacio y fiscalizando la llegada de astronaves a Yer-Mun.

El sonido gutural de las voces, los silbidos de las cintas fonográficas tarka que se empleaban por no haber podido reformar aún el sistema de control, las pulsaciones, los chirridos y otros ruidos singulares hacían molesta la estancia allí a quien no estuviera acostumbrado a este desagradable bullicio. Yandot acabó pronto su labor y, bostezando, se encaminó a la sala que le había sido preparada.

En el corredor vislumbró una sombra que se ocultó en el vano de una puerta. Siguió avanzando, los ojos y los oídos atentos. Al llegar a la altura de la puerta, se destacó de la oscuridad la sinuosa figura de Niva. Vestía un traje de malla azul, ceñido por la cintura, que realzaba la gracia singular de su busto. Su semblante, pálido, semejaba estar cincelado por Fidias, tal era la perfección de sus rasgos.

El corazón del hombre rojo latió con violencia. Quería el encuentro con la bella rusa y lo temía. Deseaba y dudaba.

—Hola, Yandot —saludó Niva.

No sonreía. Sus resplandecientes ojos azules brillaban intensamente en la penumbra del pasadizo.

El joven tacomis contestó con un gruñido gutural.

—Deseaba felicitarte por tu triunfo —añadió la viuda—. Debes estar orgulloso y satisfecho.

—No tanto como quisiera estarlo —replicó el Hombre Rojo—. Queda mucho por realizar aún.

—¿Sólo piensas en los demás? ¿Cuándo descenderás alguna vez del pedestal en que tú mismo te has colocado? Vives continuamente apartado, como abstraído y preocupado. ¿Por qué no buscas distraerte como hacen tus propios hermanos fuera de las horas que no les obliga su deber?

Yandot miró a la joven sorprendido. Intentó penetrar en su pensamiento, pero el rostro de Niva apenas se adivinaba en la oscuridad y sus ojos azules ya no brillaban como antes.

—Necesito descanso —gruño—. He pasado muchas noches sin dormir.

—¿Tienes miedo de hablar conmigo? Sí, sé que lo tienes. Temes enamorarte de mí, por eso has evitado mi presencia todo este tiempo. Al principio me sorprendí. Después adiviné la verdad. Tu

actitud era bien clara. Sé que de tus labios, sellados por una extraña consideración, jamás brotará ninguna palabra. Pero tú estás enamorado, Yandot. Estás enamorado de mí.

No era una pregunta sino una afirmación. El Hombre Rojo se estremeció. ¿Cómo había logrado ella adivinar el secreto que le atormentaba? Estaba seguro de no haber dejado traslucir nunca sus emociones.

—Te ruego que no hablemos de esto...

—No, Yandot. Yo quiero hablar de esto y mucho. He tenido tiempo de meditar. He pedido consejo a TJarvo. Me ha hecho saber cómo eres, cuáles son tus reacciones. Desde el principio te sentiste inclinado hacia mí, pero no te atreviste a hablarme porque temías que te rechazara, considerándote como un ser extraordinario. Por eso tampoco te has dejado deslumbrar por las jóvenes tacomis, a pesar de que eran las primeras mujeres de tu raza que veías de carne y hueso. Nunca me molestó tu admiración. Al principio, yo, que estaba decida por lo que hiciste por nosotros en Sibiriakof, me conmoví. Después, me enamoré. Sí, Yandot. He dado este paso, impropio de una mujer, porque de lo contrario ambos hubiésemos sufrido por tu silencio. Pretendo ser feliz. Quiero que tú lo seas también. Sólo existía esta solución para conseguirlo. No importa que pertenezcamos a mundos distintos. Nos queremos. Eso basta... o debe bastarnos.

Yandot asió una mano de Niva. Llevó a la joven la luz. Los profundos ojos del tacomis se clavaron en los claros y límpidos de Niva. Ésta le miró sintiendo una especie de estremecimiento le recorría el cuerpo. Aquella mirada le subyugaba, le dominaba. Le invadió un agradable bienestar físico y espiritual. Oyó la voz de Yandot como de muy lejos.

—Eres sincera, Niva. Eres buena. No te ha importado pisotear tu orgullo de mujer. Has llegado a comprender a Yandot. Es cierto. Te quiero con todo mi ser. Tú eres mi vida.

Niva soltó una exclamación de alegría y se refugió en los fuertes brazos del tacomis, el cual la estrechó en silencio contra su pecho, acariciando con deleite la suave cascada de cabellos dorados como la mies.

* * *

Una fuerte conmoción recorrió la ciudad de Yer-Mun. Como una descarga eléctrica saltó a Marte, llegando en unos instantes de una parte a otra del planeta.

¡Las avanzadillas de la flota tarka acababan aparecer próximas a

la órbita de Plutón!

Los tacomis, los tumpis, los marcianos y los hopas se estremecieron. Se estremecieron porque sabían lo que la presencia de aquellas aeronaves representaba para ellos. Durante semanas habían estado esperando aquel momento. Ni Temoc se atrevió a lanzar un gran ataque contra las bases de Júpiter, ni los tarkas salieron de ellas para interceptar la labor de vigilancia y el reagrupamiento de las aeronaves tacomis, o para atacar al recién perdido Marte. Tenían una razón muy poderosa para obrar así los hombres antena: la flota que se aproximaba día tras día.

Los tacomis no llegaron a temblar, antes al contrario, deseaban volver a enfrentarse con los odiados enemigos que los habían expulsado de su mundo de origen. Pero, conforme el día señalado se fue acercando, el alborozo tacomis por encontrarse reunidos bajo el mando del primogénito de Jumwha se fue apagando hasta convertirse en un silencio lleno de expectación.

Los primeros mensajes llegaron a Yer-Mun. Hablaban de diez aerocohetes interceptados y destruidos al enemigo. Los siguientes señalaban la aparición de doscientas naves siderales. Los aparatos de vigilancia aliados tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. A las pocas horas de lanzado el primer mensaje, los altavoces conectados con la radio anunciaban el avistamiento de millares de aeronaves.

—Q-385-Z llamando a Yer-Mun. Hemos detectado una formación tarka integrada por más de 30.000 aeronaves. Situación: Órbita Plutón. Rumbo: Júpiter. Velocidad: 60.000.

A partir de este momento, Zanu, el sut de la guerra, comenzó a lanzar astronaves al espacio para detener momentáneamente el avance del grueso de la flota tarka.

Durante las últimas semanas, Temoc había reunido los siguientes efectivos: El *Kipsedón*, nave almirante, cuatro esferas, ocho platillos volantes y doce destructores tripulados por los viejos tacomis; 50 astronaves, 100 bombarderos cohetes y 300 aerocohetes de procedencia tarka gobernados por hombres amarillos; 1.000 torpederos de reciente construcción bajo el mando marciano; 300 platillos volantes tripulados por los negros hopas y quinientas astronaves, 500 discos volantes más grandes que el *Kipsedón*, 200 anillos volantes, 500 esferas, mil destructores, 5.000 cruceros y 20.000 platillos volantes tacomis, lo que hacía un total de 29.475 aeronaves.

Se esperaban de un momento a otro la llegada de 50.000 astronaves tacomis procedentes de Tamwer, un planeta en el que

radicaba un fuerte núcleo fugitivo de Tacom.

Por fin, los hombres antena de Júpiter, saliendo de su inmovilidad, pusieron en el espacio sus 5.000 aerocohetes y se lanzaron en tromba sobre las formaciones de vanguardia, unas mil aeronaves.

Zanu necesitaba asegurarse si la dirección de la flota tarka era la indicada por sus naves siderales o, por el contrario, aquellos mensajes sólo señalaban la seguida por una parte de aquélla y el grueso aparecía por otro lugar cogiéndoles de sorpresa.

Por este motivo dividió su armada en dos escuadras, entregando el mando de la menos numerosa, unas 9.000 aeronaves, a su hermano Yandot, con el que embarcaron los terrestres. El hombre rojo tenía como misión, amén de impedir la invasión de Marte y Venus y vigilar la presencia de otro núcleo tarka, entablar contacto con las 50.000 astronaves procedentes de Tamwer.

En la sala de control del *Kipsedón* se hallaban presentes los seis hermanos de Yandot: Temoc, Zanu, Rumbal, Kanak, Utor y Parno. El viejo *manhmah* TJarvo y los restantes componentes del Consejo se limitaban a observar los manejos de los hermanos Jumwha.

Los altavoces que recogían los mensajes y los partes de las aeronaves de vanguardia vibraban continuamente.

—Grupo Q-128-Z. Perdidas 850 aeronaves. Hemos causado importantes daños a la escuadra de Júpiter. Siguen apareciendo ecos en nuestras pantallas de radar. Calculamos su número en más de 200.000.

Los hermanos Jumwha se miraron desconcertados.

—Puede que al fin y al cabo todos nuestros esfuerzos resulten vanos y los tarkas venzan una vez más —gruñó Parno, el inventor de muchos aparatos científicos—. Si nuestras armas no se imponen...

—Estaremos irremisiblemente perdidos —concluyó Utor, el velador de las armas atómicas y perfeccionador de los rayos desintegradores inventados por su padre.

—¿Sois débiles mujerzuelas? —gritó Temoc, el jeddad—. La batalla será desesperada y, quizás, perezcamos todos en ella, pero hemos de combatir con la esperanza del triunfo, con pensamiento puesto en los millones de seres que confían en nosotros. No les podemos defraudar. De otro modo más vale que arrumbemos hacia otras regiones. Sin moral de victoria es como lanzarse de cabeza a un pozo profundo de paredes lisas que no ofrecen puntos de apoyo.

Júpiter quedó atrás, envuelto en su atmósfera rarificada de gases raros. Por los telescopios más potentes podían observar la superficie

del planeta en la que uno de los satélites, Ganímedes, mayor que Mercurio, proyectaba su sombra.

Atentos a los mensajes que recibían, se percataron de que la vanguardia propia estaba siendo aniquilada. Al aproximarse al espacio en el que se desarrollaban los combates preliminares, los aerocohetes tarkas arrumbaron hacia los anillos de Saturno, en demanda del grueso propio que había dejado atrás la órbita de Plutón y navegaba hacia la de Urano.

No quedaba otro recurso que presentar batalla alrededor de Saturno, aunque a muchos millones de kilómetros de distancia del planeta.

La pantalla cóncava del *Kipsedón* recogía las imágenes de los telescopios de a bordo. Descubrieron un anillo que emitía destellos verdes que intrigaron a los suts.

—Es una astronave tarka —advirtió Zanu—, un inmenso portacohetes de vanguardia. Observad.

El anillo se dividió en tres secciones de cada una de las cuales despegaron los aerocohetes por centenares. Detrás del extraño anillo aparecieron un cilindro de revolución, un cono y una media luna, que eran otras tantas astronaves siderales y de las que surgían oleadas de aeronaves menores. Minutos más tarde surgieron del negro cosmos las primeras formaciones tarkas, integradas por cruceros de combate, discos volantes y aerocohetes. Después, moviéndose en el negro espacio salpicado de rutilantes estrellas, descubrieron los tacomis algo que les heló la sangre en las venas: era algo fantástico e increíble.

Podían verlo nítidamente a través de los telescopios. Era una esfera, un balón enorme, de no menos de 500 kilómetros de diámetro, alrededor del cual giraban verdaderos anillos, que fueron identificados, poco después, como un conjunto de diminutos meteoritos o satélites artificiales que giraban al compás del movimiento del astro, siguiendo a éste en su avance por el espacio.

Tras la grandiosa esfera, o mejor dicho, planetillo, apareció otra y luego una tercera, cada una con sus miles de pequeños satélites. Seguían el mismo ritmo de marcha que las aeronaves tarkas, sin desviarse un ápice de su rumbo.

—Los hombres antena han perfeccionado sus métodos de combate —anunció Zanu—. Roguemos al Ser Infinito que no hayan instalado proyectores de rayos desintegradores a bordo de sus aeronaves. Pasad aviso a todas las unidades. Que estén alertas a mis indicaciones de mando. Que no pierdan de vista a los tres globos.

—¿Son astronaves? —inquirió TJarvo, dubitativo.

—Algo parecido. Son astros cautivos, a los que imagino plagados de defensas. En el momento oportuno lanzarán sobre nosotros los meteoritos cuyo número no bajará de cien mil.

El sut cogió un micrófono.

—Atención. Atención. Habla Zanu. Que todas las unidades formen en rueda alrededor del *Kipsedón* según las instrucciones recibidas.

Temoc se acercó a una de las pantallas de televisión.

—Atención —dijo—. Toda la flota aliada a la escucha. Habla el jeddad dirigiéndose a todos los tacomis, tumpis, hopas y marcianos que me siguen. Cuando en esta hora decisiva nos disponemos a enfrentarnos con el enemigo común, hago votos por el triunfo de nuestra causa. No habrá vacilaciones ni dudas. Todos lucharemos por nuestra sagrada libertad, teniendo fe en la victoria de nuestras armas. Hoy puede ser el principio o el fin de la Gran Confederación de Tacom. Luchad como sabéis hacerlo. Vuestro jeddad así lo hará.

Una hora después de esta alocución, los cerebros electrónicos del *Kipsedón* anunciaban:

—Flota tarka a cuatro millones de kilómetros. Número de aeronaves: 200.000. Vanguardia: dos millones de kilómetros. Velocidad: 100.000.

¡Cinco horas más tarde!

—Vanguardia lanza torpedos. Distancia: un millón. Listas todas las unidades. Preparadas las defensas. Distancia del grueso: tres millones de kilómetros. Velocidad: 90.000.

Lanzadas vertiginosamente en el profundo abismo astral, las aeronaves aliadas avanzaban como una gigantesca rueda, presentando al enemigo las bocas de sus miles de lanzatorpedos.

—Que todas las unidades larguen sus cohetes interceptores —ordenó Zanu.

En un segundo escaso, más de 200.000 cohetes robots surcaron el espacio hacia los torpedos que se aproximaban a velocidades de vértigo. A pequeños intervalos, la flota aliada dejaba escapar nuevas oleadas de cohetes interceptores que daban cuenta de los torpedos que mandaban los tarka. Entre las dos armadas siderales se llenó el espacio de estallidos y fulgores, de ráfagas y de estelas luminosas.

La vanguardia tarka redujo considerablemente su velocidad en espera del grueso de la flota. Las horas pasaron lentamente, sin que en el interior del *Kipsedón* se escuchase un solo ruido estridente. Allí, en el palacio del gran Jumwha, todo era silencio. En los pisos inferiores zumbaban los motores atómicos. En la cámara de control la paz aparecía alterada por el continuo vibrar de los altavoces, el

chasquido de las descargas eléctricas, los chirridos de las pantallas y las voces guturales de los tacomis que se movían por la cámara.

Zanu seguía el movimiento de la flota adversaria por la pantalla de televisión. Observó que las formaciones tarka se abrían dejando paso a las tres esferas gigantes que, despegándose del grueso, avanzaron a tremenda velocidad sobre la armada aliada.

Zanu observó atentamente la marcha de los tres astros cautivos, rodeados de sus anillos, los cuales se iban alargando por instantes. Segundos después, los anillos habían dejado de ser tales, convirtiéndose en un número impresionante de meteoritos, que no tenían otra misión que la de servir de bólidos aéreos.

—Alerta con los meteoritos —gritó ante los micrófonos—. ¡Desplegad!

La armada aliada se separó tomando ocho direcciones distintas, según los ejes que ocupaban en la formación de rueda, dejando un hueco profundo hacia el que iban dirigidos los bólidos de los hombres antena.

Los primeros llegaron y pasaron de largo, perdiéndose en el resplandor de los anillos de Saturno y dejando tras sí visibles colas de fuego. Pero el espacio aparecía cubierto de ellos. Algunos, describiendo círculos y parábolas, se estrellaron contra las aeronaves aliadas. Aeronaves y meteoritos se desintegraron en medio de grandes explosiones silenciosas pero de brillante colorido.

Las explosiones descubrieron la verdad a Zanu. Los meteoritos eran en verdad proyectiles radiodirigidos desde los planetillos cautivos, desde los que se les impulsaba y controlaba.

Los proyectiles bólido continuaban llegando en grandes cantidades, iluminando el polvo cósmico con la luz deslumbrante de sus rastros de chispas de fuego.

—Orden general a todas las unidades de la flota —gritó Zanu—. Que todas las aeronaves envíen sus cohetes robots contra los meteoritos. Lancen también las primeras oleadas de torpedos.

Al entrar en juego los cañones atómicos y los rayos paralizadores, eléctricos y cósmicos, el cielo se llenó con luces de todos los colores imaginables; luces amarillas, rojas, verdes, azules, violetas, mezcladas con las ráfagas, las estelas y los rastros de fuego. Se apagaban, se encendían y se volvían a apagar. Cada resplandor fugaz señalaba la destrucción de una nave interplanetaria o el choque aniquilador de dos torpedos o de un cohete robot y un torpedo. Si acaso el resplandor duraba un instante más, se debía al hecho de que la aeronave alcanzada había hecho explosión con todo su cargamento bélico.

De los tubos del *Kipsedón* salían interminables chorros de torpedos y cohetes, y de sus proyectores escapaban los haces, azules unos, invisibles los otros, de los rayos paralizadores, cósmicos, eléctricos, o desintegradores, que destruían los bólidos proyectiles a centenares. Los rayos desintegradores, enfocados sobre las aeronaves que en la distancia se movían, causaban enormes trastornos y pérdidas al enemigo.

Los torpedos y los cohetes robots, lanzados a centenares de miles, tenían entablada una batalla particular entre una lluvia de meteoritos que no amainaba y que estallaban sobre las formaciones aliadas. Los discos, los conos, los cilindros y los anillos ponían en el espacio millares de aerocohetes que se dirigían rectos hacia las aeronaves de Temoc.

Zanu bramaba órdenes sin cesar. Los bólidos estaban causando terribles brechas en sus líneas. Los platillos se acercaban. El *Kipsedón* largó sus torpedos de kass-cobalto, última creación de Utor. Los rayos desintegradores contuvieron la granizada de proyectiles y bombas volantes que surgió de la superficie del globo.

Los torpedos kass-cobalto estallaron sobre el planetillo de vanguardia. Una inmensa llamarada azul cubrió el espacio, alcanzando sus resplandores a millares de kilómetros. Por un instante todos quedaron cegados. Luego vieron al planetillo envuelto todo él en un halo azul intenso, prosiguiendo por inercia su ruta, mientras en su interior y en su superficie una serie ininterrumpida de explosiones y espantosas deflagraciones lo sacudían, desgajándolo.

Los tacomis mostraron su satisfacción con sendos gruñidos guturales. Media docena de torpedos kass-cobalto habían bastado para poner fuera de combate a uno de los astros cautivos.

El *Kipsedón* se lanzó contra el segundo, que llegaba abriendo un surco infernal entre las aeronaves aliadas, a las que destruía con el fuego de sus baterías y, principalmente, con la persecución encarnizada de sus bólidos radiodirigidos.

Zanu largó seis torpedos kass-cobalto. Uno de ellos estalló a gran distancia, detenido por la barrera de fuego, pero los otros cinco, acompañados de un copioso número de torpedos simples, lo hicieron sobre la superficie. Como el rayo, así se propagaron las explosiones por todo el planetillo, y al ser destruidas las instalaciones internas atómicas que generaban la fuerza de impulsión, perdió el control y se hundió en el abismo sideral atraído por la fuerza de atracción de Saturno, muy cercano del cual se estaba combatiendo para entonces. Los dos globos cautivos

arrastraron tras sí a las dos terceras partes de los proyectiles bólido radioteledirigidos.

Los torpedos y los cohetes proseguían su mutua destrucción, mientras ambas armadas trataban por todos los medios de disminuir sus pérdidas, que eran enormes. Sobre la escuadra que comandaba Zanu se abatían millones de torpedos y centenares de bólidos del tercer autoplaneta que avanzaba al socaire de la tempestad atómica.

Los altavoces y los cerebros electrónicos transmitían y recogían las órdenes y los partes. Los segundos señalaban matemáticamente el número de proyectiles y torpedos que se aproximaban, que salían del *Kipsedón*, que estallaban en el espacio; llevaban una contabilidad perfecta de las bajas de una y de otra parte, medían velocidades, distancias e indicaban rumbos; cargaban, apuntaban y disparaban los aparatos de guerra, guiaban los artefactos hacia su destino y evitaban, mejor que un ser humano, la barrera aérea de protección.

De repente, el *Kipsedón* sufrió una violenta sacudida. Se escuchó un gran chirrido y las luces bailaron, apagándose y encendiéndose.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Temoc.

—Cuatro bólidos han chocado contra la coraza de kass, sin que el campo magnético los hiciera estallar —contestó Zanu, quien, a continuación, se puso a gritar órdenes por los micrófonos—. ¡Atención, sala de máquinas! ¡Atención, cámara atómica! ¡Informen desperfectos!

Por uno de los altavoces brotó una voz gutural.

—Averías en sala de electricidad. Campo magnético, destruido. Peligro de torpedos y cohetes robots.

—¡Listas todas las piezas! ¡Fuego de barrera!

El *Kipsedón* se convirtió en un volcán en erupción. Por más de mil bocas distintas surgieron ramalazos de muerte y destrucción. Lo mejor de la técnica tacomis se puso en juego. Torpedos de kass y de cobalto surcaron el espacio en dirección al tercer planetillo.

Temoc lamentaba no haber hecho instalar a bordo del *Kipsedón* los nuevos proyectores del rayo rojo desintegrador, aunque, en realidad, la llegada de la flota tarka no les había dado tiempo para hacerlo. Solamente las cuatro esferas que llevaba Yandot iban equipadas con los proyectores perfeccionados de Utor y Parno.

Las aeronaves de ambos giraban a todo lo ancho de Saturno, persiguiéndose y aniquilándose. Los aliados se mantenían todavía merced a los torpedos de kass de Utor y a los rayos desintegradores, que infligían espantosas bajas a la flota de los hombres antena.

Esferas, platillos volantes, destructores, cruceros, aerocohetes,

astronaves de todos los tamaños y formas, conos y cilindros volantes, anillos, ruedas y bólidos radiodirigidos bailaban una danza satánica en el Cosmos. Hacia los anillos de Saturno caían en continua procesión los restos de las aeronaves destruidas. Muchas astronaves, averiado el mecanismo de control o sin vida en su interior, seguían su vuelo impertérrito a través de los espacios.

Zanu bramaba órdenes sin cesar. Los primeros torpedos kass-cobalto habían sido aniquilados antes de que llegaran a entrar en contacto con el planetillo superviviente. Lanzó más torpedos sobre éste. Dos llegaron a su destino. Después cayeron hasta seis más, que convirtieron el astro en una cosa azul, que resplandecía y brillaba hasta dañar los ojos. Con la caída del tercer planetillo hacia Saturno, miles de bólidos perdieron el control y se dispersaron en todas direcciones siguiendo cada uno su respectiva trayectoria, la que llevaban en el momento de producirse la destrucción del planetillo madre.

Varios de aquellos bólidos locos aparecieron sobre el *Kipsedón*. La astronave se estremeció ante los colosales impactos. Quedó completamente a oscuras.

—¡Luz de emergencia! —pidió a gritos Zanu—. ¡Pronto!

El *Kipsedón* tornó a iluminarse.

—Hay averías en los motores. Un bólido se ha incrustado en los hangares inferiores. Cerramos compuertas.

La batalla estaba estabilizada, mas los hombres antena se estaban imponiendo lentamente. Zanu así lo comprendió.

—Llamada a Yandot. Llamada a Yandot. Aquí, Zanu. Aquí, Zanu. Llamada a Yandot. Dirígete a toda velocidad hacia Saturno. Necesitamos tu auxilio con toda urgencia. ¿Hay noticias de las cincuenta mil aeronaves de Tamwer?

La voz de Yandot surgió de los altavoces. Su imagen, la del hombre rojo, apareció en una de las pantallas de televisión.

—Yandot al habla. La flota de Tamwer ha marcado su aproximación. Tardarán cuarenta y ocho horas en reunirse con mi escuadra y más de cuatro días en arribar a Saturno.

—Acude a toda prisa. Transmite mis órdenes.

Zanu miró con preocupación la gran pantalla cóncava de televisión. Había perdido más de la mitad de sus efectivos, y los tarkas seguían casi incólumes. Era preciso destruir las grandes plataformas de lanzamiento y los grandes discos volantes.

—Avante a toda máquina —ordenó—. Concentración de fuego: máxima.

Luego volviéndose a sus hermanos y a los consejeros, explicó:

—Tenemos que destruir esas plataformas si queremos aguantar hasta la llegada de Yandot. Son tan peligrosas como los planetas cautivos que hemos aniquilado.

El *Kipsedón* avanzó rodeado de sus naves satélites, de las que quedaban apenas una docena. Se movió hacia el adversario, llevando, según la estrategia sideral, una barrera doble de cohetes y torpedos por delante.

A pesar de todo, un aluvión de proyectiles y torpedos enemigos descargó sobre el *Kipsedón* que saltaba como un corzo herido. Sus armas defensivas trabajaban al máximo; los rayos desintegradores incendiaban y hacían desaparecer las aeronaves por docenas. Las ráfagas y las estelas entretejían un tapiz maravilloso de colores. Los torpedos de kass se aplastaban contra los discos volantes llenándolos de luz azul.

Súbitamente, una parte de la cúpula de kass del *Kipsedón* se desgajó. Las luces de emergencia se apagaron. Todos los ocupantes de la astronave rodaron por los suelos. Cayeron trozos de material incandescente. Sonaron sordas explosiones interiores. Se establecieron algunos cortocircuitos y restallaron algunos latigazos de fuego.

Zanu se incorporó, lanzándose hacia los mandos. Tropezó con el cadáver carbonizado de su hermano Rumbal. Desplomados sobre las palancas del tablero de mandos se hallaban Kanak, el sut de máquinas y hermano suyo, y un piloto tacomis. Éste tenía la cabeza machacada por un trozo de kass desprendido de la cúpula. Su hermano presentaba una gran herida en la cabeza de la que manaba abundante la sangre. El tablero de mandos aparecía salpicado de rojo. Zanu se colocó a toda prisa una escafandra, mientras a su alrededor se incorporaban algunos hombres.

—Atención, sala de electricidad —gritó Zanu—. Conecten los cables con las baterías de reserva. Necesitamos luz.

Temoc se le acercó, tosiendo espasmódicamente.

—¡Colocaos las escafandras! —advirtió el sut de la guerra—. Hay desprendimientos de gases.

Desde las distintas partes y sectores del *Kipsedón* fueron comunicando las novedades que pedía Zanu. Las luces volvieron a la sala de control.

El *Kipsedón* estaba sufriendo una embestida de torpedos que laceraban terriblemente su pesada envoltura.

—¡Atención, naves satélites! ¡Protejan al *Kipsedón*! ¡Concentren el fuego de barrera alrededor de la astronave! ¡No disminuyan la cadencia de fuego! —luego, en voz baja, dijo a Temoc—: Nos han

cogido de lleno. Estamos perdidos.

Utor, Parno y algunos viejos tacomis se movían como locos por la sala de dirección, abriendo y cerrando palancas, apretando resortes y transmitiendo órdenes a los demás tripulantes de la astronave. Las luces titilaban burlonamente, en tanto que columnillas de gases se esparcían por los ámbitos del *Kipsedón*. TJarvo, el dos veces centenario *manhmah*, aparecía muerto a un lado de la pantalla cóncava de televisión, rajada de arriba abajo.

Zanu miró por un telescopio. Los discos volantes enemigos evolucionaban rodeando al *Kipsedón* mientras oleadas de aerocohetes se arrojaban sobre las naves satélites manteniéndolas a raya. ¡La gigantesca astronave de color azul se estaba convirtiendo en el centro de una fantástica rueda y en el blanco de millares de bocas voraces!

Una, dos, cinco, diez explosiones conmovieron de nuevo el *Kipsedón*. Las defensas de la astronave tacomis actuaban al máximo de potencia. El kass resistía los terribles impactos y los rayos desintegradores hicieron desaparecer de la rueda a un par de discos volantes y a centenares de aerocohetes.

Una explosión ensordecedora destrozó la cúpula, arrojando a los tacomis como peleles al suelo. Zanu se incorporó, aturdido. Vio a Parno y a Utor formando una trágica cruz. Temoc, el primogénito del gran Jumwha, yacía en medio de un terrible aplastamiento, entre varios tacomis de piel sarmentosa y cabellos blancos. El sut sintió que todo se acababa. Los tarkas vencían una vez más.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, reprimiendo el dolor que atenazaba su alma. Miró a su alrededor, tratando de penetrar en la oscuridad, asaetada de vez en cuando por el fogonazo de una explosión próxima. Nada se movía. Reinaba un silencio impresionante, más aterrador que la propia muerte, en la cámara de control.

Se movió, tambaleándose. Luego, corrió hacia el piso inferior. Una sola idea bullía en su mente: la de anunciar a Yandot el fin del *Kipsedón*.

El suelo retemblaba pavorosamente, a efectos de las sacudidas que sufría la astronave, atacada por todos lados. Aquel sector estaba menos castigado. Las luces fluorescentes, por un milagro de previsión técnica, seguían brillando. Se acercó, después de deslizarse por una escalera de vidrio, a un aparato de televisión. Accionó en los mandos. Todo el espacio alrededor del *Kipsedón* aparecía surcado por las ráfagas de los aerocohetes que disparaban impunemente contra él. Zanu estableció contacto con Yandot.

—Zanu llama a Yandot. Zanu llama a Yandot, transmitiendo las últimas órdenes. El *Kipsedón* sucumbe. Ignoro si queda otro ser vivo en toda la astronave. El jeddad Temoc ha muerto, así como todos los consejeros y TJarvo. Los cerebros electrónicos son los únicos que se oponen al ataque adversario. La flota aliada está siendo rechazada hacia Marte. Hay órdenes de resistir a todo trance. Espera a las 50.000 aeronaves de Tamwer antes de arriesgar una nueva batalla con los hombres antena. Sólo con su ayuda podrás vencer a los tarkas. Hemos causado tremendas bajas al enemigo, al que le hemos destruido sus principales astronaves. Cuando ataques, hazlo sobre las plataformas y los discos volantes. Si consigues destruirlos, la victoria será tuya. Los torpedos de kass-cobalto son de terribles efectos. Me resta ahora transmitir la última voluntad del heredero de Jumwha. Tú, Yandot, como hijo único superviviente de Jumwha y hermano de Temoc, elegido por Vertex como sucesor, quedas nombrado jeddad de los tacomis y Kar Supremo de la Confederación de Tacom. Todos deberán acatar esta orden. Defiende el cetro con tu propia sangre si fuera necesario…

Una espantosa explosión arrojó a Zanu contra a puerta de la cámara. La escafandra se rompió, hiriéndole en el rostro. Un pesado trozo de kass le fracturó un brazo. Sin apenas poder respirar, Zanu se incorporó, ascendiendo, cogido a los pasamanos, por la escalera. Por el pasillo avanzaba, tambaleándose, una figura encorvada, debilitada por los años, de faz arrugada y ojos brillantes. Era un tacomis, que saludó con la mano sobre el pecho.

—Todos muertos, sut —murmuró—. Todos muertos. Nada queda.

Se asfixiaban. Entraron, casi a rastras, en la sala de control. Haciendo un gran esfuerzo, el viejo tacomis se irguió en toda su estatura, gritando:

—¡Malditos perros tarkas!

Se desplomó en redondo.

Zanu le contempló un momento. Luego, lentamente, llevándose las manos a la garganta, cayó de rodillas.

—¡Viva Tacom! —musitó.

Una deflagración que inundó de luz el interior del *Kipsedón* acortó la agonía del sut de la guerra tacomis.

El *Kipsedón* había sucumbido.

CAPÍTULO VII

FINAL

M

irad —exclamó el sargento Garry, señalando con el dedo un punto de la pantalla de televisión.

Los terrestres dirigieron sus miradas hacia donde señalaba el sargento. Vieron una escena que les impresionó hondamente. Los restos de la primera flota aliada huían ante la acometida de las aeronaves tarkas. Atrás, muy atrás, una masa deforme se hundía, atraída por la fuerza de gravedad de Saturno.

—Es el *Kipsedón* —dijo Wilson—. Los hombres antena no lo atacan.

—Es natural que no lo hagan —murmuró Kazan—. Nada queda a bordo de la astronave que pueda impedir su total destrucción. Hace muchas horas que Zanu dejó de comunicar.

Derek Bedford, Müller y el húngaro sintieron que la esfera en que iban con Yandot se hundía bajo sus pies. Los tarkas habían resultado vencedores. Las nueve mil aeronaves de Yandot poco podían hacer contra el imponente número de naves adversarias.

Yandot habló ante los micrófonos, ordenando a los aparatos supervivientes de la terrible batalla de Saturno se les unieran inmediatamente.

Las horas siguientes pasaron maniobrando y evolucionando para enfrentarse con los tarkas. Apenas unas tres mil naves más se juntaron a la escuadra de Yandot. Las pérdidas habían sido, pues, cuantiosísimas.

Se acercaban hacia Júpiter. Ellos y la gran flota tarka. El planeta fue dejado atrás poco después. Los hombres antena no detuvieron su avance. Siguieron navegando hacia Marte, con el deseo evidente de acabar con sus enemigos y reconquistar el planeta.

Yandot dejó que las distancias se fueran acortando hasta el punto de que, tres días después de la batalla de Saturno, estaba en condiciones de librar una nueva batalla en los espacios del rojizo Marte.

Empezó como todas las batallas siderales: mediante el envío preliminar de gran cantidad de cohetes y torpedos atómicos y de cobalto.

El Hombre Rojo fraccionó su escuadra en diversas secciones. Los destructores lanzaron fintas constantes contra los discos y las grandes plataformas de lanzamiento, empleando torpedos de kass.

El plan de Yandot resultó excelente. En pocos minutos fue destruido buen número de astronaves. Los tarkas, empero, se apercibieron del plan adversario y cargaron con sus aerocohetes, entablándose empeñada y furiosa batalla en la que esperaban triunfar merced a su superioridad.

Pero los tacomis todavía no habían jugado su carta más decisiva: el empleo del Rayo Rojo Desintegrador, perfeccionamiento efectuado por Parno y Utor de los rayos desintegradores simples.

Yandot tenía montado cuatro proyectores de ese género, de mayor potencia y alcance, en las cuatro esferas volantes que quedaban de las naves satélites del *Kipsedón*.

Con sus maniobras y evoluciones consiguió Yandot mantener nivelada la contienda durante horas enteras, sin que ninguna de las dos partes diese señales de desfallecimiento. Sólo cuando recibió la noticia de que la escuadra de Tamwer había cruzado la órbita de Júpiter ordenó el ataque general. Los tacomis que se aproximaban debían atacar por retaguardia las naves enemigas, ya que Yandot con sus movimientos y sabiendo la ruta que seguían los de Tamwer, lo había dispuesto así.

Los tarkas pronto se percataron de la aparición de escuadra tan numerosa, pero no por eso abandonaron el campo. Tenían en línea todavía más de 150.000 aeronaves y se sabían, por tanto, tres veces superiores en número.

Se entabló la gran batalla. Aprovechando su ventaja de posición, los tacomis asaetaron la flota enemiga con millones de torpedos, que se enfrentaron con los que enviaba la armada tarka, dando espacio y tiempo para que los torpedos de kass-cobalto pasaran la barrera y se estrellaran con terribles efectos sobre las grandes plataformas cónicas, cilíndricas y anilladas.

Durante horas y más horas se libró una encarnizada batalla de aniquilamiento. Al fin se vio que numerosas plataformas tarkas abandonaban la lucha y ponían rumbo a Júpiter. Yandot no se dejó engañar por aquella maniobra. Comprendió certeramente que los hombres antena no abandonarían el espacio bajo ningún aspecto. Sólo estaban poniendo a salvo sus efectivos de desembarco Pero supo aprovecharse de esta maniobra enemiga para infundir valor a los suyos y redoblar los esfuerzos de ataque. Cuando la batalla se estabilizó, Yandot hizo funcionar su Rayo Rojo Desintegrador. Cuatro estelas rojas partieron en dirección a la flota tarka, cuatro estelas que fueron observadas por millares de ojos atentos. Las estelas atravesaron las formaciones enemigas y no menos de cuatrocientas aeronaves se incendiaron y estallaron en millones de

fragmentos.

Por donde cruzó el Rayo Rojo se abrieron profundas brechas, mientras los torpedos de kass-cobalto seguían abatiéndose sobre los discos volantes y las plataformas de lanzamiento.

Los hombres antena prosiguieron tercos su lucha, a pesar de las grandes pérdidas que les infligía el Rayo Rojo. Al fin se notó un movimiento de balanceo. Las naves siderales enemigas evolucionaban alejándose del enemigo, demostrando de esta manera que no hallaban forma de anular o compensar los terribles efectos del Rayo Rojo.

—¡Se retiran! —rugió Müller—. ¡Somos dueños de la situación!

Sus compañeros corearon sus palabras con una serie de alegres exclamaciones. Yandot, imperturbable, no se apartaba un solo instante de su puesto de mando, dirigiendo todas las aeronaves en la lucha, incluso a las de Tamwer, que reconocían la jefatura del hijo de Jumwha. Pero pasaron algunas horas antes de que, definitivamente, los hombres antena, dando por perdida la acción, emprendieran la retirada hacia Júpiter, donde mantenían bases.

La Flota Aliada los persiguió incansablemente, desperdigándolos y causándoles un gran número de bajas al descender sobre Júpiter. Millares de aeronaves se estrellaron sobre la superficie helada del planeta. Cuando las baterías aéreas de los tarkas pudieron proteger con sus bombas volantes a sus aeronaves, Yandot dio orden de retirada hacia Marte.

Los terrestres se quedaron sorprendidos. ¡Abandonaban la lucha cuando la victoria total la tenían al alcance de la mano!

Müller no pudo contener sus impulsos.

—¿Por qué no atacarnos las bases y expulsamos a los hombres antena de Júpiter? —preguntó.

Yandot pasó el dorso de su mano por su frente sudorosa y respondió guturalmente:

—Hemos vencido. Los tarkas han dejado de representar un serio peligro en este sistema planetario. El sacrificio del *Kipsedón* no ha sido estéril. Les hemos destruido casi las tres cuartas partes de sus efectivos iniciales y nosotros somos más fuertes ahora que al principio. Pasará mucho tiempo antes de que estén en condiciones de replicar adecuadamente. Para entonces, habremos organizado ya nuestras conquistas y los tiranos quedarán en Júpiter. Tal vez en un día no muy lejano, emprendamos la reconquista del destruido Tacom, de Tumpa e, incluso, de Tarka. Si en las actuales circunstancias arriesgamos un ataque contra Júpiter, perderíamos muchas aeronaves, y en la flota de Tamwer viajan con los tacomis

sus mujeres e hijos. Muchos han muerto por una buena causa. Podrían morir muchos más. No lo deseo ni lo quiero. De todos modos, el peligro de los hombres antena ha sido temporalmente conjurado. Hemos vencido.

Los terrestres asintieron con las cabezas. El Hombre Rojo tenía razón. No sabían que las aeronaves de Tamwer vinieran tripuladas por hombres que traían sus bienes y sus familias consigo.

Habían vencido. Como había dicho Yandot, el sacrificio del *Kipsedón* no había sido estéril. Después de todo, el gran Jumwha no había fracasado en su misión. Su gigantesca astronave y los viejos y decrépitos tripulantes habían hecho posible la victoria sobre la Flota de Tarka. El gran Jumwha, Vertex, Temoc, Zanu, TJarvo y los demás podían descansar tranquilos en sus tumbas. Los tacomis habían encontrado por fin un mundo que reunía mejores condiciones de habitabilidad que Tacom. En Venus se asentaría la futura civilización tacomis.

* * *

En una gran explanada de la isla de Yer-Mun se reunía una inmensa multitud compuesta por miles de tacomis y centenares de millares de tumpis. En el centro, se veía una astronave ahusada y, junto a ella, una plataforma artificial.

En ésta había erigidos varios sillones. En el más alto, desde el cual se dominaba toda la multitud, se sentaba Yandot, el Hombre Rojo.

Vestía enteramente de negro, luciendo sobre la camisa un sol amarillo y un rayo del mismo color. De los hombros le colgaba una capa carmesí y en la mano derecha sostenía una especie de cetro. A su izquierda se sentaba Niva, bellamente vestida y adornada su cabeza con una diadema de esmeraldas y brillantes.

Yandot había sido elegido Kar Supremo de la Gran Confederación de Tacom, como descendiente de la casa reinante por parte de su madre Laya, esposa de Jumwha, héroe nacional de Tacom, y por ser el salvador de la raza tacomis.

En la plataforma tenían asiento los representantes de los planetas que integraban la Confederación: Tamwer, el jeddad valeroso que había logrado salvar de la destrucción de Tacom cincuenta mil aeronaves; Tug-Zi, jeddad de los tacomis de Venus; Gomal nombrado jeddad por su comportamiento en la liberación de Marte, y los jeddads tumpis, marcianos y hopas. Y por fin, Kazan, elevado a la categoría de jeddad por Yandot y nombrado gobernador de una provincia de Venus en la que se asentarían los

libertados de Sibiriakof que no quisieran retornar a sus lares y algunas familias tacomis.

Se había concedido una parte de Venus a los hombres amarillos, mientras los hopas vivirían con los marcianos en Marte. Cuando más adelante se expulsase a los tarkas de Júpiter, los tumpis irían a habitar ese planeta donde las condiciones climatológicas eran más parecidas a las de Tumpa, quedando Venus exclusivamente para los rojos tacomis.

Dimitri Kazan no estaba alegre. Aunque al fin había alcanzado su máxima ambición, la de ser alguien y poder gobernar a un buen número de gentes, le entristecía el hecho de que Tania Gurevich se disponía a emprender el regreso a la Tierra con Wilson, Garry, Derek Bedford, Lanca, el profesor Hoppel y los técnicos secuestrados en Oak Ridge.

La astronave que se hallaba posada junto a la plataforma los iba a conducir en vuelo directo a su patria.

Yandot se levantó, siendo imitado por todos los componentes del Consejo de la Confederación.

Estrechó la mano de John Garry, que estaba emocionado; la del teniente Fred Wilson, el cual reconocía la nobleza de aquellos seres de piel cobriza; la de Lanca y la del capitán Derek Bedford. Cuando le llegó el turno al profesor éste exclamó:

—Estamos muy agradecidos por tus atenciones y las riquezas con que has tenido a bien de obsequiarnos. Siempre recordaré mi estancia entre vosotros y las lecciones de tus gloriosos hermanos. Todos nosotros te apreciamos, Yandot.

—Siempre tendréis un puesto en mis dominios —contestó el hombre rojo—. Tú eres bueno, profesor. Pero sé que en la Tierra hay odios, rencores y ansias de conquista. Advierte a tu mundo que los tacomis ejerceremos el control sideral. Que eviten cualquier intento de cruzar el espacio en son de guerra. Deseamos vivir tranquilos y dejar en paz a los hombres de la Tierra.

—Así lo haré. Proclamaré tus deseos.

Se dirigieron hacia la astronave, mientras la multitud prorrumpía en vítores y exclamaciones de despedida.

Kazan, con corazón en un puño, contempló primero al alemán Karl Müller, abrazado a Olga Fedorova. Detrás de ellos, el húngaro sonreía alegre, estrechando las manos de los americanos que se despedían de Niva y de la pareja. Tania, junto a Wilson, devolvió la mirada de Kazan. El teniente se aproximó a Dimitri. Sonrió.

—¿Amigos, Kazan? —dijo tendiendo la diestra.

—No niego que a veces te he odiado con toda mi alma —

contestó Dimitri—, pero nunca he dejado de considerarte como compañero.

Se estrecharon fuertemente las manos.

—Ha ganado el mejor —murmuró Kazan.

—Sí. Eso creo —replicó sonriendo el americano—. Tania se queda contigo.

—¿Qué? —el asombro de Dimitri no reconocía límites.

—Lo que has oído. Ella me lo ha confesado. Es de ti de quien está enamorada. A mí me aprecia como a un buen amigo. Tania no puede olvidar sus recuerdos de niña, como tampoco el respeto con que siempre la has tratado. Me ha encargado que transmita a su padre sus mejores deseos y que la perdone por su decisión. Cree que será feliz aquí contigo. Pero te advierto una cosa, ruso del demonio: pórtate bien con ella o de lo contrario soy capaz de venir a pedirte cuentas. Adiós.

—Hasta la vista, aviador de siete suelas. Que tengas mucha suerte.

Wilson subió a la astronave, no sin antes gustar la caricia de un beso con que le recompensó Tania. Kazan corrió junto a la muchacha y la abrazó fuertemente.

—Tania… Tania —murmuró Kazan—. Me has hecho el hombre más feliz de… Venus. Te amo… te amo.

La muchacha, por toda respuesta, ofreció sus labios a los del hombre amado.

Los motores de la astronave zumbaron apagadamente y, con la misma suavidad que una pluma, empezó a ascender hacia el espacio. Por los transparentes de las ventanas, los norteamericanos agitaron sus pañuelos. La muchedumbre rugió.

Yandot, con el brazo izquierdo pasado en torno a los hombros de su esposa Niva, agitó en el aire su cetro.

La astronave aumentó repentinamente su velocidad y se perdió en la capa de nubes que rodeaba Venus.

Empezaba una nueva era en la vida del lucero de la mañana de la Tierra. Una era encauzada por el sacrificio heroico de los que sucumbieron con el *Kipsedón*.

F I N

Nunca unos amotinados triunfantes fueron tan severos con aquellos que les habían mandado, ni nunca tampoco pagaron tantos la culpa de unos pocos.

Condenados a ser desembarcados en unos planetas deshabitados, un puñado de millones de hombres y mujeres que se apellidaban Aznar, fueron abandonados a sus propios medios, sin armas y sin máquinas, allá donde bajo una apariencia inofensiva se escondía el azote más grande de la Humanidad.

MOTIN EN VALERA

escrita por

GEORGE H. WHITE

constituye otro de los emocionantes episodios que relatan las prodigiosas aventuras de toda una raza al través del Tiempo, de la Adversidad y el inconmensurable espacio sideral

MOTIN EN VALERA

del dinámico autor

GEORGE H. WHITE

es el próximo título que le ofrece la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA